

Dos niños jugando a las visitas, tomando el té con (m)Alicia, el señor conejo y el sombrerero viejoloco. Dos niños maricas moviendo exageradamente las manos mientras conversan de temas menores. Dos niños afeminados con toallones o fundas de almohada en la cabeza se cuentan sus desventuras. Cien mariconcitos de este tamaño, todos de fiesta. Así nos gusta pensar que surgió Mariconcitos, allá en la infancia: si infans significa “el que (todavía) no habla”, queremos que este encuentro forjado por el deseo y por el escarnio nos reúna –niños mariconcitos que fuimos y que también somos– para ponerle palabras a esos placeres y a esas censuras que nos habitaron. Nunca ha sido una tarea sencilla recuperar nuestras infancias maricas, narrarlas, volverlas palabra, texto e imagen, volverlas decibles. En breve, volverlas cuerpo. La apuesta involucra –como receta Manuelita Trasobares para que una vida sea vivible– color y dolor: traer a la presencia nuestras feminidades de niños, nuestras mariconeadas de infancia, nuestra infancia maricona.

Mariconcitos

Mariconcitos

Feminidades de niños, placeres de infancias

Mariconcitos



**Juan Manuel Burgos y Emmanuel
Theumer (coompiladores)**

Mariconcitos

Mariconcitos
Feminidades de niños,
placeres de infancias

Título original: *Mariconcitos. Feminidades de niños, placeres de infancia.*

Compiladores: *Juan Manuel Burgos y Emmanuel Theumer.*

Corrección: *Laureano López.*

Diseño de tapa y maquetación: *Matías Villarreal.*

Licencia:



<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Córdoba, Argentina – 2017

Índice

Prólogo: La infancia sublevada – <i>Oswaldo Bossi</i>	8
Mariconcitos – <i>Emma y Juanma</i>	11
¿Cuánto cobrás, putito? – <i>Sandy Sanchez</i>	15
El niño que amaba a Andrea del Boca – <i>Jorge Luis Peralta</i>	19
Mi mechoncito de lana – <i>Santiago Carmona</i>	23
San Timoteo – <i>Lenin Olivera</i>	26
Maiameee – <i>Franco Gómez Salinas</i>	29
Linyera soy – <i>Pablo R. Iriarte</i>	31
Lo que deseabas – <i>Guillermo Della Pupa</i>	34
Inquietud – <i>Mauricio List</i>	36
Divina – <i>Ezequiel Marchán</i>	39
La gauchita – <i>Dyego Alba</i>	41
Íconas – <i>Ariel Astrada</i>	44
Caminar Torcidos – <i>Jhonatthan Maldonado Ramírez</i>	47
SuperNormal – <i>Lola Bhajan</i>	50
Devórame otra vez – <i>María Arcadia</i>	52
Bambi – <i>Rodrigo Durá</i>	55
Sentado al cordón de la vereda – <i>Fidel Azarian</i>	58
Eso que me pasa – <i>GM</i>	60
Rostra – <i>Aníbal Veloso</i>	64
La niñita – <i>Ezequiel Aguilera</i>	66
Patito – <i>Laureano López</i>	69
Desafortunado en el juego... – <i>Adán Cohen</i>	72
I've written a letter to Daddy – <i>Andi Darío Sini Castore</i>	74
<i>Descapelinade</i>	
Caramelito – <i>Nacho Diaz Forciniti</i>	78

Devenir Isabelita – <i>Ariel Sánchez</i>	81
Vergüenza y fantasía – <i>Beto Canseco</i>	84
El local de videojuegos – <i>Cristian Godoy</i>	87
Mi Vietnam – <i>Félix Olvido</i>	90
El nene mimado – <i>Mariano Massone</i>	95
Mañanas Camp – <i>La Betito</i>	98
No llores por mí, Argentina – <i>Juan Manuel Burgos</i>	100
Qué sofisticadoh – <i>Emiliano Litardo</i>	103
Heidi de La Paternal – <i>Rodrigo Peiretti</i>	105
Ternura revelada – <i>Gonzalo Gascón</i>	109
Ahí donde no estoy – <i>J. Alejandro Mamani</i>	111
Pasar y verme. Posar y verme – <i>Federico Londero</i>	113
Desde chiquito se le notaba – <i>Cristian Alberti</i>	116
El género en disputa – <i>Valentín Quintaié</i>	121
Alicia ya siempre – <i>Sergio Peralta</i>	123
El postrecito – <i>Nicolás Cuello</i>	126
Celine Dion – <i>Guillermo Baldo</i>	130
Micro-revolución maricona infantil hecha en casa – <i>Dani Yenú</i>	133
El rey de los putos – <i>Cristian Tomás Palacio / Cristian Godoy García</i>	136
Un escape, un fetiche, un año de amor – <i>Lucas Echeverría</i>	138
Pensé que te quedabas – <i>Dami Galerti</i>	142
La extraña dama – <i>Cristian Alejandro Darouiche</i>	145
Estoy Cansada! – <i>Federico Sterrantino</i>	148
Mi primera Tía o La diadema invertida – <i>Franco M. Forastieri</i>	150
Una infancia mariconcita de telenovela – <i>Ale D. R.</i>	153
¿Qué necesitás, nena? – <i>Noelia Trujillo</i>	159
Muy demasiado – <i>Juanito</i>	163

Rev(b)elado – <i>Santiago Velardez (San Tino)</i>	165
Layo, Yocasta y el niño-mascota – <i>Eduardo Mattio</i>	169
Pañuelos de seda – <i>Gonzalo Federico Zubia</i>	172
Littleprince – <i>Maximiliano Gallo</i>	176
Jotita desde chiquita – <i>Carlos Leal</i>	181
La flor de Escobar – <i>Sergio Alvarez Magallán</i>	184
Bate Cabelo – <i>Gastón Casabella / Mónica Pollensa / Kika</i>	186
Susanita – <i>Mauricix Aguilera</i>	189
O nome dela é Pedro e ela é um monstro – <i>Pedro Feijo</i>	193
El ángel que quiero yo – <i>Luis Acosta</i>	202
Oops I did it again – <i>José Alejandra Busacca</i>	205
El niño-mal: la vieja, la cantante y la bailarina – <i>Marcos Gabriel García</i>	209
Kinsey – <i>Agustín Figueiras</i>	213
Una mariquita en el medio del campo – <i>Javier Gasparri</i>	220
Nuevas armas – <i>Jackie Soad</i>	224
Pelo – <i>Juan Pablo Nario</i>	226
Presagio – <i>José María Muscari</i>	230
Más reinas, menos Aladdin – <i>Martín Diese</i>	232
Clases de actuación – <i>Pedro</i>	235
Perchas de alambre – <i>Nachx Mastromaure</i>	239
Muñeca Rota – <i>Emmanuel Theumer</i>	242
Carta abierta – <i>Nicolás Alejandro Bordones Arena</i>	245
Ni closet, ni telita – <i>Enzo Luxiano</i>	257

Prólogo

La infancia sublevada

No sé cómo hacen los niños para sobrevivir a este mundo. Los niños en general, pero sobre todo aquellos que, de alguna manera, emanan un resplandor, una suerte de bomba de tiempo que echa sus raíces en el corazón de la familia –sagrada, desde luego–. Y lo hacen sin darse cuenta, por el sólo hecho de existir. Supongo que llevan en sí mismos no sólo la droga del “mal” sino su antídoto, un elíxir antiguo y revolucionario, capaz de vencer al más copioso de los enemigos.

Me refiero a la risa. El llanto convertido en risa y la risa en amor, en un pase de magia artero, que distrae a la tropilla de fusilamiento y los hace, en medio de la noche agorera, dudar. La risa, más parecida al beso de la mujer araña que a un envarado cañón de guerra. En su centro, un ángel que al burlarse (ante todo de sí) pone patas arriba el mundo y sus alrededores para que lo esencial, ¡al fin!, sea visible a los ojos.

Si no me equivoco, con la palabra “maricón” ocurre lo mismo. Surge de la boca de un ofuscado soldadito como un escupitajo que el mancillado termina colocando en el ojal de su saco como un adorno, o mejor todavía, como una condecoración (el niño Oscar Wilde, ¿se acuerdan?). De esta forma, ninguna palabra puede herirnos, y si lo hace, de esa herida surgen secretas flores resplandecientes.

Mariconcitos, este pequeño libro lleno de estampas infantiles,

es una muestra cabal de lo que digo. Leerlo es como viajar en el tiempo y recuperar a esos niños que, pese al poder opresivo que los señaló alguna vez, logran escaparse, dar una vuelta de tuerca y sonreírle, de un modo más o menos cómplice, a la cámara y al lector. De hecho, el misterioso diminutivo le sustrae a la palabra su poder destructivo y la convierte en un vocablo sencillamente encantador, colmado de ternura. ¿Quién no desearía ser nombrado así, después de leerlo?

Porque a veces los niños soñamos con ser niñas, y las niñas con ser niños, o antílopes o cualquier otra cosa, distinta a lo establecido. El mundo que nos rodea parece no comprenderlo y larga sus ejércitos para poner las cosas en su lugar. Pero la candidez de estos niños es tan perfecta como una sublevación.

Sé que falta mucho por hacer. Que todavía hay niños amenazados en las escuelas, en las canchas de fútbol, en las jugueterías... Aun así, celebro que un libro como éste haya sido escrito y publicado. Su escritura, es una forma de liberación. Una muestra más de esa alegría de la que les hablé y de una endiablada resistencia, con su arcoiris, sus espejitos tornasolados... Pero además me hizo pensar en mi propia infancia y en alguno de los libros que escribí, en el mariconcito que fui y que sigo siendo, para mal de muchos y para alegría de mi corazón.

Oswaldo Bossi

Agosto de 2017, Abasto.

MARICONCITOS



Dos niños jugando a las visitas, tomando el té con (m) Alicia, el señor conejo y el sombrerero viejo loco. Dos niños maricas moviendo exageradamente las manos mientras conversan de temas menores. Dos niños afeminados con toallones o fundas de almohada en la cabeza se cuentan sus desventuras. Cien mariconcitos de este tamaño, todos de fiesta. Bailando, desfilando, actuando. Felices porque nadie los ve, radiantes porque han imaginado un público a la altura de lo que necesitan para llegar a adultas. Un niño rodeado por un puñado de niñas que lo aceptan y rechazan alternadamente. Un niño marica solo en el medio del patio, del barrio, del pueblo, del mundo. Un niño marica cercado por hombrecitos con remera de fútbol.

Dos niños jugando a un mismo juego de niñas, a trescientos cincuenta y siete kilómetros de distancia, advirtiéndose sin conocerse, imaginándose sin garantías. Volviéndose conscientes para volverse más tarde destino, contra todo pronóstico psicoanalítico, porque después de la ilusión no siempre sigue la caída. Así nos gusta pensar que surgió Mariconcitos, allá en la infancia: si *infans* significa “el que (todavía) no habla”, queremos que este encuentro forjado por el deseo y por el escarnio nos reúna –niños mariconcitos que fuimos y que también somos– para ponerle palabras a esos placeres y a esas censuras que nos habitaron.

Nunca ha sido una tarea sencilla recuperar nuestras infancias maricas, narrarlas, volverlas palabra, texto e imagen, volverlas decibles. En breve, volverlas cuerpo. La apuesta involucra –como receta Manuelita Trasobares para que una vida sea vivible– color y dolor: traer a la presencia nuestras feminidades de niños, nuestras mariconeadas de infancia, nuestra infancia maricona. A todas las que le pusieron el cuerpo a este proyecto escritural, nuestro agradecimiento y la potencia alegre de la que está hecha toda celebración.

En el afecto, **Emma y Juanma.**



¿Cuánto
cobrás,
putito?



Los recuerdos de mi niñez son bastante borrosos por el tiempo que ha pasado. Si hago un esfuerzo recuerdo, de mis primeros tiempos, que con mis primas jugábamos a “ser grandes”. Básicamente, eso era vestirnos como lo hacían mis tías, mis abuelas y mi mamá. Con vestidos, tacones, turbantes, aretes, pulseras, perfumes y maquillaje incluido. Todo iba bien, en un principio, pero no se extendió mucho tiempo. Un nene de cinco años que jugaba constantemente a ser una mujercita, decían, podría afectarle en su futuro. Así que después de varios retos e impedimentos, y con la excusa de que las tías se enojaban al encontrar el placar revuelto o porque le faltaban cosas de su cartera, dejamos esos juegos para solo preparar comiditas y el té.

Unos años después mis primas dejaron de jugar conmigo. No sé bien el motivo por el cual sucedió: si habrá sido porque ellas se mudaron o los mayores no se lo permitían. O simplemente no me sentí más cómoda jugando con ellas a peinar muñecas; creo que también me aburría bastante.

En los años que siguieron, pasé mucho tiempo con mis cuatro hermanos varones, mis primos y vecinitos, con los que jugábamos al metegol, a la pelota y al ping pong en invierno. En los veranos, pasábamos todo el tiempo en la pileta, y en los juegos comenzamos a usar mucho la fuerza y la estrategia, para derribarnos entre nosotros desde los laterales de la pile. Era una lucha libre, con

ciertas reglas, que consistía en derribar al contrincante y hacerlo caer a la piletta. Cuando alguno había caído, podíamos arrojarlos encima del derrotado y sostenerlo debajo del agua, para ver cuánto tiempo podía aguantar. También podíamos voltear al ganador de la pelea, tomar aire, y sostenerlo bajo el agua. Estos juegos, que se podría decir fácilmente que son muy de macho, a mí me resultaban muy divertidos y excitantes. Me medía a mí misma para saber cuánto tiempo podía estar debajo del agua sin respirar. Sobre todo por ser la mariquita de la familia y del grupo. No me tenía que dejar atemorizar y, de alguna forma, tenía que defenderme con todas las estrategias discursivas y la fuerza de mis brazos y puños que fuera necesaria para, al menos, arrojarles a mis hermanos lo primero que tenía a mano, como una piedra o un cascote. Era muy difícil ganar espacios dentro del seno familiar cuando el mundo está diseñado para los machos y no para las maricas. Así que tuve que aprender a defenderme de cualquier manera.

Mi transcurso por la escuela fue menos grato que por mi entorno familiar. En el cole, las burlas, empujones, trabadas, golpizas y escupitajos eran moneda corriente. Muchas veces llegué al punto de pensar en ahorcarme, utilizando la varilla que sostenía la campana del patio principal. Demostraría así que ahí me fueron matando, día tras día, hasta no poder soportar más las humillaciones. Recuerdo que, cuando tenía once años, estaba harta de los maltratos e insultos que me propinaba un compañero. Un día me preguntó cuánto cobraba por sexo, y si yo era puto. Mis compañeros se rieron, todos. Junté valor en un segundo, me levanté de mi asiento y fui hasta donde estaba él, tomé una silla y se la partí en la cabeza. Luego nos trenzamos en una pelea hasta que nos separó la maestra. Como en una buena revictimización, la maestra quiso que yo precisara por dónde pasaba la ofensa. Terminé dando explicaciones absurdas. Al día siguiente, llamaron a mi mamá desde la escuela.

Para mi familia lo sucedido era deshonesto, pero mucho peor era tener que dar explicaciones sobre el motivo de mi reacción “exagerada”, reconocer los insultos y burlas a los que era sometida. Ellos, al igual que mi maestra y compañeritos, no estaban dispuestos

a reconocerme. Terminaron dando explicaciones absurdas.

Sandy Sanchez

Trabajadora sexual del barrio Pichincha. Colaboré con el Colectivo Arco Iris, a mediados de los años noventa, en Rosario.

El niño que amaba a Andrea del Boca



La foto fue tomada en mi casa de Daireaux, calculo que en 1988 o 1989.

– ¡Qué cambiado estás!

– Bueno, han pasado tantos años...

– Espero que no te dé vergüenza acordarte de mí.

– Es raro volver a verte, no te lo voy a negar. La verdad, cuando era vos quería crecer, ser grande, lo más rápido posible. Y ahora daría lo que fuera por volver a ser un ratito el niño que amaba a Andrea del Boca.

– Jaja, bien que escondés ese pasado cada vez que podés.

– Y, cambié a Andrea del Boca por otras cosas. Ahora me doy cuenta de que era una actriz pésima (y peor cantante), pero en ese entonces...

– Cuando vos eras yo, ¡cuidado con el que se interpusiera en tu camino a la hora de la novela! Te volvías loca. Todas las tardes a las ocho, por Telefé, firme como un sargento, nos sentábamos con la tía Chona a ver *Celeste, siempre Celeste*.

– Con una medialuna rellena de jamón y queso...

– ¡Cierto!

– Contame más, me pongo grande y ya no me acuerdo de cómo era ser vos.

– Uf, no te creas que estaba tan bueno. Siempre me sentía como fuera de lugar. El primer recuerdo es de esa vez que mamá,

revolviendo ropa vieja, encontró un delantal rosa que había sido de nuestra hermana, ¿te acordás?

– ¡Cómo olvidarme!

– Me encapriché con que me lo quería poner yo para ir al jardín. ¡Era tan lindo! Nada que ver con el celeste aburridísimo que tenía que llevar.

– Mamá dijo que si ibas vestido así todos se iban a morir de la risa.

– Me puse tan pesado que al final, aflojó: “¡ma’sí! si quiere, que se lo ponga, ya a va a ver”.

– ¡Y bien que viste!

– Sí, nada más llegar todos me empezaron a señalar y a reírse. La maestra no sabía dónde meterse. Fue horrible. Nunca más me lo puse. Pero era tan, tan lindo...

– Lo que más me gustaba de vos era que no tenías vergüenza de nada. Con los años me puse tan serio...

– Es cierto, ya no sos tan divertido. A mí me gustaba ponerme la ropa de mamá cuando ella estaba trabajando en la panadería y yo me quedaba solo en casa. Me encantaba usar sus maquillajes. Me miraba en el espejo y me imaginaba que era Celeste o Estrellita hablándole a Gustavo Bermúdez o Gabriel Corrado. Hasta escribía mis propias novelas. De grande quería ser guionista.

– Al final, eso quedó en fantasía nomás.

– Uf, como tantas cosas. También quería ser bailarín, o bailarina, jaja. Acordate que a los seis o siete años mis ídolas eran Flavia Palmiero y Xuxa. Me ponía una bufanda en la cabeza como peluca y el envase de dentífrico hacía de micrófono. Bailaba y cantaba por toda la casa.

– ¡Eras muy loca!

– Sí, pero no lo sabía. Me lo hicieron saber los otros. Todo lo que a mí me divertía o me hacía sentir bien a ellos les parecía cosa de nenas. ¡A mí en cambio el fútbol me aburría tanto! Era tan difícil sentir que era parte del grupo.

– Bueno, no creas que eso ha cambiado.

– Sí, pero ahora sos grande. Cuando eras yo no entendías por qué te dejaban afuera, qué habías hecho para no formar parte de

la “manada”.

– Es cierto. Yo quería ser como ellos, pero no podía.

– Ellos no miraban las novelas de Andrea del Boca. Hacían cosas de chicos y chistes que yo, es decir vos, no entendía.

– ¡Eras más zonzo! No tenías idea del sexo.

– ¿Y qué idea iba a tener si nadie me explicaba nada? Además, los chicos recién me empezaron a gustar a los 13 o 14 años. Antes de eso yo era simplemente un “niño queer”, como dicen esas teorías que vos estudiás ahora...

– Un niño raro, bah. Te gustaba estar solo, inventar tus propios juegos. Y te gustaban los juguetes de varón, autos y camiones, pero también las muñecas y los ponys...

– ¿Te acordás de esa vez que vino el tío de Santa Fe y me quiso hacer un regalo? Fuimos a la juguetería y yo pedí un caballito pony. Quería uno de esos color fucsia, con el pelo amarillo. ¡Divino! Pero él dijo que eso no era juguete para nenes y me compró una camioneta.

– ¿Ves que difícil era ser vos? Siempre me hacías quedar mal...

– Jaja, igual, te digo una cosa. Podrás renegar, esconderme en el armario, sacarme los maquillajes y las pelucas de bufanda, pero siempre vas a ser un poquito yo. En el fondo, nunca dejarás de ser del todo el niño que amaba a Andrea del Boca...

Jorge Luis Peralta

La Plata. Nací en Daireaux, provincia de Buenos Aires, en 1982. Viví varios años en San Luis, y otros tantos en Mendoza, y otros tantos en Barcelona, España. Actualmente vivo en La Plata. No fui guionista de telenovelas, como soñaba de niñ*, pero me terminé dedicando a la literatura, como profesor e investigador. Contacto: thesaintloup@gmail.com

Mi mechoncito de lana



Al transportar los recuerdos a mi infancia me vienen imágenes sueltas, breves, como flashes de una cámara fotográfica. Retazos de vivencias en la soledad de mi habitación, recodos ocultos en mi imaginación marica. Vestigios de una mente y un cuerpo que de un modo u otro trascendieron las normas impuestas, directa o indirectamente, primero por mi padre y después por la sociedad. Recuerdo mi gusto por las telenovelas, las muñecas y el arte en general. Dibujaba bellas damas con suntuosos vestidos y coleccionaba toda clase de cosas. Desde temprana edad, la lectura también formaba parte de uno de mis pasatiempos favoritos. Me permitía aislarme del mundo, dentro de miles de historias. Ahí aparecían la huérfana “Annie”, las aventuras de “Tom Sawyer” o la tristeza y vergüenza mortal de “Marianela”. Pero si hay algo que me generaba gran placer, era el hecho de encerrarme solo en mi habitación y montar escenas teatrales con un mechoncito de lana: unos pocos hilos que variaban de color y que, en mi puño, se convertían en una hermosa mujer. Todo era muy oculto, a escondidas. Ni yo entendía esa transformación. Aún no sabía que ese sería el punto de partida para lo que, años más tarde, daría forma y consistencia a mi ser travesti y a mi concepto del no-género.

La imagen que comparto es de cuando tenía 3 años. Cuenta mi mamá que ese día estaba muy enojado y encaprichado, y no quería

que me tomen ninguna foto. La tomaron igual. Afortunadamente, en detalle, se puede ver que entre mis manos atesoro una de las “lanitas” con las que solía jugar. A esa edad, lo hacía sin vergüenza y sin esconderme, ya que no tenía sembrada aún la semilla de la heteronorma. Cuenta también mi madre que corría por las veredas del barrio sosteniendo la lana, como cabello ondulándose al viento, y las doñas le preguntaban sorprendidas qué era eso extraño que yo hacía, a qué jugaba. Todo lo demás vino después.

Santiago Carmona

Me dicen Santi o Santino. Vivo en la ciudad de Córdoba Capital, barrio Alto Alberdi. Me gusta todo lo relacionado al arte y soy community manager en una empresa de telefonía móvil.

San Timoteo



Nací en un pueblo muy pequeño, en donde todo giraba en torno a la vida del petróleo. Soy el menor de cuatro hermanos, lo cual me llevó a un posicionamiento distinto. Desde pequeño supe que era distinto. Y lo supe porque no jugaba a lo que los demás niños jugaban, no leía lo que los demás niños de mi edad leían, no actuaba como ellos, era muy curioso, soñaba con ser científico y tenía hasta un microscopio que me hacía imaginar que sería un investigador. También me gustaba jugar con mis primas que eran casi de mi edad, más que todo a la casita. En ese momento, no tenía idea de muchas cosas y ellas aprovechaban para usar tacos altos y yo también; me divertía. Hasta que un día mi tío entró a la habitación y me regañó muy fuerte, como si hubiese visto algo trágico, diciendo: “los niños no usan tacos, eso es de maricones”. Ahí me topé por primera vez con “eres amanerado”. No me permitieron jugar más con mis primas, al menos cuando él estaba por ahí.

Crecí sintiéndome distinto, tuve etapas donde me gustaban los chicos y las chicas. Recuerdo que mi primera experiencia fue cuando estaba en tercer grado, me besé con César, un compañerito que estudiaba conmigo. Nunca olvidaré que nos besábamos a escondidas detrás del salón en las horas de recreo, era algo inocente pero emocionante a la vez. Luego conocí a Alexandra, que fue mi vecina, con ella también me besaba y me gustaba. Un tiempo

después comencé a entender que tenía una fuerte atracción por los chicos. Pero recordando todo esto, viene a mi memoria un día en el cual mi hermano me dijo que sentía vergüenza de mí porque era muy amanerado, muy mariconcito, que no quería que yo saliera con él, lo cual me hizo replantearme muchas cosas, y comencé a comprender el acoso que sentía en el colegio y por qué mi violencia hacia la sociedad. Me aislé por un tiempo, hasta tener más conciencia sobre mi sexualidad y mis gustos. A los veinti tantos, decidí no ocultarme más, y dejó de importarme lo que pensarán los demás de mí, si soy o no soy... Total me amo y me acepto tal como soy.

Lenin Olivera

Len para mis amigos, nací en San Timoteo, Venezuela, tengo 44 años, soy abogado y tengo una gran pasión por las artes visuales, en especial por la fotografía. Actualmente vivo en Buenos Aires. Mi mail de contacto es olivera.len@gmail.com y mi página de Instagram es [@lenerolivera](https://www.instagram.com/lenerolivera).

Maiameee



Me llamo Franco, tengo 27 años. Mi infancia fue muy feliz, vivía con mi abuela que se llamaba Nelly y mi hermana Romina que es dos años más grande. Al lado de la casa de mi abuela vivía mi otra abuela, mi bisabuela y mis tías.

Viví siempre rodeado de amor. En mi casa me educaron en artes plásticas desde los 8 años, a mi hermana Romina también. Ella ahora también es artista plástica.

En la foto que elegí estábamos con mi abuela en Daytona, la pista de autos, y yo me quería ir porque ese día visitábamos una réplica de Miami Beach que está en Orlando. Y yo ya era muy Maiamee. Me sentía una barbie en Disney, sólo quería divertirme y una pista de autos era lo último en lo que pensaba.

En San Juan tengo fotos de papel donde salgo desfilando con todas las bolsas de regalos. Pero ésta, en medio de la pista con la cadera quebrada, no está mal. Les conté a mis abuelas que era gay a los 15. Obviamente ya lo suponían, así que lo tomaron muy bien y siempre me ayudaron a ser mejor humano.

Hace 8 años vivo en Córdoba. Ahora soy tatuador y estoy terminado mi tesis en Artes visuales.

Soy muy feliz acá en este lugar.

Franco Gómez Salinas

Linyera soy



¿Ya les conté la historia del linyera? Fue algo real que me pasó en mi infancia y creo que me marcó para toda la vida.

Mis padres se separaron cuando yo era muy chico. Como marca la ley, o por lo que haya sido (no lo recuerdo), vivía con mi vieja. Ella me mandaba a un jardín de infantes en 51 entre 10 y 11. Para mí ese jardín era un calvario. Mucho bullying, como se dice ahora. Mucha soledad. Muchas injusticias. La historia del linyera marca uno de esos momentos.

Un día teníamos que ir disfrazados al jardín y mi mamá no tuvo mejor idea que disfrazarme de linyera. Camisa y pantalón harapientos. Manchas con corcho quemado en la cara. Palo con bolsa en la punta, a lo Chavo del Ocho, y creo que sombrero también. No recuerdo día más triste, más humillante. A mi alrededor: Batman y otros superhéroes. Recuerdo a Batman específicamente. Él era quien me hacía bullying. Recuerdo haber estado ese día sentado en el patio del jardín, solo, esperando que mi vieja viniese finalmente a buscarme para que terminara la vergüenza.

Más allá de los años de terapia, creo que nada pudo sanar mi dolor. Mi mamá me convirtió en linyera. Linyera soy ahora. Cual linyera, mi vida parece no tener un rumbo fijo. Voy de fracaso en fracaso. Sin embargo tal vez en algún punto llegué a adoptar al personaje con una mirada “positiva”. “Linyera soy” es el apodo que uso en Facebook. Lo saqué de una canción de un tal Antonio

Tormo cuyo estribillo dice así:

Linyera soy,
lo que gano lo gasto o lo doy.
No sé llorar,
ni en la vida deseo triunfar.
No tengo norte, no tengo guía,
para mí todo es igual.

Pablo R. Iriarte

La Plata. Hijo único. Operado del corazón de muy pequeño. Crecí con la televisión y el cine. Soñé con ser como Spielberg. Contacto: dog_ville2003@hotmail.com

Lo que deseabas



La foto: Año Nuevo de 1986, en la casa de mis tíos.

Presentación: de niño era miedoso. Tenía miedo a otros niños, tenía miedo del futuro, tenía miedo al servicio militar, tenía miedo a los perros y al agua. Ya no tengo miedo.

Relato:

No tengas miedo

No sientas vergüenza

Soñá con lo que no te animás

Pensá en positivo

Amá sin temor

Bailá sin timidez

Cantá desde el corazón

Corré contra el viento

Pateá tableros

Vos sos vos y el futuro es lo que deseabas

Guillermo Della Puppa

Ciudad de Córdoba. Contacto: guillermodella@hotmail.com

Inquietud



Ahora que decidí buscar entre fotos viejas esta imagen, me pregunto qué vieron mis padres, en su momento, en ella, cómo leyeron esa imagen, qué ideas detonó en sus pensamientos. Durante mucho tiempo evité esa foto, pues me inquietaba verme como un mariconcito. Cuando veíamos juntos los álbumes de fotos, al llegar a la página donde estaba ésta hacia lo posible por saltarla y me pregunto si los demás miembros de la familia hacían lo mismo.

Mi padre tenía cincuenta años cuando yo nací y mi madre treinta. Fui el más pequeño de mis hermanos y eso me colocó en una situación peculiar. Por un lado, era el hijo ejemplar dedicado a los estudios; por el otro, era el hijo al que se le dobla la patita como diría Lemebel. Aunque nunca lo hizo muy explícito, mi padre era homófobo y siempre percibió al Benjamín como raro, lo cual le producía sentimientos encontrados. Mi madre también se preocupaba, aunque era más discreta.

Quizás el momento en el que explotó una idea que venía rondando en la cabeza de mi padre, fue cuando para un cumpleaños mi madre me compró un Hombre de acción, juguete que en ese momento estaba de moda y que representaba a un hombre varonil, barbado y musculoso. Mi padre gritó diciendo que entonces empezaría a jugar con muñecas como mi hermana. Para mi fortuna, no tuve que deshacerme de mi preciado juguete

hasta que finalmente algún niño me lo robó y no lo pude reponer.

En ese entonces mis amigos me llamaban Mauri, mi hermana se reía pues le parecía una forma afeminada de llamarme. Mis juegos iban desde andar en bicicleta, jugar a las escondidas, con autos miniatura y una diversidad de actividades, siempre que no involucraran pelotas porque tenía miedo que me golpearan. También empecé a inventar algunos juegos con uno de mis amiguitos, en uno de ellos recreábamos situaciones sexuales con los muñequitos que teníamos, que para el caso eran representaciones de los héroes de la lucha libre. Sospecho que mi amigo los veía en clave heterosexual, pero yo no.

Tenía prohibido llevar amigos a la casa, así que era yo quien los visitaba, lo que me permitía observar situaciones que sin duda me inquietaban: un amiguito tomaba a escondidas las revistas pornográficas de su papá para que las viéramos juntos; en alguna ocasión me enteré que otro amiguito solía bañarse con su papá, un hombre muy joven y a mis ojos atractivo, lo que sin duda me excitaba. Todas esas situaciones hacían que me sintiera cohibido, pues no quería evidenciar lo que sentía por temor a ser rechazado.

Así aprendí a disimular, o al menos suponía que sabía hacerlo. No sé cuántas veces habré sido visto como en esta vieja foto. Como muchos otros chicos, fui el último en enterarme que mis amigos conocían mis cualidades y mis intereses, pretendidamente ocultos. Ahora que regreso a esta foto, el niño que aparece en ella me simpatiza, pero no el recuerdo de la inquietud que en ese momento ello me causaba.

Mauricio List

México. Mauri: Profesor, aprendiz, explorador, antropólogo, curioso, voyerista, viajero, mexicano. Pintor, fotógrafo, escultor y bailarín imaginario. Tímido, cariñoso, deseante, amistoso, siempre disfrutando la compañía de mis amigos, mis amantes, mis alumnos. Contacto: mauriciolist@gmail.com

Divina



Mi nombre es Ezequiel, pero en esta foto soy “Equito”. Uno de los últimos infantes de los noventa, nacido y criado en Mar del Plata en una casa de barrio frente a una plaza. Marica empedernida, reina de los tacos de la abuela y el polvo de mamá. Hija de Cris Morena, amiga de Patito Feo, aunque siempre fui una divina.

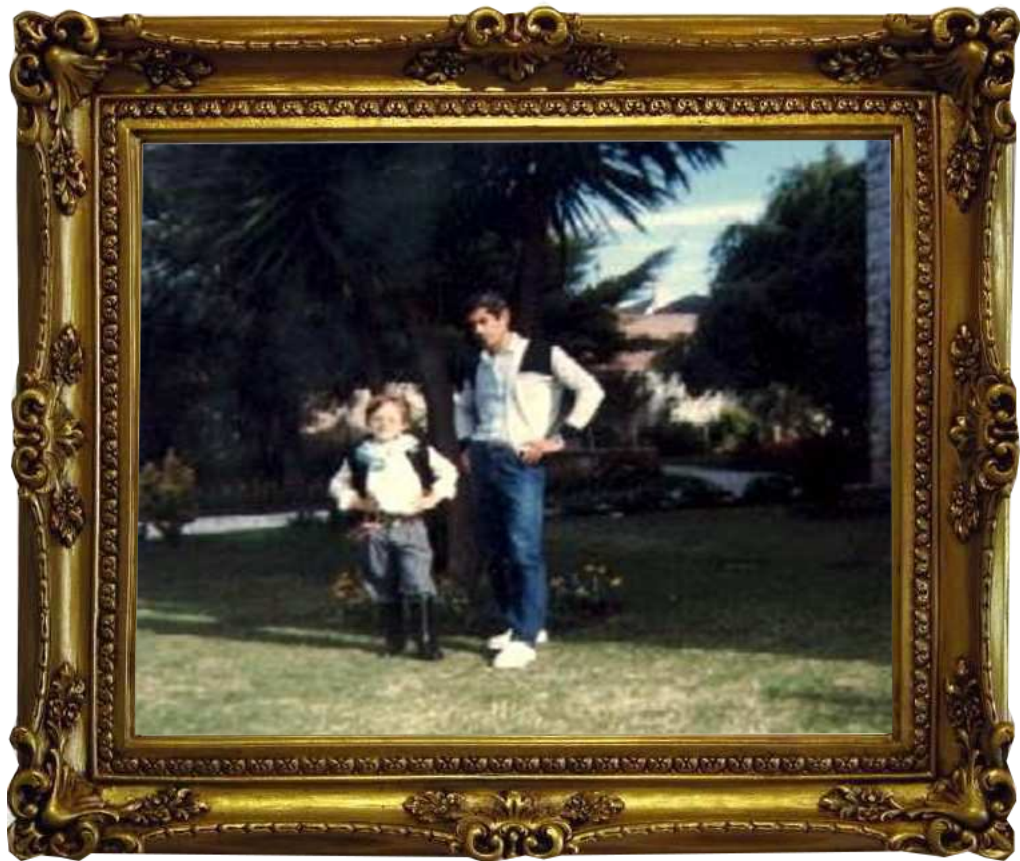
*Nosotras bailamos bien you know? / Dance, dance y mucho dance.
Lo que pide tu corazón, your heart, / your heart, a tí te vamos a dar.
Las divinas, las divinas, / brillan, brillan, como stars.
Fuera feas, fuera feas, / para ustedes no hay lugar.*

Crecí, entre plumas y lentejuelas, rodeado de una familia maravillosa que aprendió a ser cómplice de mi crecimiento. Hoy, además de Ezequiel, soy La Pocha. Un transformista que usa el transformismo para transformar.

Ezequiel Marchán

Face: La Pocha Show. Insta: @ezemarchan. Youtube: La Pocha Show

La Gauchita



En la escuela primaria nº 27 Eduardo Peralta Ramos, en aquella Mar del Plata de mi infancia, por los años '80, conmemorábamos el 25 de Mayo, el Día de la Patria, repleto de los colores de la celeste y blanca. Todos y todas –siempre bien definidas– debíamos participar. No faltaba nadie, las nenas blancas pintarrajeadas a corchazo negro con sus vestidos rojos a lunares blancos llevando canastitas con empanadillas. Los Señores congresistas en el congreso, las Señoras de los congresistas esperando afuera. Afuera del congreso de la Patria. Ahí donde el *pater* manda, no manda ningún otro género. Los gauchos haciendo el aguante. Me tocó hacer de gaucho. Jamás a nadie se le hubiera ocurrido proponerme de “Señora bien”, porque no era Señora y seguramente porque tampoco era “bien”. Mis padres luego de varios intentos de disfraz optaron por alquilarme uno. Tenía todo: bombacha (la de gaucho), cinto de moneditas (de rastra que le dicen, pero que para mí era de moneditas y super lindo, no como el de danza árabe), camisa blanca, pañuelito al cuello (no el chal o velo), chalequito negro, un sombrero que colgaba en mi espalda, y las inconfundibles botas de gaucho bien lustradas. Yo estaba muy contento con mi disfraz y mis padres festejaban a su único hijo varoncito vestido como todo un hombrecito, hecho y derecho. Nada es redundante: de derecho varón, porque ser instituido varón es ser instituido con poderes sobre lxs no instituidxs. Derecho el cuerpo, siendo la metáfora

viva del falo y la vida del hombre que, a su vez, derecha es. Como si no fuera poca esa presión, hijo único varón. El que da la progenie, pro-genes, pro-semen. El que reproduce, quien vuelve a producir lo ya producido. Y yo contento porque me sacaban fotos, porque me aplaudían y festejaban.

Todo estaba en regla (hecha y derecha). Papá me acompañaba: “hijo de tigre”. Sin embargo, mis manos en la cintura, mis codos bien hacia atrás, mi pecho hacia afuera, encorvada la espalda sacando cola. Mi cuello en alto empoderando mis anteojos de vidrio miope y mi flequillo que tantos moretones de mis compañeros me infligió. Y mi botita izquierda puesta adelante, en un paso falso y firme. ¡Yo era una gaucha vedette canejo! Bien gauchita y bien puesta en razón. Aunque me disfrazaran de lo que me disfrazaran.

Al mirar bien la foto y, volviendo sobre el tema de la reproducción: mi papá está parado igual que yo.

Dyego Alba

Santiago del Estero, Argentina. Estudiante avanzado de la Lic. en Letras en la Universidad Nacional de Tucumán, investigador, escritor y performer. Colaborador en la revista La Cascotiada. Contacto: diegoalba22@hotmail.com

Ícona



Ese era mi cumpleaños 12 o 13. No recuerdo bien, pero sé que estaba en primer año de la escuela. Me festejaron muy pocos cumpleaños, pero este fue uno de los mejores de mi vida. Era la época en la que mis hermanas empezaron a laburar y pudieron pagarme una fiesta decente. Invité a muchísimos compañeros y amigos. ¡Y vinieron todos! Mis hermanas hicieron una animación, nos hicieron bailar coreografías, había cotillón, comida, bebida, todo... Yo nunca lo había vivido.

Esa mañana, cuando me levanté, fui a la cocina y había una bolsita de regalo. Mis hermanas ya se habían ido a laburar. En la bolsita estaba ese «camisaco»: cuadriculado, con muchos colores, cierre... Fue amor a primera vista, me encantó. Me habían regalado también un pantalón azul, un chupincito, que no se ve en la foto. Me faltaba una remerita blanca, porque no tenía o no me gustaban las que tenía. Le terminé pidiendo a mi hermana mayor: la Vale. Me la prestó porque yo quería que me quedara más ajustada la ropa. Fue la primera vez que le pedí ropa a mi hermana oficialmente. Ya de puto grande se la robé. Hasta tacos les robé: de chico para taconearlos en casa, pero de grande para montarme afuera. Soy un puto fashionista, siempre fui coqueta. Soy puto, soy un puto: vivo, me muevo, hablo y como como puto. Elijo como puto y mírenme.

Me crié en una casa de mujeres, entre presentes y ausentes.

Hermanas, primas, abuela y tía. La Negra y la Delia fueron mis íconas de la moda todo-coreano: pieles sintéticas, carteras con perlas, cremas, perfumes... Me gustaba mucho verlas a mis hermanas vestirse y pintarse para salir a bailar. También me ponía los vestiditos de los muñecotes de mis hermanas cuando era muy chico: me subía a un sillón con el vestidito acampanado rojo y el viento le daba movimiento. Yo era fiel a mis gustos. Siempre usé cosillas extravagantes, como ese camisaco en la época de la foto. Me gusta tener un estilo llamativo y hasta fuera de la moda. Es un juego vestirse, y está buenísimo.

Ahora bajé un poco los tonos de colores de los lentes. Tengo tres o cuatro que son como los de todos los días. Los más coloridos (amarillo, azul eléctrico, fucsia, rojo, transparente, etc.) los dejo más para el verano. Hace a mi imagen de ciego, es un accesorio más. Es muy clásico que un ciego ande con lentes: ¿por qué no darle un poco de estilo, color, papilla y glamour? Son re pensados, no me los pongo al azar. Me imagino todo el composé con la ropa. A veces me halagan los accesorios por la calle y me preguntan quién me viste. Después de que me separé aprendí a comprar ropa sola. El vendedor tiene que ser muy bueno explicando y tiene que querer conocer mi gusto. Nada clásico para mí, todo con algún detalle de diseño.

Ese cumpleaños fue mortal. Fue un cumpleaños con todo, el primero grande. Al año siguiente, lo quisimos repetir pero fue un fracaso. ¿Qué te puedo decir de la vela? El otro día cumplí 30 y por suerte me soplé una buena vela también, la de un taxista.

Ariel Astrada

Actor, 31 años, de Córdoba Capital. Facebook: Ariel Eduardo Astrada.

Caminar Torcidos



La defensa de la infancia que proponen los grupos neoconservadores (como el Frente Nacional de la Familia) es una invitación a la vigilancia generizada de los cuerpos y es una de las excusas sociopolíticas que buscan reforzar la heterosexualidad obligatoria. Ser un niño con rasgos “delicados” y expresiones “femeninas” en una sociedad machista como la mexicana, significa estar expuesto a un escarnio público que te exige ser recto, es decir, encarnar la figura del cuerpo heterosexual que te orilla a ser masculino: fuerte, aguerrido, competente, valiente, rudo, aventurero, mujeriego, futbolero y siempre dispuesto a brindar protección antes que recibirla.

Todo lo anterior exige una estilización corporal que constantemente es evaluada para calificar si alguien cumple la ilusión del niño macho –modelo valorado– o el niño maricón –que se vuelve blanco de burla y agresión–. Bajo esas dos figuras recuerdo que construí mi infancia. Una infancia que fue cuestionada por llorar frente a mis compañeros y compañeras del salón de clase, una infancia que reprimió un compañero del colegio por no querer “jugar a los golpes” con él y una infancia que mi entorno familiar puso en tela de juicio por parecer “nena” y no “nene”.

En realidad, ahora lo pienso, yo viví una infancia repleta de prejuicios sobre qué debe ser un hombre y cómo se debe comportar.

Quizá si algún compañero de la primaria o secundaria mira mi foto dentro de este hermoso libro diga: “¡Lo sabía, ese wey era maricón!”. Quizá algún familiar o amigo cercano comente: “Ya por fin se destapó”.

Estos actos de habla son formas de instaurar un “yo” y buscan dirigirse a un “tú”, y esa escena de interpelación es importante debido a la categoría por la cual se dirigen a “mí”. Por tanto, exijo que se reconozca la potencia de ser maricón a temprana edad, demandando la remodelación de la realidad social modificando los términos del reconocimiento mediante los cuales ésta se constituye. No me consideren un Hombre; considérenme UN MARICÓN que desea, en la práctica rutinaria, una infancia alejada de la violencia que impone la heteronormatividad.

¡Mariconcitos, no dejemos que nos arrebaten la felicidad de caminar torcidos!

Jhonatthan Maldonado Ramírez

Ramírez, 28 años. Contacto: jhona.maldo@gmail.com

SuperNormal



Lo único q recuerdo d la infancia
es q me gustaba vestirme de nena y q me vestía con ropa de mi tía
y mi mamá
tb q mi casa fue un tiempo una guardería
ya que mi tía era maestra jardinera
y yo usaba la ropa de las nenitas y jugaba con muñecas
nada más
y con un amigo, a los 6 años, nos desnudábamos y nos tocábamos
los pitos
pero como q eso es super normal.

Lola Bhajan

28 años. Soy actriz, escritora, cantante, fotógrafa, modelo, qué más. Contacto: lolajjaviera@gmail.com. Blog: lolacruda.blogspot.com. Insta: lola_bhajan

Devórame otra vez



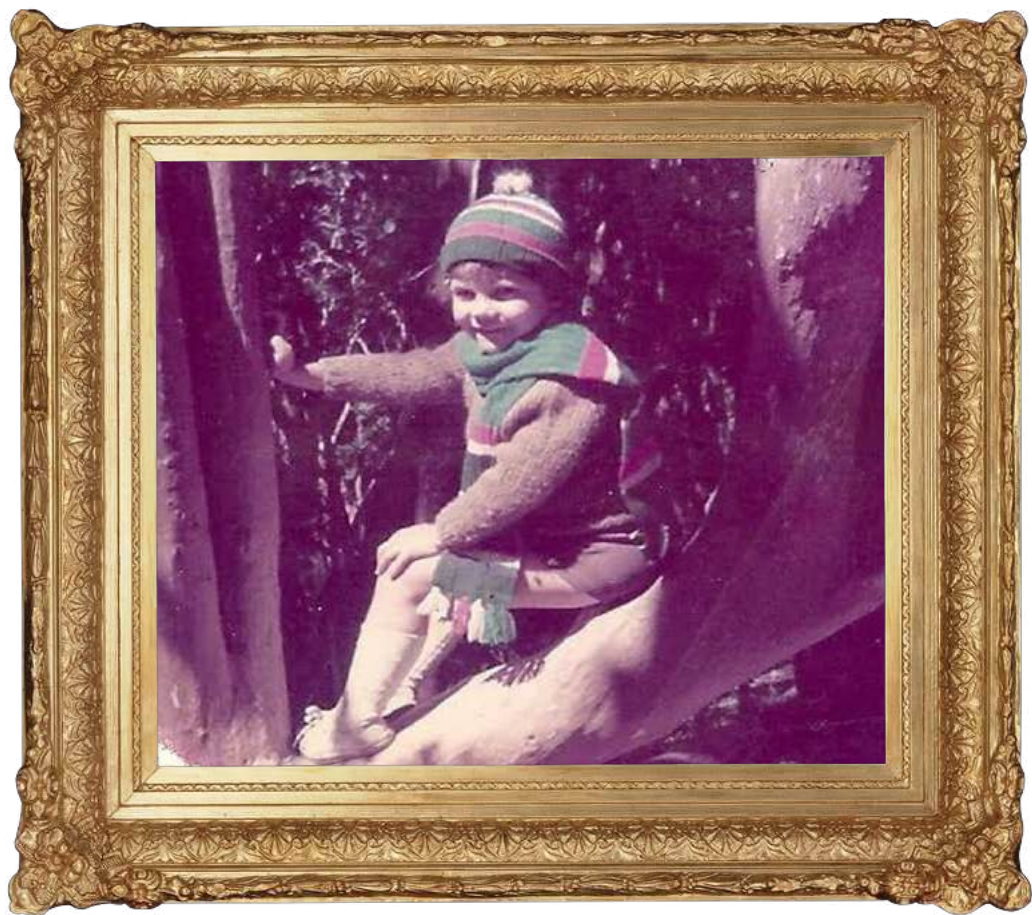
M. dormía la siesta. En el patio se levantaba un abeto que se veía desde la escuela. Nunca pegaba el sol demasiado fuerte. Yo jugaba a que el árbol tremendo era una araucaria y que las ciruelas maduras eran bombas cayendo en la entrada de la casa. Me asomaba en silencio por la escalera y comprobaba que arriba todavía miraban la teleserie brasilera. Caminaba en puntas para que no fueran a crujir los peldaños. El rey del ganado tendría que perdonarme la infidelidad porque el encuentro que me esperaba pertenecía a un goce secreto único. Pocas veces apliqué tal delicadeza. El corazón tomaba impulso mientras respiraba el vapor ya tibio. Había algo de culpa –por supuesto–, pero estando tan cerca mi principal preocupación era sostener el silencio hasta el último momento. Estando tan cerca, mi principal preocupación era no perder detalle cuando el líquido comenzara a habitar mi boca, me quemara apenas y abriera el deseo a una caída libre. Ahí entonces, me inclinaba sobre la cocina y no daba tregua hasta que la falta de aire me hiciera reaccionar, detenerme por un instante, mirar a mi alrededor, constatar que M. siguiera durmiendo la siesta, tomar la cuchara de nuevo y soltarme al placer de la carne que reposa en la olla. Estando en soledad el disfrute era doble por no tener que disimular lo que la comida me generaba. Mi cuerpa gorda se completaba ahí, cuando no había tiempo para temerle a la pobreza, a la salud o a las tetas que amagaban con ser enormes algún día y

que yo esperaba, mientras me tocaba la guatita hinchada luego de tres almuerzos y un secreto, soñando que dentro de mi vientre se gestaba algo hermoso. Pero todas las tardes, en algún momento, la teleserie terminaba, la hinchazón bajaba, M. se tomaba un té y el juego de la maternidad se dispersaba entre Carmen San Diego y Los hombres X. Mucho no me importaba, aunque nunca alcanzara el sosiego, pues el gusto a triunfo duraba más que el de la salsa y la mejor parte pronto llegaba. A la hora de la once, cuando mi familia chueca se acomodaba toda alrededor de la mesa, yo me sentía desfilas entre los platos de té, montándome con el pan con chanco y la leche de vainilla en el momento clave de mi perfovanganza, mirando a los ojos a cada espectador, buscando alguna complicidad, pero era imposible. Entonces le pedía a M. que me cortara un trozo más de queso y oraba a un dios desenfocado para que la palta alcanzara una ronda más y que nunca dejara de llenarme desafiante en cualquier mesa. G. decía, mientras se servía otro tecito, que el problema era que Bachelet era vieja y guatona; yo lo escuchaba en silencio y se la dejaba pasar con tal que al otro día, por la mañana, me diera la moneda justa para dos sopaipillas con mostaza en el negocio del colegio. Nunca lo sentí como un engaño. Me parecía un trato justo, al igual que cuando me ponía de rodilla al suelo para que algún varoncito me diera a cucharadas su guiso de acelga en la sala de clases, al igual que me escondía para que algún día yo fuese alimento de un pequeño amor.

María Arcadia

1995. Chilena de a ratos, migranta compulsiva, marica nostálgica y pisciana autopercebida. Alterna migrañas y carqueja para sobrellevar la resaca (porque a las heridas se las hizo ella).

Bambi



Bariloche, septiembre del 76. Esta foto apareció de repente entre unas fotos que mamá tenía guardadas. Fue verla y largar una carcajada. Inevitable decirle: “Mamá, mirá lo que me ponías, después no querías que te saliera puto”. Al rato me dio lo que fue el souvenir de mi bautismo, una zapatillita de ballet plateada sobre un tutú de tul... celeste. Pero esa es otra historia.

Para esa época, en casa, estábamos en pleno periodo hippie-progre. Mamá, a lo de la imagen, se lo tomaba muy en serio y estaba súper entusiasmada con su máquina de tejer. Mis padres justo se acababan de recibir, tenían buenos trabajos. El Golpe de Estado era algo reciente, la dictadura cívico-militar todavía no mostraba su ferocidad. Entonces, esa primavera de 1976, nos fuimos de vacaciones a Bariloche. Es uno de los primeros recuerdos que tengo de chico, tenía cinco años.

El asunto fue que al parecer Bariloche y lana tejida le cerraron a mamá y, antes de irnos, me hizo unos atuenditos tejidos, a ver cuál más monono tenía que lucir. ¡Hasta me estaba haciendo trabajar como modelo de pasarela! ¡Y, encima, gratis!

Haciendo tours por Bariloche terminamos en un recorrido náutico, desde el Lago Nahuel Huapi hasta la Isla Victoria. Al bajar de la embarcación, vi que en el lago, bajo el muelle, había miles de pececitos, así que me tiré al muelle a mojar las manitas. Mientras, por el rabillo del ojo, veía cómo mamá y papá se alejaban. Tan

maravillados con el paisaje, no se percataron de mi ausencia.

Reconozco, ahora, que los dejé ir. Me escapé. Fue mi primera vez. Pero no la última. En cuanto estuvieron fuera del alcance de mis ojitos, me consideré libre y me fui a recorrer el Bosque de Los Arrayanes. Estaba solo, cual Bambi correteando por las playas y entre las flores. La gente me miraba y se reía. Me tomó unos cuantos años entender esas risas, pero en ese momento no me importaba nada. Era libre, entre las flores y la naturaleza, con ese conjuntito de la foto que amaba.

Pasé un par de horas paseando a la deriva hasta que los encontré. Estaban desencajados y vociferando cosas, tales como que del lago se decía que no tenía fondo y algo sobre un monstruo que, pobre, no tenía nombre todavía. Cuando se calmaron un poco, seguimos paseando. Me llevaron a ver la cabaña de Bambi, salí de ahí con mi pobre almita llena de Disney. Ahí mismo, me acuerdo, me dijo papá: “Subite a un arrayán, que te saco una foto”.

Más tarde, investigando sobre los arrayanes, encuentro que “el Arrayán es un arbusto que en este lugar, único en el mundo, toma la envergadura de Árbol para formar un mágico e inusual bosque”. Tal cual como me sentí ese día, y cada vez que veo esa foto: un arbustito que se creyó árbol, algo mágico e inusual. ¡Y libre!

Rodrigo Durá

Puto viejo pero aggiornato (nunca taxi ni remisse), Despachante de Aduanas devenido en Acompañante Terapéutico. Actualmente viviendo en el hermoso barrio de Florida. Amante de las plantas y los animales, convivo con 3 hermosos gatitos blancos, dos peces y un par de sapos. Recién asomado a la Teoría Queer y sus laberínticos vericuetos. Buscándose. Contacto: durarodrigo@gmail.com

Sentado en el cordón de la vereda

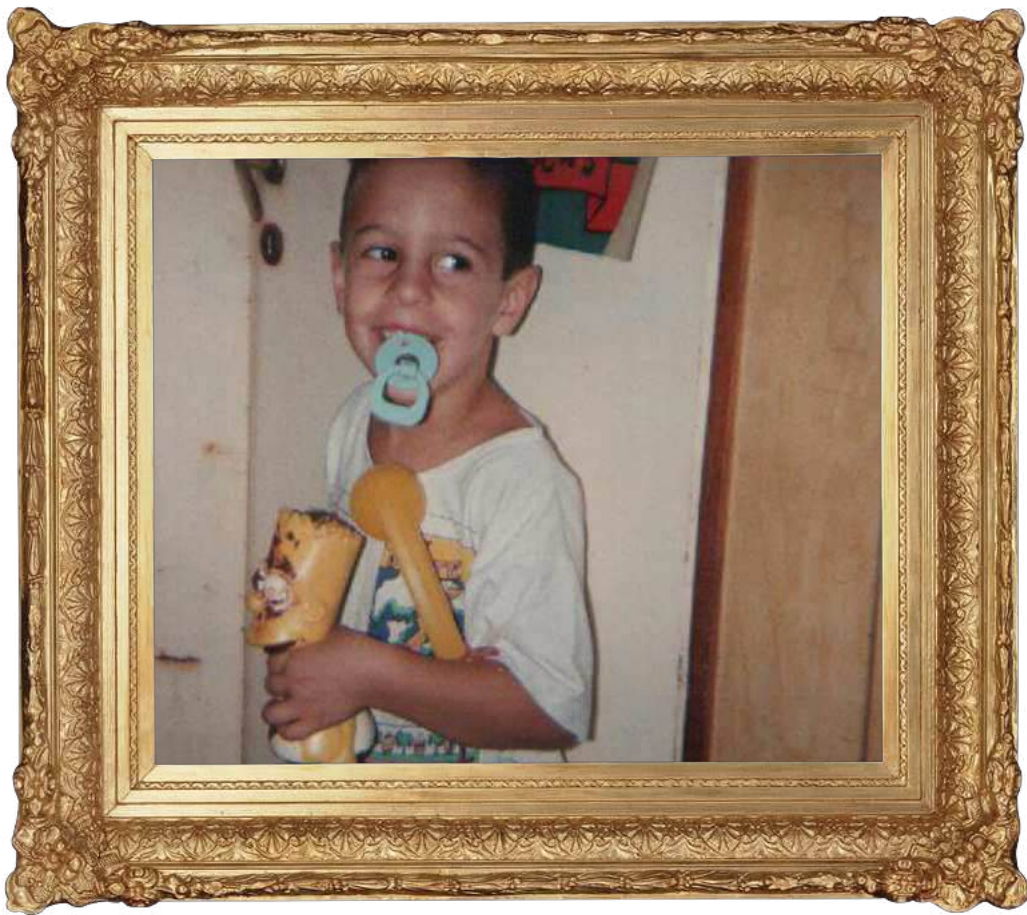


Esta foto fue tomada en la panadería de la esquina de casa, donde con mis amigos nos sentábamos a comer sándwiches y tomar Coca todos los sábados por la tarde, cuando terminaba el partido de fútbol que jugaban nuestros viejos en el club armenio. A mí nunca me gustó jugar al fútbol ni ver jugar a otros; sin dudas el momento más feliz de aquellos sábados era el de la comida. De todos modos, si me daban a elegir qué hacer un sábado a la tarde, seguramente me hubiera quedado en la casa de mi abuela Bettina: con ella aprendí a jugar en libertad, con muñecas, disfraces y pinturas.

Fidel Azarian

Nació el 19 de septiembre de 1991 en Barrio General Paz, Córdoba, Argentina. Es licenciadx en ciencia política y ahora está cursando una maestría en sociología. Trabaja en el colectivo de investigación “El llano en llamas”. Lo que más le gusta es compartir espacios y momentos con sus seres queridxs, familiares y amigxs.

Eso que
me pasa



Creo que todo comenzó el día que me regalaron una pelota de fútbol y en lugar de patearla me senté arriba. Tenía dos años. En mi familia siempre esperaron que fuese jugador de fútbol, pero nunca les di el gusto. A los 4 años conocí al vecino de la esquina, un año mayor que yo. Él me propuso que juguemos a la familia. El hacía de papá y yo de mamá. Él también me dijo que la mamá era la que se desnudaba y el papá la tocaba. Nos escondíamos a jugar a la mamá y al papá casi todos los días.

Siempre fui de juegos tranquilos y creativos, los Rastis eran mis preferidos. Al tener dos hermanas mayores había heredado un montón de juguetes de nena x 2. Con los que más jugaba era con los pequeños Pony (uno de pelo verde y otro violeta), los bañaba y los peinaba. Creaba ciudades y los ponys eran los custodios.

Ya de más grandecito, con mis primas armábamos espectáculos para toda la familia, una especie de comedia musical con coreos, actuación y disfraces que nos hacíamos con cosas que encontrábamos en casa (pichón de drag).

Para los 8, con un vecinito nos mirábamos el pito escondidos en el cañaveral. También me acuerdo de haberle tocado mucho la cola, como una especie de masaje en los glúteos. Una vez le robé una revista a mi hermana en donde había una nota de Emanuel Ortega que confesaba que dormía desnudo. Con eso nos calentábamos y también nos venían muchas dudas y preguntas

sobre nuestros cuerpos.

Mis juegos eran muy Utilísima y manualidades. Recuerdo que una vez hice un centro de mesa y mi mamá me retó: “Siempre haciendo estas cosas, nunca algo de varón”. A mí me dio bronca, así que fui y desarmé una bicicleta para demostrarle no sé qué. Pero no la volví a armar porque después me di cuenta que era al pedo, yo no era el “nene masculino” que ellos deseaban y no lo iba a ser.

La etapa pre púber fue la más difícil y en la cual fui víctima de violencia y abuso escolar por parte de algunos de mis compañeros, compañeras y algunos docentes, en especial el de Educación Física. A los 11 aprendí a masturbarme y me quedaba viendo el canal X-Times. Los viernes, a las 3 a.m., pasaban un backstage de la producción de fotos para una marca de ropa interior masculina.

Por esa edad, recuerdo a mi hermana contándole a mi mamá acerca del hermano de una compañera suya de la Facultad: “El loco había sido gay y murió de SIDA”. Cuando dijo esto, mi hermana me miró de una forma particular que nunca me voy a olvidar, como diciendo: “Ya sabes lo que te va a pasar”.

Unos años más tarde conocí el placer del sexo homosexual de la mano de un amigo de la primaria. Al principio sólo nos tocábamos por encima de la ropa mientras dábamos vueltas en su cuatriciclo. Una vez me invitó a su casa a ver una porno. Había alquilado una de lesbianas. Dos horas de sexo lésbico. Ni un pito. Una tristeza. Pero bueno, al final hubo paja cruzada. Y cada día que pasaba, nos atrevíamos a más: escondidos en el maizal o en un baño o incluso en el medio de la fiesta de la espuma, porque ya teníamos edad de salir a los bares del pueblo. Jugábamos mucho con la posibilidad de ser descubiertos, de tocarnos por debajo de la mesa mientras estábamos reunidos con nuestros amigos. Ya siendo un adolescente iba descubriendo lo que me gustaba. Después de estar con él estuve con varias chicas, pero no fue hasta que quedé desnudo con una de ellas que pensé: “Acá falta algo”.

Como es usual en el pueblo, algún pariente siempre te lleva a debutar a algún cabaret. A mí me llevó un primo varios años mayor, cuando yo tenía 15 y él 21. Lo interesante de esto es que

pasamos los dos juntos con dos chicas y mientras estábamos con ellas nosotros dos también nos acariciábamos, pero no más que eso. Y, de no haber sido por “eso”, creo que no hubiese podido tener una erección.

GM

Nació en 1987. Desde algún pueblito del sur de Santa Fe.

Rostra



La foto parece decir “Hola, esto soy YO”... Pero es medio engañosa en eso de lucir la capa, y quiere volver a decir “esta SOY yo”. SUPERmás, y vengo a vedettear la situación. No, no, superMÁS y en el fondo, ¿qué hay en el fondo? Una sombra. SUPERMAN crece, crece, crece y cuanto más extiende su capa más tapa. Capa-tapa. Tapa “la capa”. Mucho brillito en la cara, pecas quemadas. O brillitos quemados. Sobrevuelo. ¡Cuidado!, puede estresharse con un avión. De todas formas, la manito no me sale como puño y se me quiebra. Ahora sí, lanzo mi carrera presidencial. Una lavadita de rostro –oh y lishto–. El ovni no encalló en los EEUU, sino en América Latina, Argentina, Buenos Aires, en la teta (seno) de una familia como cualquier otra y como ella sola, con su historia y sus ideas. ¡Y tiene superpoderes! Nadie le enseñó a usarlos y desbordó las aguas. Pero el más más más de todos, es ser SUPERMÁS. ¡Y es encantadora! Por detrás del bordecito de la cara, aparece ese bichito de Kriptón. Su verdadera rostra. Y ahí se preguntan ¿qué es?, ¿un pájaro?, ¿un avión?, y él dirá: ¡No!, ¡soy SUPERMÁS!

Anibal Veloso

35 años, Zeballos, Florencio Varela, Gran Buenos Aires. Realizo natación, dibujo, canto y pastelería. Mi Facebook: Aníbal Ani Veloso.

La niñita



La palabra. Desde que tengo memoria fui nombrada en femenino de forma peyorativa: la niñita, grita como niña, corre como niña, mea sentada como niña. Esto me generaba un gran conflicto, me sentía violentada al ser nombrada así, ya que se hacía con esa intención. Al mismo tiempo, deseaba lo que yo consideraba los “privilegios” de las niñas: ellas se podían maquillar, jugar con muñecas y quedarse con los nenes. En este sentido la categoría “niño” no tenía nada para ofrecerme.

El amor. Mi mamá era una persona muy abierta, siempre me trató como “adulto pequeño”, nos dejaba decidir sobre qué alimentación queríamos tener (yo era vegetariano), cómo nos queríamos vestir, qué queríamos hacer. Sin embargo, cuando se trataba de mi sexualidad, mi subjetividad quedaba totalmente anulada. La primera vez que le dije que me gustaba un chico, me dijo: “no sabes de lo que estás hablando”.

El cuerpo. Sin hablar me pintaba las uñas y mi mamá me decía “cuando seas más grande verás”. Después fui más grande: un púber con trenzas en el pelo y a quien mi entorno no sabía cómo nombrar, si como nene o nena, otra vez. Prevalecía en mi familia el peligro de “si tu papá se entera, te mata”. Al que había que cuidar era a él y no a mí.

Las alas. En el secundario conseguí un entorno un poco gay friendly con todo lo que esto implica. En ese momento me

nombraban “niño mariposa” y me gustaba, hasta tenía una remera con eso escrito por mis amigos. Cuando decidí mudarme de país, sentí que tenía que “ser un adulto” y dejar mi mariconería, hacer una carrera universitaria en tiempo, vivir en pareja y dejar mi remera atrás.

Hoy me reivindico marica y puedo resignificar este dispositivo de normalización que fue el ser nombrada en femenino; es mi estigma, es mi herramienta de lucha.

Ezequiel Aguilera

22 años y soy marica. Nacido en Venezuela y viviendo en Córdoba, Argentina desde los 17 años. Milito en la organización feminista Mala Junta.

Patito



Mi nombre es un chiste de mi viejo sobre un muchacho del melódico latino, que mi madre decidió alargar indefinidamente. Cuando se tomó a pecho lo de irse, pataleé hasta lograr que me compren una tortuga. (Mucho después me dijeron que era un tortugo, aunque realmente nadie le preguntó). Se hizo como urgente ir entendiendo el mundo, así que me volví molesto. Pasé como un año preguntando qué decía cada cartel que me cruzaba, hasta que pude sentarme con el Atlas Universal Ilustrado y salir diciendo “Uagadugú” sin romperme una pierna. Con las visitas y los extraños me presentaba solo: “Me llamo Laureano Ariel López, tengo cuatro años, voy al jardín Los Enanitos, vivo en Irigoyen 1079”. Llenaba los bolsillos con unas piedras blancas y brillantes que me encantaban. Nunca vi una en Córdoba.

Muchos veranos los pasé en Huerta Grande, principalmente juntando flores. Las de colores, claro. A mi primo le parecía ridículo, o como dijo en su momento: “A mí me gustan las rosas”. Éramos un re dúo de maricas, aunque ninguno de los dos se daba cuenta. Mentira, yo un poquito. Un día en cuarto grado, sentado en el banco, miré al compañerito de al lado y pensé: “Qué lindo”.

Había un libro, *El inquieto universo*. Yo no entendía nada pero todo me sonaba re zarpado. Para esquivar los fulbos empecé a dar sermones más bien místicos sobre el cosmos y eso. Juntaba un auditorio de tres o cuatro (que por alguna razón se quedaban

sin agarrarme a piñas) y le tiraba unos veinte minutos. También iba a misa todos los domingos. Me despertaba solo para llegar temprano, cuando las viejas rezaban el rosario. El sonido de las viejas rezando me daba como cosquillas. La idea de ser cura me intrigaba mucho. Me sabía de memoria los textos de la misa. Una vez asusté a una tía abuela levantando una copa y recitando vaya a saber qué parte. Yo no quería asustar a nadie, pero la copa era plateada. Muy decorativa.

Los números me parecían buena gente. Pegaban menos que los fulbos. Me gustaba armar cosas complicadas y totalmente inútiles. Las maestras jardineras se preocupaban porque no salía del rincón de los bloquecitos. Después los reemplacé por análisis sintáctico. Como a los once, me leí tres manuales de un saque. Copiaba párrafos de Rubén Darío y los analizaba enteros. Era muy divertido. Tenía que dejar mucho espacio porque eran muchas rayas. Una maestra me puso en la libreta: “No se integra a actividades lúdicas”. Yo no entendía. Todavía no entiendo.

Nadar era buenísimo. Entraba al agua y desaparecía.

Cuando tenía cuatro años a veces tarareaba Margarita de Agosto. La hacían con el coro donde estaban mis viejos. Me aprendía todos los temas, pero ese me gustaba más porque tenía muchos dibujitos. Había agarrado la costumbre de seguir las melodías con un dedo, dibujando en el aire. También la de balancearme cuando estaba sentado. Mi abuela me subía a la falda y me cantaba canciones. A mí me gustaba mucho, sobre todo cuando venía la de “Pajarillo pajarillo, que vuelas por el mundo entero, llévale esta carta a mi adorada y dile que por ella muero”. Cuando me cantaba, mi abuela se balanceaba.

Dicen que una vez en un pasillo me saludó la tana Rinaldi, no le pude contestar porque no había nacido.

Laureano López

32 los jueves, música los viernes, ñoña full time, patagónica en desuso.

Desafortunado en el juego...

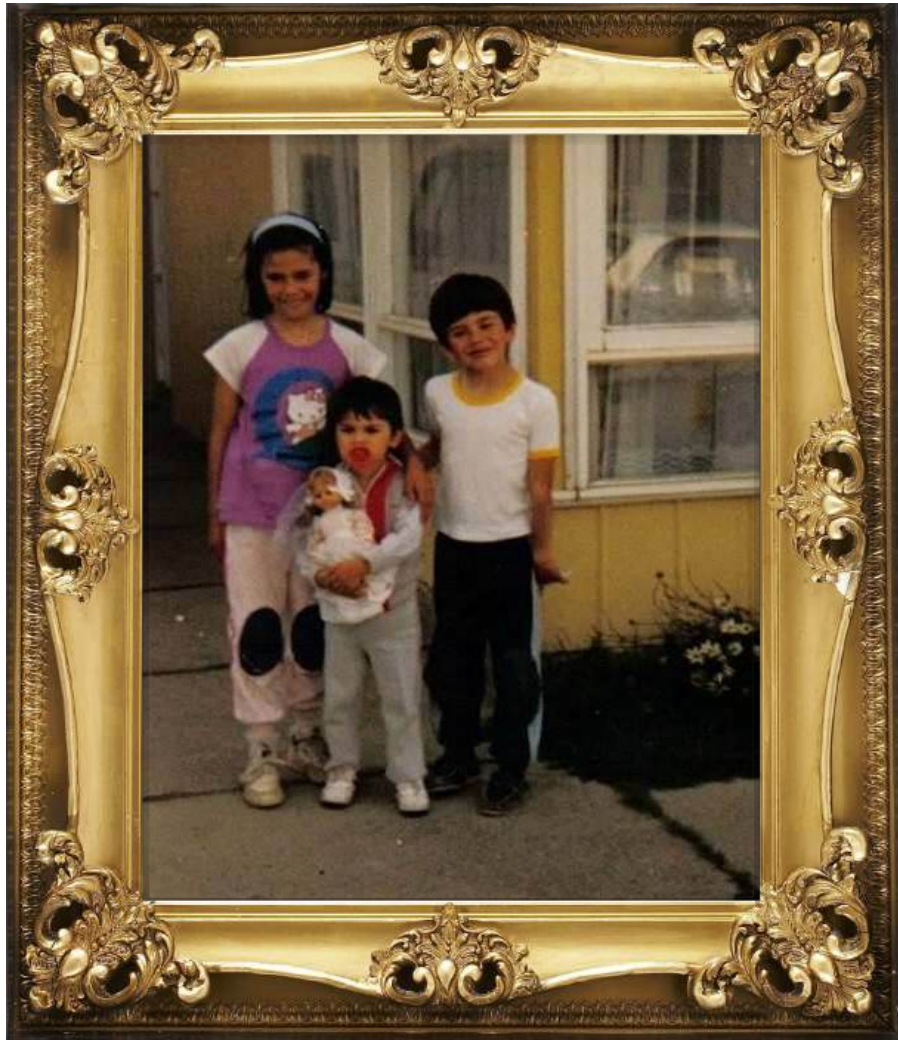


Acá estoy yo fracasando en el fútbol.
Ya desde mil novecientos noventa y uno.
En la foto se aprecian mis piernas gorditas a punto de parar la pelota con las manos en mi pose de Sailor Moon. Todos los padres de mis compañeros, incluso el mío, me iban a putear.
Entre los de mi equipo hay uno con el que nos dábamos besos y franela. No puedo decir cuál.

Adán Cohen

La Plata. Bailarín, masajista, instructor de pilates, coordina la PRACTICA DE ROLES DE TANGO itinerante y otros proyectos con su productora GRAN TANGO. También se desempeña como ilustrador mercenario.

I've written a letter to Daddy



Como Baby Jane quiero entreteneros compartiendo la micro-épica marica de mi vida: érase una vez una amiga muy atrevida que le preguntó a mis padres cuál era el nombre de mujer que me iban a poner antes de descubrir mi entrepierna, contestaron: Soledad... Ese nombre que no supe nunca me conjuró cual hechizo un destino; desde que lo sé, comencé a luchar contra esa soledad. Los papeles dicen otra cosa, que soy Andrés, que significa viril, ¡qué valor!, pero madre soñaba algo más “afrancesado”, que fuera André por Arnaldo André, galán de telenovelas por el cual ella rompía bolsa de sólo saborear en la pantalla ochentosa sus susurros guaraníes y su piel naranja. A mi padre todo eso le entró por un oído y le salió por el otro, me registró como Andrés, porque para él la realidad es dos más dos y no el continuum lesbiano de Giornata particolare que madre añoraba con la Arnaldo.

Aun así el hechizo materno pudo más que la racionalidad del Hombre porque siempre recuerdo con placer la complicidad de ella conmigo, sus canciones favoritas de Roberto Carlos, la Serra Lima, Simone, ABBA, etc., mientras hacía recreos de sus labores impagos para besarme, abrazarme y contarme confidencias, de agenciarse una hija en ese corralito de masculinidad familiar compartiendo conmigo telenovelas, susaneando cotilleos barriales no menos culebrones y su pasión tan Manuel Puig por las divas, poniendo sus fotos en portarretratos como dos susanos. Aunque también me

desapareció muñecas como Joan Crawford a su hija Christina, no porque las muñecas fueran “egoístas y desconsideradas” como en *Mamita Querida* en plena era del Craw-fordismo, como aquellos muñecos de trapo que echaron a una amiga marica y ésta tuvo que aceptar el desalojo por respeto al giro ontológico, a la existencia interpercibida de esos muñecxs.

Mis muñecas no eran malas pero la relación de madre con mi feminidad siempre fue muy errática. Por eso cuando las muñecas quedaron censuradas en nuestra democracia proscriptiva comencé, clandestina, a jugar a las peponas en lo de una vecinita que se negaba a reconocerme como nena, pero que disfrutaba de que jugáramos juntas, aunque yo no entendiera nada de fútbol ni de boxeo, pasiones que su padre le inculcó porque no estaba en sus cálculos que su primogénito no fuera el varón que soñaba, uouououou.

Luego nos mudamos de ese barrio y ya no pude acceder a las muñecas más que en vacaciones, cuando visitábamos en Chile a mi prima. Yo esperaba todo el año ese viaje y me deslumbraba escabullirme en su colección de muñecas como Laura Ingalls en la habitación de Nellie Oleson. El resto del año me las ingeniaba para resignificar a los dinosaurios de plástico. Empecé a adjudicarles, cual rito marrano, los personajes femeninos de *Dinastía* y *Dallas*, inventarles otros conflictos, catfights y más villanas, la capacidad de convertir en tía regente a ese aparato frío y sin curvas llamado televisor, diría la Theumer. En fin, muchas tácticas para sobrevivir a ese enigmático exterminio que me empujaba a ser parte de una cultura marica y al mismo tiempo me boicoteaba esa posibilidad. Creo que nuestras mañas vivirán por siempre como la loca de Miss Tacuarembó y las metamorfosis del viejo loco Madonna, en esa revancha que nos da la vida de volvernos nuestra propia muñeca y encontrarnos con otras peponas. Me pregunto si la gente que no ha vivido tantos obstáculos a su deseo, que no ha necesitado bunkers de fantasía, ha disfrutado tanto como nosotras en nuestras resistencias/fechorías. ¿Pueden decir de sí, que son amigas de la otra y amigas de Dorothy al mismo tiempo?

Andi Darío Sini Castore Descapelinade

Loca mersa y cursilienta, pimpinela-lumpen-cognitaria del Interior, docente, estudiante, militonta, puta y malcriada. Vive en Córdoba Capital, nunca volverá a ser santacruceña y jamás llegará a ser cordobesa. Amante de lxs gatxs cuadrúpedxs, de la escritura, las películas viejas, las tías, el camp y las lecturas potentes y ponzoñosas. Contacto: sini.andres@gmail.com

Caramelito



Plop plop, plop plop plop,
plop plop, plop plop plop,
plop plop, plop plop plop,
ese chico me hace plop,
te hace plop,
me hace plop en el corazón,
te hace plop
me hace plop es un bombón,
te hace plop
me hace hace plop qué situación.
Mueve, mueve la colita,
y también la cinturita,
mueve, mueve la colita,
y también la cinturita.
Con muchas ganas de cantar
con muchas ganas de bailar
esto sé que te va a gustar
te contagiarás.
Mucha música, mucha emoción
todo cambió de color.
Lo que vos sentís,
esta sensación, te sacudirá.
No la olvidarás,

te contagiarás.
Caramelito juega con la colita,
al ritmo de tu corazón,
para alejarla y dejarla bien durita,
hay que ponerse en acción.

Nacho Diaz Forciniti

Chilecitateño. Un poquito más de 20 años. Psicólogo diverso, feminista y popular. Trabajo en Salud Mental. Viviendo actualmente en la ciudad de Córdoba. Fanático del mate y del vino. Claramente cholulo. Ahí, en la foto, chiquito con caramelito, seguidor de los musicales y el show, lo que hizo del teatro mi carrera frustrada. Todos esos inicios me hicieron soñador, bailarín y libre. Contacto: ignacio.diaz.forciniti@gmail.com

Devenir Isabelita



Mi mamá, gallega de nacionalidad y espíritu, autora de esta foto, asegura que tanto a mi hermano como a mí nos encantaba disfrazarnos. Pero a mí no me gusta esa historia, me quita del centro del novelón del marica, que vuelve de las sombras como una extraña dama. Quizás ustedes no lo sepan pero lo que da forma a la “galleguitud” es el sentimiento de nostalgia permanente. Mi madre, desde muy chicos, cuando estábamos en alguna situación placentera, nos decía que retuviéramos ese momento porque luego lo íbamos a extrañar. Siempre estábamos extrañando las cosas al mismo tiempo que sucedían. Puede parecer tortuoso, pero yo agradezco profundamente la transmisión de ese sentimiento. La vida no termina nunca de ser una novela.

Nací en Morón y allí viví la mayor parte de mi vida, pero esa cocina-pasillo que se ve en la foto es la de un departamento en Mar del Plata, lugar donde pasé casi todas las vacaciones de mi infancia. Calculo que será del año 87. Yo tendría seis años.

Recuerdo Mar del plata como un lugar muy feliz y a ese departamento (al que habremos ido dos veces), muy cercano al asilo Unzué, como un lugar del que no me hubiera ido nunca de no ser porque mi abuela se quedaba en Morón. Pasada una semana de vacaciones, ya empezaba a decir que tenía ganas de comer “la pastafrola de la abuela”.

Mi abuela nunca hacía pastafrola y nunca entendí por qué mi

propia nostalgia gallega se presentaba de esa forma. Hace una semana se cumplieron dos años de la última esperanza de aquella pastafrola y del fin de mi infancia.

Pero el centro de la foto no es mi abuela, ni tampoco yo, sino mi madre. Es ella quien verdaderamente está en la imagen, el punctum de la fotografía dice Barthes, quien también tuvo UNA madre. Recuerdo que justo antes de apretar el botón para activar el flash y correr la cinta del rollo, mamá gritó: “¡Es igual a Isabelita!”. Y yo respiro, aliviado. Tardará años en salir todo el aire contenido, inclusive ella va a tener que insistir con el parecido para que el aire no se corte y puedan adquirir cierta forma los contornos de mis gestos. Ya no hay vuelta atrás. Devengo Isabelita, por favor no me atosiguéis.

Ariel Sánchez

Nací en Morón y actualmente vivo en La Plata. Tengo la edad suficiente como para haber vivido la intensidad y la crisis (en todos los sentidos posibles) de los años '90. Vengo de una generación y clase social tardíamente “ilustrada”, que encontró en Deleuze lo que ya había descubierto años antes con Fun People.

Vergüenza y fantasía



Yo era un niño afeminado. Tímido en general, no quería “que se me notara”, no quería que se burlaran de mí, aunque no siempre lo lograba: “puto”, “maricón”, “trollo” eran nombres comunes, heridas contundentes que en general me dejaban quieto, sin reacción más que el llanto –hasta que también aprendí que el llanto era digno de sanción–.

En casa, me sentía más cómodo*, podía ser todo lo afeminado que quisiera. Allí jugaba con mi hermano mellizo, juegos en los que siempre escogía ser los personajes femeninos: Gatúbela, Chun Lí, Sonia Blade, Tormenta (la otra vez mi hermano me recordaba que yo gritaba: “¡yo soy Tormenta, la dueña de los elementos!”), Cheetara; o afeminados, como Shun de Andrómeda (hoy puedo decir que hasta estaba un poquito enamorado de ese personaje – como lo estaba de Ryoga, el chanchito de *Ranma 1/2*)–.

Luego llegaron otros personajes (no puedo pensar mi infancia sin estas ficciones que me permitieron sobrevivir al insulto y la burla), algunos que ya no compartía con mi hermano: estoy pensando más que nada en *Sailor Moon*; Sailor Mercury era mi favorita, supongo que me identificaba con su ñoñez. No vivía en una casa muy grande, mi habitación (compartida con mi hermano mellizo y mi hermana mayor) era el comedor, en donde por arte de magia un sillón y un mueble se convertían en la noche en nuestras camas, tal es así que los juegos o mis propias historias como sailor

scout las recreaba en el baño –de allí que hoy estoy obsesionad* con los baños grandes, mi lugar de intimidad–.

A fines de primaria, mirar con curiosidad a los compañeritos en calzoncillos, o las fotos de (lo que hoy llamaría) chongos en las revistas era casi un hábito y, aunque era un hábito culposo que no podía compartir con nadie (salí del armario con mi familia a los veintipico), me lo permitía: era mi secreto, no estaba fuera del armario, pero en el espejo sí me decía: “bueno, Beto, sos maricón, qué se le va a hacer”.

De este modo, aunque signada por la vergüenza, recuerdo mi infancia con cariño. Hoy puedo entenderla en resistencia, más que nada a través de la fantasía y la curiosidad. Y me (nos) celebro por ello.

Beto Canseco

Córdoba. Nacid* en Buenos Aires, pasé allí mi infancia y adolescencia; vivo en Córdoba hace más de diez años. Me reconozco como feminista pro sexo, activista de la disidencia sexual, ñoñ*, bailarin*, tembleque, excesivamente neurótic*, aficionad* al porno y al vino. Contacto: betocanseco@hotmail.com

El local de videojuegos



Le pedí a mi abuela que me acompañara a comprar un cartucho de videojuego con “mi” plata. No me cansaba de repetir que era mía. Aunque me la hubieran dado mis padres, un cachito cada semana, era yo quien se había encargado de juntarla. Todo ese tiempo que estuve ahorrando me sentí por primera vez un adulto, pero ahora que ya le había encontrado un destino concreto, volvía a sentirme un chico. Por eso le pedí el favor a mi abuela, porque no me animaba a ir solo. Siempre me daba vergüenza entrar en los negocios y le rogaba a otro que hablara por mí con el vendedor. Ella no entendía nada de videojuegos y esta vez iba a tener que hablar yo.

Fuimos a un local en el primer piso de una galería, a uno de esos locales que están como escondidos. Lo atendían unos pendejos. Pendejos, pero que eran mucho más grandes que yo: unos grandulones. Tal vez uno solo fuera el vendedor y los demás sus compañeros de la secundaria que pasaban las tardes después de la escuela ahí metidos, no tanto por hacerle la gamba al amigo, sino para poder jugar a la parva de jueguitos que había en el local. Me acerqué hasta el mostrador. Mi abuela se quedó un paso atrás. No llegué a abrir la boca porque uno de los pibes se me adelantó y me preguntó si estaba buscando el videojuego de la Barbie.

Los demás se rieron aunque no de manera abierta, sino tapándose mal con una mano. No les importaba mucho disimular.

Yo no quise darme vuelta y tener que enfrentar a mi abuela. Más que el insulto, me había dolido que lo dijeran delante de ella. Decidí actuar como si el vendedor hubiese formulado la pregunta en serio y le respondí que no, que quería el jueguito de Súper Mario. Noté que los pibes habían dejado de reírse. Me pregunté si mi abuela tendría algo que ver con el cambio repentino de actitud, a pesar de que se mantuviera callada. Sabía perfectamente que ella tenía el poder de coserle la boca a cualquiera. Somos pocos los que conocemos esa mirada.

No recuerdo si al final compré el cartucho, sólo que abandoné el local hecho un manojo de nervios. Ni siquiera recuerdo haber recorrido la galería hacia la salida: aparecí sin escalas en la vereda, como en los blancos de las borracheras cuando uno cree teletransportarse. Mi abuela no parecía estar molesta, ni se le había arruinado el humor.

En aquel momento, me alivió que no habláramos del tema. Hoy no sé si estoy tan de acuerdo, porque en ese instante sellamos un pacto tácito que todavía permanece vigente. Aunque también es cierto que, ante la misma situación, mis padres me hubieran aconsejado ser menos amanerado, como cuando me anotaron en un club de fútbol y me llevaban de las orejas, o cuando me prohibieron que mirara telenovelas. Ellos en el fondo les daban la razón a esos pibes. Mi abuela no, a pesar de su silencio.

Cristian Godoy

Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Nací en 1983. Dormía en el comedor de un dos ambientes. Como siempre supe que me gustaba escribir, estudié administración de empresas. Algo me decía que no se puede vivir de la literatura. Mi departamento actual es todavía más chico que el de mi infancia. Contacto: cristiandg83@gmail.com

Mi Vietnam



(Sur de la provincia de Formosa. Territorio del Chaco Walamba)
*But the tigers come at night / With their voices soft as thunder
As they tear your hope apart / As they turn your dream to shame.*
LOS MISERABLES

*Y quisiera ser como el niño aquel / Como el
hombre aquel que es feliz / Y quisiera dar / Lo que
hay en mí / Todo a cambio de una amistad.*
SOY REBELDE

Mírenme ahí, qué delicia. En la más tierna infancia de mi Vietnam tenía dos cosas, un miedo nocturno a ser abducido y una felicidad: escapar a lo de mi vecina para que me vista de china, que me monte de campesina con una toalla larguísima, giro y sigo. O de astronauta, de payaso, que en el nordeste argentino donde me criaron se había hecho un lujo, un sueño la celebración de ser otro mariconcito más.

En mi arribo a esos territorios sólo pude llorar, la luna estaba en cáncer al nacer y me lloré a mí mismo un río bermejo durante meses sin descanso. Como si hubiese estado mucho tiempo esperando una mejor reencarnación y, de repente, me viera allí de nuevo, en ese escenario de la vida, muy parecido a algún lugar de la Indochina. Mis lágrimas ningún curandero pudo parar,

sólo me calmaba en un hombro de mi madre que hasta ahora le duele, el otro no, era el hombro derecho mi refugio. Por las tempranas batallas, por ser un lugar minado para mi existencia, a esa geopolítica toda hecha en mi contra le digo MI VIETNAM, con sus interminables palmares, las plantaciones de arroz, la cara cerrada de sus habitantes, la piel curtida por el sol, la polvareda que se hace barro a la vera de los riachos, por los bosques tan propicios para los monstruos acuáticos, el hábitat para encuentros con seres de otros planetas, o para los placeres más ocultos.

Por esos días yo saltaba en precarios tinglados llenos de algodón blanco y sucio, lleno de bichos que me picaban. Las arañas esperaban la oscuridad de la noche, la quietud del campo, para rociarme ácido en la cara, siempre en la cara mientras dormía... Por la mañana terminaba en el puesto de primeros auxilios más cercano con la cara arañada, me recetaban algún cebo de víbora y volvíamos caminando de la mano con mi madre entre las matas, mientras yo, espantado, descubría que había vida viviendo mientras yo dormía, vida matando, vida naciendo, clavando los dientes, hincando punzones de ámbar entre los senos, diría Lorca. Esa vida agazapada esperando mi sueño para atacar no me dejaba dormir, comencé con mis largos insomnios, el misterio del campo entero con miles de ojos desde afuera adelgazaba la división entre el sueño y la vigilia.

En las tardes calientes, asistíamos con mi madre a LA EXTRAÑA DAMA. Me apasionaba la inestabilidad identitaria de aquella campesina engañada, que con su juventud muerta recién nacida se hace monja. Adoraba que en su clausura y teniendo a la diabólica Sor Paulina como carcelera se arriesgaba a escapar por las noches disfrazada de Baronesa Manfredi uouououo; y lo más extraño de todo es que nadie la reconocía tan solo por tener una capelina enorme, tapando un escándalo con otro aún mayor... Todo el mundo le respetaba ser otra. Del miedo a María Rosa Gallo pasaba a LOS EXPEDIENTES SECRETOS X, serie que reforzó mi seguridad absoluta de que iba a ser raptado de un momento a otro, era inminente, tal vez hasta sin percibirlo. Sólo después sería hallado en alguna zanja todo intervenido. La

angustia inconfesable me acompaña hasta hoy.

Algunas noches recibíamos la visita de un primo que llegaba del monte adentro, donde la civilización aún no había matado la animalidad que habita en cada hombre. Tenía un par de años más que yo y una piel morena que le hervía, como de bestia. Subjetivado por películas de Bruce Lee, Terminator y Rambo... una masculinidad de otro planeta, demasiado exultante para un niño, perverso polimorfo cuya capacidad de seducción asombra y cautiva a quien sea con su actitud avasallante. Nos ponían a dormir en la misma estrecha cama, cada uno con la cabeza en el extremo opuesto como haciéndonos un 69. ¡Qué santo mi padre!, de día dejándome morado de palizas, escupiéndome, amenazando con mearme si seguía siendo tan mariconcito (sí, sí, todo muy BDSM por allá) y por la noche arrojándonos a ese dispositivo tan excitante... Cuando todos dormían, una luz en nuestro cuarto era encendida y yo era finalmente abducido. Ese primo que yo amaba me hacía protagonizar sus berretines de guerra, jugaba a que él era un héroe con metralleta enfrentándose a los orientales y rescatando una china, sin su consentimiento claro. Con un brazo me sostenía del cuello y con el otro tiroteaba a los enemigos. Mientras me apoyaba su cuerpo caliente, sorteábamos los campos minados de napalm, rodábamos, de repente, por las trincheras del cuarto y él terminaba encima de la china, como un perro, jadeando, susurrando, mi cuerpo de crianza se estremecía en ese guión siniestro... Al día siguiente yo no debía recordar nada, aunque hasta hoy nuestras sinvergüenzuras diagramaron mi deseo sodomítico, a pesar de la culpa secreta y abusiva que me proporcionaron por mucho tiempo la iglesia evangélica primero y un cierto feminismo de la buena conciencia después. Ahora agradezco a ese alienígena que me amó en la aridez afectiva de MI VIETNAM, que me deseó; le agradezco las miradas tiernas y amenazantes que nos regalábamos en el desayuno, su libertad con la que potreaba en los campos, verlo regresar intempestivo hacia mis brazos por las tardes. Y otra vez, cae la noche tropical.

Félix Olvido

Escritor y periodista freelance. Autor del blog elvicholove.tumblr.com. Trabaja de traductor en idiomas inglés, portugués y español, adoptando como forma-de-vida el nomadismo digital. Militante seropositivo, usuario de cannabis medicinal. Da charlas, talleres y conferencias sobre estos temas. Co-autor del artículo “Juventud gay en ambientes de relacionamiento sexoafectivo, prácticas biopolíticas de resistencia” Ammann, Beatriz; et. al. (comp.) para el libro *Sujetos emergentes y practicas culturales: experiencias y debates contemporáneos*, Córdoba: Ferreyra Editor, 2014. ISBN: 978-987-1742-64-6. Experimentando sobre el propio cuerpo terapias alternativas y de producción de sí. “Lo que quiero decir Dr. Azúcar, es que el trabajo de un poeta es su propia vida”, Violet Venable en *Suddenly, last summer*.

El nene mimado



Soy el más chico de tres hermanos varones. El más chico y el más mimado. La violencia heterosexista de mi hermano, quince años mayor que yo, se demuestra en mi llanto a los ocho años porque, en una colonia de vacaciones, todos los participantes se pusieron a jugar al fútbol. El fútbol siempre fue el punto de quiebre (¿de muñecas?) de mi masculinidad. Nunca me gustó. En cambio, me encantaba juntar fotos de Thalía y pegarlas en un cuaderno. En definitiva, yo quería ser esa María la del barrio que encuentra a su príncipe azul y la llevan a un castillo encantado. Una sonatina de telenovela mi vida. Siempre soñé con el Principito: ser la rosa histórica. A los 20 años era una histórica. Siempre digo que mi problema, al comienzo de mi juventud, consistía en que era demasiado linda. Flaquito, con ojos verdes, todos caían rendidos a mis pies. En la foto, se me ve como un querubín afeminado, con una cadenita de oro que presenta a una virgen. Siempre fui muy católica. Fui a un colegio católico apostólico romano. Bah... eso era lo que decían, nunca entendí muy bien qué quiere decir todo eso. Lo que sí.... Cuando jugaba al hockey, a eso de los quince años, me acuerdo que una compañera me dijo: “Vos jugás al hockey porque te gusta el palo”. Mucho no le di pelota, creo que estaba enamorada de mí. Era un nene mimado: mis cumpleaños se llenaban de chicos y chicas que sólo querían pasarla bien, me llenaban de regalos, hasta payasos había. Recuerdo que perdí mi

virginidad recién a los 17 años. Tan pura yo. En fin, tenía todo para ser de la raza aria pero pateé en contra, y ahora estoy esperando mi espacio en el caldazo.

Mariano Massone

Luján, 1985. Poeta y esquizoanalista. Brujo pampeano, payesero y yuyero profesional. Vive con su novio Marcos y su gatita Marina. Contacto: marianomassone@gmail.com

Mañanas Camp



“Él no mira nada: retiene hacia adentro su amor y su miedo...”

A la Betito lo que más le gustaba de niño era quedarse a solas con su abuela en las mañanas, faltar a la escuela y despertarse temprano para observarla cuando se maquillaba, haciendo maravillas con sólo un labial. Nadie más sabía que Beto era capaz de pintarse los labios a la perfección sin usar un espejo porque aprendió de memoria ese gesto mágico de la abuela.

“...y ashí he vivido, shin claudicar, a veshes bien y a veshes mal”, cantaban en la cocina parodiando a Tita. Se sufría lo que había que sufrir y se gozaba lo que había que gozar, esa era la pedagogía que realmente valía aprender, y como dice una dragqueen muy conocida: ¡old school is the Only school!

Durante esos años, entre milongas y ademanes a escondidas, se sirvieron muchas tazas de té y, a todas las amigas soñadas, Beto les cantó ese pedacito de tango, enfatizando las eses a lo Merello, con un poquito de miedo a no causar gracia y con la ilusión de conocerlas algún día.

La Betito

Córdoba. Instagram: nomigonzal. <https://vimeo.com/noegonzalez>
<http://gonzalez-noe.tumblr.com>

No llores por mí, Argentina



Nací el 20 de Junio de 1987. Mi segundo nombre es Manuel por Belgrano, el creador de la bandera, el prócer de las habladuras. Mi venida al mundo coincide con la celebración de un feriado nacional. Siempre he cumplido junto con la patria. ¿A quién?

En el jardín de infantes se organizaba el (pasaje al) acto de mi natalicio. La historia era sencilla: tras dar batalla, Belgrano se quedaba dormido, y en la pasividad y humedad de sus sueños un torbellino de estrellas coreografiadas le rumoreaban sobre Celeste y Blanca. ¿Quiénes eran Celeste y Blanca? Andrea del Boca y la esposa enferma de Don Moyano, el vecino de enfrente, resolví.

Como la asignación no es destino, me arrebataron el rol protagónico y me mandaron entre las filas del vulgo a hacer de soldadito. Pero me resistía, todo mi cuerpo se resistía. ¿Cómo marchar? Arruinaba el ensayo con mis movimientos delicados y exagerados a la vez. La maestra se desesperaba: “No, no, no. Así no”, me decía intentando disimular su aflicción. Una nena llamada Aldana dijo en voz alta que yo podía ser una dama antigua como ella , y algo mucho más antiguo que las damas aseveró la incertidumbre en nosotros. Tomada por la ansiedad de la exposición ejercí mi primera insurrección involuntaria, cometí mi segundo crimen: “Yo me voy con las estrellas”.

Así fue que las cartulinas azules que intentaban soldarme quedaron archivadas en el armario y a último momento se les

comunicó a mis padres que sería la única estrella varón. ¿Qué necesitaba? Cancanes blancos, camiseta blanca, polainas, zapatillas azules y una vincha con picos plateados. Papá entró en pánico con lo de la vincha. Y como el inconsciente siempre sabe, perdió los moldes que le dio la Señorita Celia. Me propuso, en lugar de esa coronita, hacer algo mucho más viril: un casco plateado, más resistente, más grande, con picos, aerodinámico, hiperbólico. ¿Qué sabía el inconsciente de mi padre sobre el mío propio?

Entre el soldado y la dama antigua: la niña drag queen más poderosa de todos los tiempos. Embanderada, espectral y orgullosa. Yo: la estrella sobresaliente. Aplaudida por todos, más que Belgrano.

Lo que nunca les voy a perdonar es que, para hacerme cargar con el palo y el trapo ese, me obligasen a quitarme el casquete. Dejé la vida en el escenario, lo di todoh, como Normita Pons, la última trágica –con los ojos llenos de lágrimas, diagnóstico de paperas (“no me parece tan ilaaaaagica meamar”, diría Oriana Junco), fiebre de más de 38° y la precariedad de los estrábicos en la mirada maliciosa–. A veces, las explicaciones llegan mucho antes de que una se lance a buscarlas.

Juan Manuel Burgos

Negra y disidente, escribiente y escuchante, acompañante sexual y abortero. Cocina, pinta, dibuja, cose, borda y te abre la puerta para ir a jugar. Mora en Córdoba y comparte casa con dos perras, dos fantasmas y una mostra.

Qué sosticadoh



Lo que más recuerdo de mi niñez eran los mundos imaginarios que inventaba. Una caja de zapatos, un par de sábanas viejas, unos autitos de colección y la inmensidad de un árbol de la chacra donde me crié eran mis soportes favoritos para hacer andar historias fantásticas.

Escogí esa foto porque, además de disfrutar de inventar esos mundos, disfrutaba mucho estar en la cocina. Como espacio real. No sé el motivo. Tal vez porque allí se reunían las mujeres fuertes que me criaron, especialmente mi nona. La veía tan recia cuando cocinaba; todo ese mundo me era sofisticado.

Emiliano Litardo

37 años, Buenos Aires. Interés en los unicornios.

Heidi de La Paternal



Cuenta la leyenda que cuando tenía 2 años de edad, en una reunión en casa de mis abuelos maternos, ante mi ausencia, mi abuelo fue hasta su cuarto a ver qué estaba haciendo yo. Desde la puerta de la habitación, miró hacia el living, donde estaba el resto de la familia, y expresó un sonoro: ¡Sonamos!

Era yo, que llevaba encima los collares y pulseras de mi abuela y jugaba con sus maquillajes.

Supongo que fue aquel día el que marcó que mi familia pusiera manos a la obra para reformar el espíritu femenino de mi criatura. No hagas eso que es de mujer. No contestes así que te pones como Bette Davis. No ayudes a lavar los platos. No grites así. No camines así. No te pares así. No te vistas así. Sacate ese toallón que usas en la cabeza a modo de pelo largo. Dejá de imitar a Marilyn Monroe.

Salir a jugar por el barrio no era tan diferente a como era en casa. No faltaban las mateadas donde me tiraban al piso y se me tiraban todos encima. Ni las peleas de puños para: “Hacerte hombre porque te queremos”. En 5to grado ingresé a un nuevo colegio, cambié de barrio: del colegio en Caballito –donde ya nadie se escandalizaba porque jugara a ser alguno de Los Ángeles de Charlie, La Mujer Maravilla o La Mujer Biónica, más frecuente esta última, porque era un personaje alto y bellamente dramático– al colegio en Paternal, donde una niña del asiento de adelante me preguntó: “¿Y qué ves en la tele?”. “Heidi”, respondí en mi total

ignorancia de las cuestiones de género. “¡Chicos! ¡¡¡Ve Heidi!!!”, dijo saltando como resorte del banco. Hasta el día de hoy, 40 años después, en el barrio soy Heidi.

Había un grupo de compañeritos de 3er grado, ponele, sobreexcitados con la revista 7 Días, que tenía a una joven Graciela Alfano en su portada, en bikini. Yo no entendía qué los ponía tan eufóricos. Para mí eran tarados. Tampoco podía relacionar, en ese tiempo de mi niñez, que lo que a ellos les pasaba era, sino igual, algo muy parecido a lo que a mí me pasaba frente a la foto de Silvestre, un cantante que en aquel tiempo sacó un disco que, en la foto de portada, lucía un ceñido pantalón plateado con el que se le marcaba la pija, toda acomodada hacia un costado.

Recuerdo a uno de mis vecinos de la cuadra, no recuerdo su nombre, era un poquito más grande que yo, que debía tener once, y él doce. Lo veo como si estuviese aquí: sentado en el pasto, con sus piernas abiertas, el bulto asomándole por el costado del pantaloncito corto, el pene marcado en la tela y un poco de escroto saliendo por el costado del calzón. Recuerdo el deseo y la femineidad que despertaba en mi cuerpo.

No camines así, no es de varones

Tenía 17 años, trabajaba en un local que vendía ropa de segunda selección. Estaba situado en una vieja fábrica textil que, en ese entonces, se usaba para expedición. Muchas veces tenía que traer o llevar cosas del sector local a algún sector de la fábrica. Un día llegué al sector gerencia: “Hemos recibido una nota de los operarios quejándose por su forma de caminar. Le vamos a pedir que corrija esa postura”.

Mi compañera del local era una correntina que había bailado en los carnavales: “Es que no sé cómo haces, pero la manera que movés hombros y caderas, a veces trato de hacerlo y no entiendo cómo lo hacés”. “Fácil, linda: escuela Marilyn Monroe”, debí haber contestado.

Epilogo: después de esa experiencia me fui a hacer un curso para aprender a caminar a la manera de los hombres.

Rodrigo Peiretti

Artivista, buscador de mecanismos de transformación, utópico irreparable, nihilista devenido en andá a saber qué cosa rara entre remador y harto empecinado. CABA, Argentina.

Ternura revelada



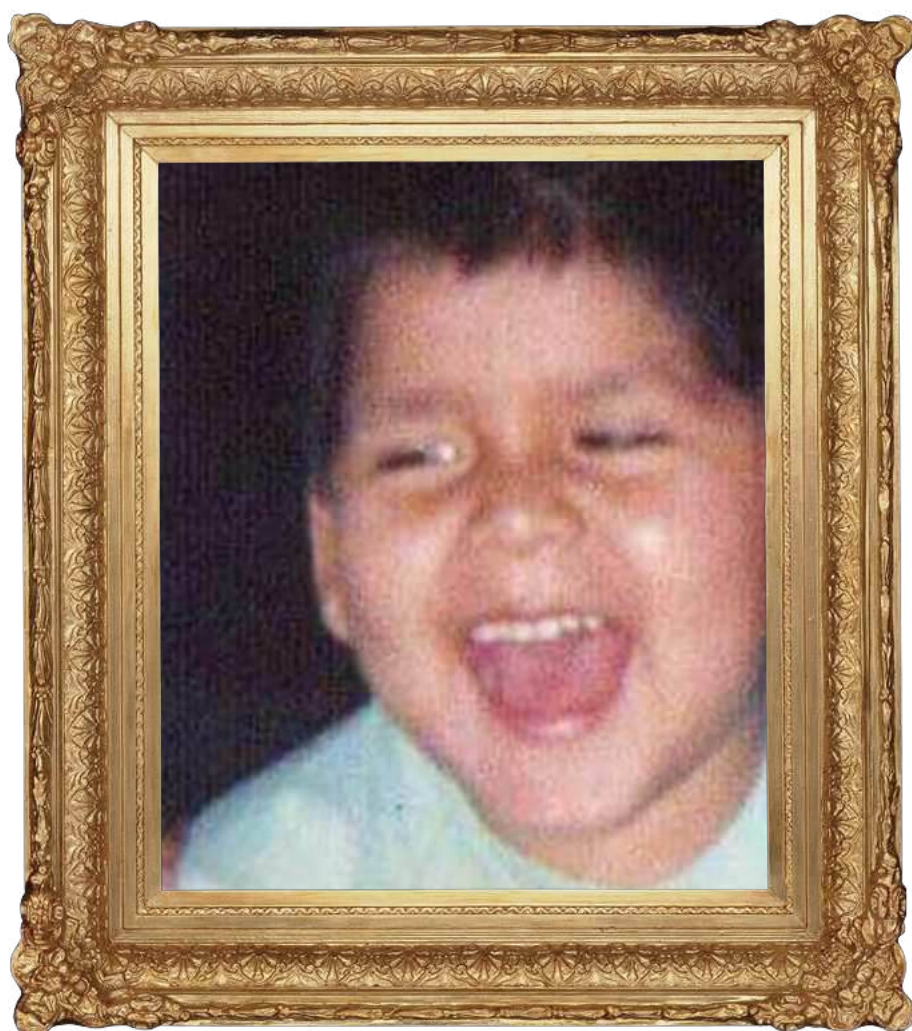
La foto que elegí fue tomada en Viña del Mar, Chile, una mañana de enero de 1982. Estábamos con mi hermano (yo siete y el cuatro años mayor) en el jardín de una casa que alquilaba mi familia para las vacaciones. Me dio mucha ternura cuando la encontré en San Juan, entre tantas otras fotos viejas. No me acordaba de esta foto, pero la guardé porque es reveladora, más claro imposible: el tipo fue gay toda la vida. No sé si lo habré sublimado, muerto, acallado –no sé qué palabra usar para esta falta de registro–, pero cuando encontré la foto me acordé de Marcelino Perkins, el chico de Venado Tuerto que se suicidó por el bullying que sufría.

A una de mis tías le pareció un espanto lo que habíamos armado con mi hermano, jugando, pero por suerte mis viejos no lo vieron así, mis cielos, y sacaron la foto con total naturalidad. A esa ternura me remito.

Gonzalo Gascón

42 años, Sanjuanino radicado en Córdoba. Ceramista en “Del mismo barro”.

Ahí donde
no estoy



Ahí me vi, en una foto sonriendo, vestido de ángel para un acto de primer grado, con mi cadera quebrada, mi mirada dulce, mi pose maricona.

Al principio, esa foto no me generaba nada; al crecer fue el problema. Empecé a avergonzarme de mí, de ese niño indígena-mariquita, que no respetaba los mandamientos de su familia materna, que no era macho y heterosexual como sus amigos. Y que esa foto le recordaba constantemente qué era.

Ahí me vio mi madre, con miedo, quizás a veces con vergüenza, su único hijo varón mariconeaba, ahí me miraba en el portarretrato dorado de su pieza, su nene que desde chico era mariquita, que no entendía que ser marica tenía algo malo. Me vio rechazar lo que soy, luego me vio tomar lo que era y serlo con más fuerza.

Ahí me vieron sus amigxs, algunxs con amor, otras con saña, algunxs negando mi mariconería para no lastimarla y otras marcándola para lastimarme a mí.

J. Alejandro Mamani

Argentino no blanco, salteño, marica, Abogadx en Derecho Informático. Sailor Scout. Coya, básico, mundano y mortal.

Pasar y verme Posar y verme



Verano de 1981.

Encontré esta foto en casa de mi vieja, destruida como casi todos los recuerdos de mi infancia, preservados bajo los descuidos que conlleva la senilidad.

Soy el cuarto hijo varón de cuatro varones. Mis hermanos son varios años más grandes que yo y sí, esperaban la nena.

De chico, como a los 7 u 8 años, me encantaba mirarme al espejo y en casa había un espejo de cuerpo entero ubicado en el living, bien al paso. Me encantaba pasar y verme. Ver cómo estaba peinado o vestido, ver cómo me quedaba tal o cual mueca o gesto, ensayaba una mirada o un guiño. Me miraba porque me parecía que yo era lindo, me miraba porque me gustaba cómo era. Lo hacía sin importarme lo que los demás opinen o, en realidad, sin saber que otro opinaría.

Un día opinó ese otro: un amigo de mis hermanos viendo cómo yo me miraba cada vez que pasaba por el espejo del living, dijo: “Este cuando crezca va a ser como Héctor” (Héctor era amigo de mis hermanos, muy amanerado de chico y adolescente, del que todos decían que era “rarito”. Hoy también es un gran amigo mío y está felizmente casado con Daniel). Desde ese momento, nunca más me animé a mirarme como lo hacía, por si había alguien cerca que pudiera notarlo. Creo que desde ese momento, aprendí a esconder mi maricón interno y creo que desde ese día también,

ya no gusté tanto de mí.

Pero esta foto sí me gusta. En esta pose sí me gusto. Es una puesta en escena. Mi vieja quiso ser glamorosa para la posteridad y armó este cuadro pomposo que destila grasa barrial. Nótese que sólo ella mantenía el personaje. Tanto Misha como yo estábamos a punto de abandonar el marco, a lo que atribuyo el apuro del fotógrafo, mi hermano adolescente, que no logró encuadrar debidamente.

Federico Londero

40 años, me cuesta mucho decirlo. Soy cordobés pero no facho o zombie mediatizado como el 80% de mis paisanos. No te voy a decir que soy gay porque no me gustan las etiquetas en las personas. Si me tienen que poner una, creo que prefiero “puto”.

Desde
chiquito
se le notaba



“Y sí, ya desde chiquito se le notaba”, le dijo una señora a mi madre cuando, ante su curiosidad por saber si yo tenía novia, le contestó que no, que yo estaba soltero pero que igualmente era gay. Con mamá nunca hubo problemas con mi identidad ni mi mariconería; es más, hasta creo que impulsaba mi devenir mariconcito desde muy pequeño. Durante mi infancia, ella trabajaba como madre y ama de casa, de vez en cuando en un taller de costura, o hacía cualquier changa que no requiriese tener título secundario, pero generalmente pasaba mucho tiempo en casa y todas las mañanas salíamos en la moto a hacer los mandados y a jugar a la quiniela, por lo que estábamos mucho tiempo juntas. “Yo le decía a tu madre, que se te separe un poco porque si no ibas a salir y no me equivoqué”, dijo mi tía cuando, en una charla, ante su constante curiosidad por saber si me gustaba alguna chica, le contesté que era puto y que me gustaban los chicos. Mamá no tenía problemas con que mi hermana y yo jugáramos a aquellos juegos culturalmente asociados a las mujeres como “ser secretarias”, ponerse almohadones debajo de la remera y simular estar embarazadas, maquillarnos, que yo me colocara toallas en la cabeza para hacer de cuenta que tenía el pelo largo, o que me pusiera a armar la casa de las muñecas de mi hermana y dejara de lado la estación de servicio con los cochecitos que me había regalado un tío; hasta recuerdo que se recorrió todo el pueblo buscando un esmalte negro ante mi deseo

de empezar a pintarme las uñas con ese color. Digamos que si mi tía tuvo razón, le agradezco a mi madre por haber “salido gay”.

Con la mostra madre de la familia, mi abuela paterna, tenía un profundo enamoramiento. A ella le encantaban las plantas, por lo que cada vez que iba a visitarla me transmitía nuevos conocimientos sobre botánica y yo me la pasaba con las manos en la tierra, plantando y trasplantándole lo que me iba diciendo. Malvones, hiedras, rosas rococó, azucenas, potus, pote, puto. Era la cortinera del pueblo y una gran costurera, por lo que irme a esconder al galpón y usar retazos de telas para hacerme polleras y vestidos improvisados era algo frecuente mientras ella trabajaba en su máquina de coser. Que esto lo hiciera en el galpón era necesario y estratégico para que ella no me viera; la vieja era una fiel consumidora de la Legrand y muy estructurada en cuanto a lo masculino y lo femenino. Que contradictorio resultaba que no le molestara que yo supiese los nombres de todas las flores y plantas, pero le aconsejara a mi madre que no me pusiera a lavar los platos ni tender las camas porque eran trabajos de mujer.

Recuerdo que en los clásicos almuerzos de los domingos en casa de mi abuela, con mi hermana nos encerrábamos en el cuarto y nos montábamos con sus tapados, le chancleteábamos los tacones, con los pañuelos de seda me hacía mis regias pelucas, que mi hermana no necesitaba porque ya tenía el pelo largo, y nos poníamos los collares, prendedores y esos aros clips dorados con perlas blancas en el medio. Hasta que un día el ruido del camión nos avisó que llegaba papá de viaje. Con mi hermana salimos disparadas de la pieza a recibirlo ya que era tiempo de cosecha y hacía mucho no lo veíamos. Salimos tan eyectadas por la idea de volver a ver a papá, que no nos percatamos de que estábamos montadas. Cuando cruzamos la puerta de entrada y papá nos vió, su cara se transformó. No hubo tiempo de sonrisas, de saludos, abrazos ni muestras de afectos, el reencuentro tuvo como característica una gran cagada a pedos que encontró en mi hermana la destinataria, por ser ella la que me “estaba disfrazando de mujer”; retos a los que se sumó mi abuela, que no tenía una buena relación con mi hermana y aprovechaba cualquier situación para hacerle saber

que no le tenía mucha simpatía. Todo concluyó con la prohibición de ese juego, y aunque mi hermana, luego de esa experiencia y sumado a que al ir creciendo fue dejando de jugar conmigo, no volvió a encerrarse y montarse conmigo, yo lo seguí haciendo.

El paso por la escuela primaria tuvo un peso muy fuerte. Usar las bolitas para decorar botellas y no para jugar con el resto de los varoncitos, juntarme con las nenas y no con el grupo de los chicos, la vocecita finita “de trolo”, la manito quebrada y elegir coleccionar papeles de carta antes que camisetas de futbol, evidentemente fueron los motivos para que el puto, el maricón, trolo, trolito y putarraco –de los que luego aprendí a reapropiarme para construir mi identidad– salieran de la boca de mis compañerxs como insultos, sumados a toda una serie de violencias que jodidamente son tan habituales.

Dos momentos en particular son los que se me hacen muy presentes por haber reaccionado con violencia física. El primero sucedió cuando un pibe de un año superior al que yo iba se metió en el baño y comenzó a putearme y pegarme cachetadas, a lo que respondí con una patada en los huevos. El otro fue una situación similar a la que le hice frente escupiéndole el ojo y, aprovechando el descuido de ese otro pibe, salir corriendo a la dirección a quejarme. Frente a estas violencias, el gabinete psicopedagógico de la escuela no tuvo otra forma de enfrentarlas más que recomendarle a mi madre que me llevara a consultas con algune psicoanalista, ya que el problema claramente era yo, que no podía integrarme en el grupo. Luego de la primera consulta, le dije a mamá que no iba a seguir yendo; la sesión se había centrado en hacerme saber que mis actitudes no eran las de un chico normal y que debía acoplarme a los juegos y al grupo de los varones porque eso es lo que correspondía. Además no tenía que faltar al respeto a la docencia. El informe que recibió la psicóloga por parte del gabinete del colegio decía que “ante los llamados de atención por parte de las autoridades, las respuestas eran negativas y con actitudes desobedientes”. Mi vieja no tuvo problemas en que no vaya más; lo gracioso es que hoy en día es la psicóloga con la que ella hace terapia.

Sin dudas que la posibilidad de superar esas situaciones para ser quien soy hoy, no puedo pensarla aislada de una serie de privilegios de los que gocé y del tener una madre que jamás cercenó mis expresiones, deseos y manifestaciones. Claro que la memoria no es un privilegio heterosexual y poder hacer esta retrospectiva de la mariconería es positivo, no sólo para que cada una pueda hablar de sí y por sí misma, sino también para visibilizar esos discursos que violentamente se despliegan sobre nosotras. Discursos y situaciones que algunas podemos enfrentar y comenzar a empoderarnos, pero que otras no tienen la misma posibilidad. El orgullo marica, por mucho que intenten evitarlo, seguirá emergiendo en donde menos quieran y poniendo en jaque a esa heterosexualidad deseada, que constantemente deben reforzar porque tan débil termina siendo, aunque sea en base a ella que intentan encauzar nuestras conductas.

Cristian Alberti

Marica XL y sidosa-seropositiva, aunque muchas veces también cero positiva. Parafraseando a la tía Susy, yo reivindico mi derecho... a vivir alegremente mi vida con el bicho, habitar orgullosa el mismo cuerpo, o como me salga, o como pueda, pero que otros kioscos enarboleden el discurso de la tristeza infinita y los cuerpos desapropiados de potencias. Con la misma edad que la imbécil de la Cirio, soy oriunda de Colón, Bs. As., y, actualmente, instaladísima en Rosario. Ex troska –y que lindo suena ese ex–devenida en anarca. Apasionada por el sexo a pelo y el bidetazo, fan de mi próstata y en ocasiones de la de otrxs, agradecida enormemente a la medicina que, a través de una amigdalectomía, me despejó la garganta haciéndola más profunda y más permeable a la verga. Hija de una obrera textil y portera, que de sexo a pelo sabe y al menos en 2 ocasiones lo practicó, y de un padre camionero que bichitos sexuales conoce, pero de ese que te pinta de amarillo. Estudiante de Licenciatura en Comunicación Social y odiosa de las instancias en las que tengo que definirme.

El género en disputa



Hace unos días encontré esta foto y se la mandé por whatsapp a mi hermano. Él está adelante mío con la peluquita azul, yo con la blanca (qué santa). Atrás mi mamá, creo que se había cortado el pelo. El juego consistía en usar los buzos como una peluca y, en varias oportunidades, iba acompañado de un personaje completo: una paquita de xuxa, algún monstruo o simplemente una nena. A veces se me ocurría persuadir a los demás de ponerse la peluca; me hubiera gustado encontrar la foto donde aparece mi viejo usándola (mi viejo es pelado). Debo decirlo, me escondían una tela que había servido como disfraz de fantasma para el Jardín y que después usaba como pollera metiendo la cintura por el huequito donde antes sacaba la cabeza. Pero los buzos no podían esconderlos.

Valentín Quintaié

De Mar del Plata, tengo 2X años y me gusta el arte, todo tipo de arte. Contacto: vq191090@gmail.com

Alicia ya siempre



Empecé terapia a pedido del público, porque no jugaba de la cabeza para afuera. Alicia, mi maestra, sugirió que me llevaran de “Juanita”, porque no era posible que lo que ocurría en mi cabeza, allí quedara: era pasivo y –según temía Alicia con admirable precisión– psicobolche. Nunca agradeceré lo suficiente a Alicia por darme esa genealogía. El Test de Roscharch de Juanita me fascinaba, pedía bis en cada encuentro, pero no fui desde él al dibujo o a la pintura. Preferí convertirme en Juana haciéndole el test a mis compañeritos. Hacía garabatos y les solicitaba que hablaran sobre ellos: ¿Qué ves? ¿Te da miedo? ¿O vos querés ver eso que para mí no es? Luego anotaba conclusiones y regalaba diagnósticos para que ofrenden a madres, padres o tutores. A los monstruos no se les da herramientas, Alice, ni aquí ni en Wonderland.

Mi mamá esperaba a María Laura y mi abuela me cantaba La Tarara (la tarara sí, la tarara no, la tarara niña que la he visto yo). En el principio somos cuentos y hay una ley primera: no contravenir el deseo de las mujeres lúcidas. Lucirse con él. Sergio fue una decisión de mi hermana mayor y mi tía Cristina. Entre madres y tías se resuelve todo, como lo sabe mejor cualquier marica que Lévi-Strauss. Agreguemos a las primas, porque el payaso de la foto, que me aterrorizó siempre, había estado en las tortas de ellas primero. Ese payaso fue de mujer a mujer, como yo en ese

triángulo hermoso que hicieron mi madre, Alicia y Juana para dar a luz a este monstruo.

Entonces, un mariconcito es a las primas y tías lo que la psicóloga a la maestra: lo llaman derivación, pero me complace la feliz herencia. Camilo Sesto, que hacía de mi tía un ser incontinente, cantaba: Que no me falte tu cuerpo jamás / ¡jamás! Durante años fue mi educación sentimental y mi canción para la siesta en el Winco de la casa de Juana. Otra Juana y la misma: la vecina.

Sergio Peralta

Santa Fe, Argentina.

El postrecito



No recuerdo cuántos años tengo en esta foto, pero sí sé que se trata de mi cumpleaños. Es un registro de las pocas veces que lo festejé. Recuerdo con muchísima precisión el contexto en el que fue tomada esta fotografía. Por ese entonces, mi papá trabajaba 9 horas por día en un supermercado a cuatro cuadras de nuestra casa. Ese día fue particular porque llegó para el almuerzo y, en lugar de dormir un ratito de siesta, eligió quedarse despierto para pasar algunas horas del cumpleaños conmigo antes de volver al trabajo. En algún sentido eso fue importante para mí, jamás pasábamos tiempo juntos y, prácticamente, ni nos hablábamos. En realidad, yo casi no hablaba con nadie. Aunque pensándolo con un poco de distancia, puede ser que ese deseo novedoso haya sido impulsado por el reciente “diagnóstico” que había recibido sólo unos días antes, de parte de mi psicóloga, a quien me encomendaron de pequeño a causa de ciertas dificultades emocionales, pero sobre todo por una profunda soledad de la que no podía salir. Recuerdo aquella tarde con particularidad. Volvíamos a casa andando en bici con mamá, y me animé a preguntarle por qué había llorado en la entrevista con mi psicóloga y, particularmente, por qué estaba tan enojada u ofendida. El semáforo se puso en rojo, estábamos en una de mis esquinas favoritas del pueblo: la fiambrería cuyo cartel publicitario tenía la forma de un queso gigante donde unos ratoncitos trataban de cortarlo, para poder robárselo por partes.

Mi vieja me miró y, junto a una suspensión inusual de su ternura, me dijo: “Es que dice que si no pasas tiempo con tu papá vas a salir puto. Eso me dijo”. No entendí nada. Pero el aire quedo afilado por la irrupción veloz de una extrañeza cargada de vergüenza. ¿Qué significaba esa palabra? ¿Era la razón por la que fallaba una y otra vez? Semáforo verde y nos pusimos a andar otra vez en dirección a casa, donde por lo general mis únicas preocupaciones eran comer y jugar con mi perro.

Esta foto es de esa época, cuando mi cuerpo, mi forma de hablar, la fragilidad de mi voz, fueron reconocidas como una amenaza por venir, que ponía triste a mamá y que había preocupado tanto a mi viejo, que ahora tenía ganas de pasar el cumple conmigo. Decía que recuerdo ese cumpleaños, y el momento exacto de esta foto también. Mi viejo pensó que podía ser divertido jugar al rugby en el baldío que estaba frente a mi casa. Organizó los equipos, por supuesto yo quedé último, incluso en mi propio cumpleaños. Pero es que me daba miedo. Me atemorizaba tocar a otros pibes. Me ponía ansioso que me tocaran, que me empujaran, que me lastimaran. Me angustiaba y me excitaba la energía violenta de esa diversión que no entendía, que no tenía que ver con la textura de mi mundo, pero me imantaba. Esta foto es de ese momento.

El momento en el que preferí entrar a mi casa, después de haberme quedado sentado mirando todo de lejos. El momento en que preferí quedarme comiendo con una alegría profunda y emancipadora, como si fuera un regalo sin repetición a esa boca golosa.

Pero no se equivoquen, no fui gordo porque fui maricón. En mi historia esa distinción patologizante de causa-consecuencia es imposible. Porque de la misma manera que me fui enterando que el deseo de mi cuerpo cargaba con esa marca social, esa forma impugnatoria de identificar negativamente algo que para mí era afirmación, naturaleza y fantasía erótica, nunca vino eximido de otros modos de articulación injuriosa de la extensión de mi cuerpo, de sus formas redondas, de mis deseos de comer y sentirme bien. Insisto, comer para mí no era una manera de tramitar la ansiedad que se proyectaba sobre la diferencia de mi cuerpo, la delicadeza

de mi andar, o la fragilidad de mi voz de mariconcito. Comer para mí era un regalo de satisfacción enorme, era ese momento de alegría, diversión e ingenuidad. Ese momento de juego en el que me sentía agraciado, agradecido, cuidado. Además, comer para nosotrxs en ese momento era un lujo.

Esta foto me gusta por eso, porque enlaza dos formas de nombrar un cuerpo, difíciles de separar, que hasta el día de hoy me acompañan y se volvieron constitutivas del relato político de mi vida. Gordo maricón, gordo trolo, gordo comilón, gordo puto. Dos aullidos, un solo cuerpo. Dos oportunidades singulares de habitar el fracaso de una trayectoria de género violentamente asignada. Dos piedras que irrumpen en el curso somnoliento de un río olvidado. Dos diferencias con efectos singularizantes que me resguardaron de colaborar con rituales de sociabilidad y afirmación que no tenían que ver con la pulsante lengua de mi deseo. Dos tickets de salida de un mundo aburrido y precodificado. Dos formas de un mismo descalce en el curso abominable de la magra heterosexualidad. Dos formas de aparición de la alegría. Dos pliegues sudorosos de una piel morena encendida.

Nicolás Cuello

1989, Río Negro. Activista e investigador.

Celine Dion



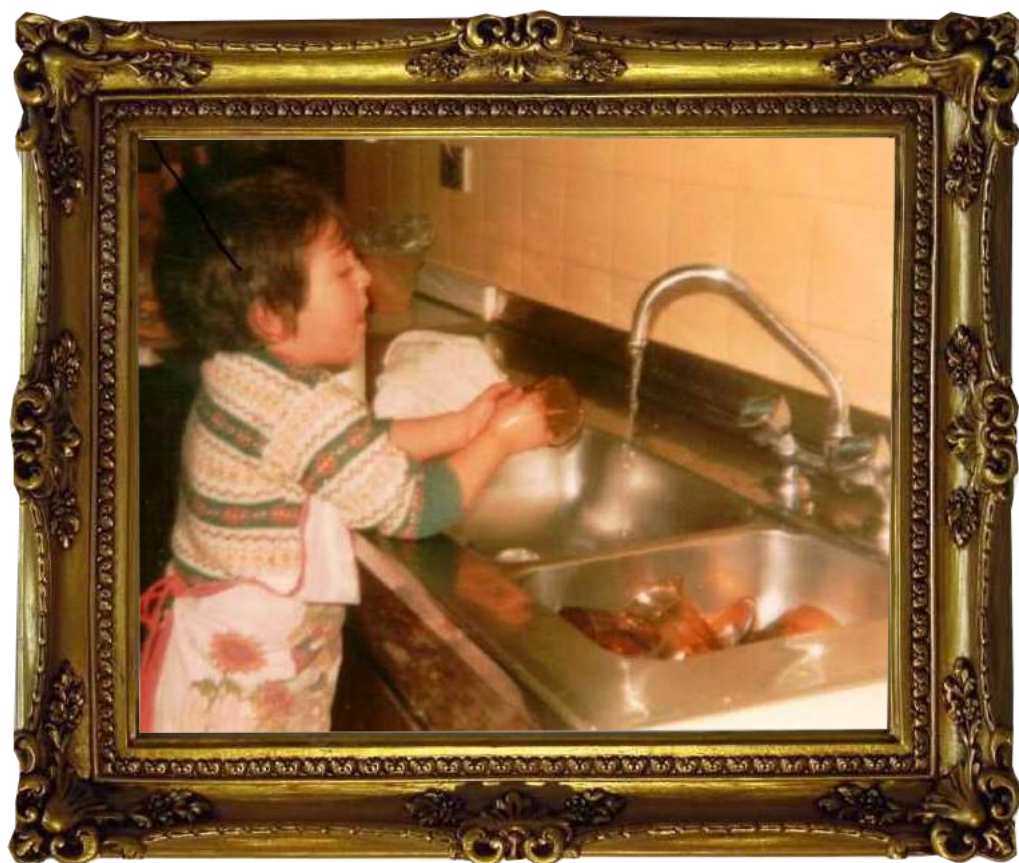
El pequeño Guille de la foto estaba terminando su primer año en el jardín. A la derecha, Rita, su madre, le extiende con orgullo el sobre con todos los dibujos, garabatos y sellitos de papá que hizo en el año. Zoom. Primerísimo primer plano. Recorte. Mano izquierda del Guille de la foto. Por esa manito esta foto permaneció oculta, debajo de otras fotos. El pequeño Guille fue creciendo y él se encargó de esconderla. Guille sentía vergüenza de esa mano y de ese Guille de la foto, que aún no sabía que se nos iban a empezar a negar unas cuantas cosas.

Tres años después, Guille (un Guille más grande que el de la foto, pero mucho más pequeño que el que ahora soy) preparó un show para su familia en el living de su casa. Papá. Mamá. Tres hermanos mayores. Guille entró con cuatro collares largos, una vincha brillante y un par de aros a presión enormes, de su madre, que le apretaban muchísimo pero le quedaban divinos. De fondo *My heart will go on* de Celine Dion. Apoyó un pie en el living y, antes de que terminara la parte instrumental y el pequeño Guille pudiera hacer el playback que había ensayado toda la tarde, su familia se abalanza sobre él. Apagan la música. Le sacan los collares, la vincha, los aros y el labial. Nadie le dice nada. Solo dicen que el playback de Chayanne estuvo muy bien y el de Enrique Iglesias también... que los siguiera haciendo, que bailaba muy bien. Pero que Celine Dion no. Celine Dion nunca.

Guillermo Baldo

27 años. Director y actor de teatro. De pequeño le gustaba *Sailor Moon*, sus preferidas eran Sailor Mercurio y Sailor Venus. Jugaba a ser Kimberly de los *Power Ranger* y no le gustaba el fútbol... ni le sigue gustando. Córdoba Capital.

Micro-revolución maricona infantil hecha en casa



Ahí está Dani, lavando la loza en la casa de su infancia, en la ciudad ocupada por el Estado de Río Gallegos. De esa escena no recuerda nada, ya que según su madre no tiene más de tres añitos de vida. Eligió esta foto por su espontaneidad, su no-pose y su vestimenta de mariconcito hogareño. Tal vez se está limpiando del machismo que la cultura le ofrecía como mejor opción para vivir. En su infancia, al jugar con sus dos hermanitas y sus amiguitas, siempre tenía a mano algo para desquiciar al género (hetero)normativo.

Recuerda que una vez, cerca de sus 10 años, se apropió de la pollera-pantalón y abanico de su madre para hacer una práctica performativa de Locomía (uhhhh-uhhhh) en el dormitorio de sus hermanas. Lamentablemente no quedan registros de ese momento porque la única fotografía que fue tomada, él decidió romperla por sentir vergüenza, tras las burlas de amigos machistas de una de sus hermanas. Pero sí quedan rastros de cuando se ponía el delantal de cocina y otros accesorios para cocinar, o cuando se disfrazó de honguito con medias de polyester (cree que a partir de ahí nació su fetichismo por las lycras).

Este mariconcito disidente sigue viviendo en su cuerpo cada vez que la heteronorma/homonorma llama a su puerta para decirle lo que hay que pensar, sentir y hacer para “ser hombre”. “Ser hombre”, como el imaginario social re-produce en las diferentes instituciones a través de sus agentes, como lo fueron

sus compañeritos de la escuela primaria que le criticaban por sus dichos y acciones que mostraban otro mundo posible fuera de la masculinidad hegemónica.

Una vez fue elegido Rey de su grado, él piensa que esa elección fue hecha por sus colegas para burlarse de su forma de estar en el mundo, pero este mariconcito aprovechó la ocasión para sacar brillo con su capa y corona ganada (cualquier semejanza con el dispositivo Drag King es pura coincidencia). Creció prefiriendo jugar con muñecxs que con autitos, pintar en lugar de jugar a la pelota, huir en lugar de pelear. Ni la escuela, ni la iglesia pudo con su potencia marica y sigue pensando que la Revolución será Marica (y fetichista) o no será.

Dani Yenú

Amigx en vocablo Tehuelche. Fetichista de calzas de lycra y pantalones de vestir. Página de Facebook: Revolución Fetichista. Colibrí Sudaca. Desobediente contra-sexual. Detesta al Estado y sus normas. Anti-nacionalista. No le gusta para nada lo que el imaginario social conoce como sexo tradicional homosexual/gay/anal-genital (vainilla). Lo que realmente le interesa va en vías de desgenitalizar el placer a través de abrazos, caricias, frotamientos sobre sus fetiches preferidos, masajes descontracturantes/relajantes, lamidas de pies/axilas/cuellos/espaldas, y la articulación de sus prácticas disidentes a la hetero/homo-norma con la filosofía crítica conocida como teoría queer/cuir. Cuerpx en (de)construcción

El rey de los putos



Tranquilamente pude haber sido la princesa del acto de fin de año del jardín, pero ese papel se lo dieron a mi compañera, a mí me tocó ser el rey. Entonces, cada vez que muestro esa foto, y reconstruyendo desde escombros mi infancia maricona, digo que ahí fue cuando me coronaron como el rey de los putos, corona que me acomodaron a golpes en la primaria y secundaria.

La cara de terror seguro debe ser por la presión que sentí, imaginen un nene de tres años con semejante cargo, cuando el resto de los varones de la familia eran simples lacayos que pateaban sin cesar una pelota de fútbol.

1993, Jardín de infantes “Tu dulce despertar” Villa La Rana, San Martín, Buenos Aires.

Cristian Tomás Palacio / Cristian Godoy García

Periodista, poeta pedorro, modelo de cabotaje y actor de cuarta.

Un escape, un fetiche, un año de amor



Cuando yo era chico me sabía ir al local de mis tías, que en ese momento tenían una perfumería en el barrio del frente. Ellas siempre, desde mi nacimiento, supieron que yo era un chico muy... muy feliz, que era gay. Cuando estaba cerrado el negocio, yo iba y en la parte de atrás empezaba la producción: ellas me maquillaban, me pintaban, me ponían los collares que tenían, pero porque yo quería, me divertía muchísimo haciendo eso. Me acuerdo que había un espejo grande, divino. Como no tenía peluca me ponía una remera en la cabeza, me la pasaba por atrás de las orejas y ese era mi pelo, y entonces salía y mariconeaba dando vueltas por todo el local. Mariconear era lo más divertido. Tenía un escape ahí, podía jugar a ser una nena, siendo que, hoy por hoy, me gusta ser hombre, pero en ese momento era lo que más me gustaba, lo que más me divertía, era poder jugar a eso; creo que tenía cinco o seis añitos. Todos nos reíamos, ellas y yo. Después, ese juego lo trasladé a mi casa, donde nadie sabía. Una vuelta, mi viejo me encontró con unas botas de mi mamá puestas, me pegó una cagada total pensando que tal vez se me iba a ir lo gay, pero creo que lo que hizo fue aumentármelo.

Otra cosa muy intensa que recuerdo de la misma época es mi primer día del jardín: todas las nenas, en una fila, tomadas de las manos y todos los nenes de la mano, en otra. Yo ahí ya les miraba con mucha curiosidad las piernas, las manos, los dedos

a los nenes. Me encantaba tener que formar la filita para poder agarrarle las manos a mis compañeros. Ya a esa edad sabía que no se podía andar de la mano porque sí con otro nene. Pero la fila era el momento en que podía disfrutar de un contacto físico, sin pensar en algo sexual. Yo no sabía lo que era el sexo, pero tomarnos de las manos era muy intenso, me sentía muy bien con eso y con mirarlo más todavía.

Este fetiche por las manos de los tipos y por mirar a escondidas (porque soy re mirón), me acompañó a lo largo de mi vida, pero no tomé consciencia hasta mucho después. Estaba terminando séptimo grado, habré tenido unos 12 o 13, y nos cambiábamos de colegio para hacer el secundario, de uno religioso, el Espíritu Santo, pasé al liceo militar. No sé por qué quise ir al liceo, tal vez porque carecía de personalidad y porque seguía a los nerds y no a los populares. Entre los compañeros que habíamos compartido la primaria estaba Carlitos; nos conocíamos pero no teníamos una gran amistad, nos hicimos amigos allí, en Liceo Militar. Él empezó a venir a mi casa. Salíamos del barrio e íbamos al shopping juntos, a caminar, compartíamos tiempo de calidad como amigos, lindos momentos, todo el día juntos. Hasta que una noche se quedó a dormir en mi casa y empezamos a hablar de quién se hacía la paja, quién no, charlas de chicos curiosos de 12 años, hasta que de repente me propone que yo le haga una paja a él y él a mí. Yo quedé perplejo porque intuí algo que para el final de esta historia confirmé y es que me había enamorado de él, que lo deseaba. Sentí que todas mis fantasías se cumplían al mismo tiempo que las descubría.

Y así empezó una aventura de un año entero de encamarnos. Y nos conectamos. Todos en el cole nos miraban raro porque nos entendíamos sin hablarnos, sin decir nada. Lo curioso es que no nos dábamos besos, ni siquiera surgía de mí eso. Mi miedo era que si le pedía o le robaba un beso, el me dijera que no y todo se terminara; tenía un miedo terrible de perderlo porque era perfecto, era hermoso. Su cuerpo, la complicidad, me encantaban. Ahí me di cuenta concretamente de que me gustaban los pies y las manos de los guasos. Él era un chico de campo, trabajaba en

un vivero, todavía trabaja en eso. Eso me daba mucho morbo. Recuerdo un día en que nos estábamos bañando desnudos en una represa cerca de su casa y le dieron ganas de cagar, y salió del agua y cagó delante mio. A mucha gente le puede parecer vulgar, pero para mí era conocerlo entero, era no tener vergüenza. Muy loco todo. Íbamos a fiestas americanas, nos chapábamos con chicas re inocentes, y volvíamos a dormir a mi casa y nos revolcábamos juntos. En la casa de él no tanto porque sus padres estaban más duchos. Me acuerdo que él tenía una casa rodante y le dijo a la madre que quería dormir conmigo solos ahí y la madre lo cagó a pedos y le dijo que no. El insistió mucho, muchísimo esa noche y yo me daba cuenta de sus ganas de dormir solo conmigo. Todos se daban cuenta. Terminó el año y decidí dejar el liceo, él también. Cada uno siguió por su lado. Recuerdo que lo llamé para que nos juntáramos y se disculpó con cierta aflicción, con una voz muy rara, como pidiendo disculpas, pero me dijo que no y yo entendí que ese “no” era no vernos más.

Y no lo vi más. No lo vi nunca más. Lo extrañaba tanto; me costó mucho despegarme de su cuerpo, de su boca, de su forma de reír. Realmente lo extrañé y me costó muchísimo superar esa separación y, sin saber por qué, no lo compartí nunca con nadie. La incertidumbre. ¿Qué éramos? ¿Novios? ¿Amigos? ¿Qué pasó? Pasaron los años. Y en algún momento nos juntamos todos los compañeros del colegio y lo vi: cambiado, deteriorado, no sé... pero me presentó a su novia y ella me dijo: ¿Así que vos sos el famoso Lucas? Carlitos siempre habla de vos. Ella me dio la respuesta que tanto buscaba, el mejor regalo. Carlitos fue mi primer amor.

Lucas Echeverría

De barrio Parque Liceo 2da Sección, Córdoba. Peluquero, amante de los superhéroes y los videojuegos, le encanta ponerse botas de taco aguja para jugar a la Wii y ganarles a todos haciendo coreografías.

Pensé que
te quedabas



No quiero que te vayas
No me quiero ir
Te acordás que nos queríamos
Te acordás que nos queremos
Yo por vos me la jugaba
Pensé que íbamos en serio
Me imaginé con vos
Un domingo tomando un mate
Perdiendo el tiempo
Hace frío y nos tapábamos con una frazada
Vieja y a rayas
Mirá qué bizarra esta nota
Nos quedamos un rato sin hablar
Cada tanto nos miramos
Sonreís
Con carpa me acerco y te empiezo a mordisquear la pija por
arriba del jean
Me mirás mal y me gritás que me ubique
Dejás claro con tu mano en mi cabeza que querés que siga
Me frenás
Me besás
Te cebo un mate
Te quiero

Te amo
Yo un poco también
Nos abrazamos honesta y profundamente
Por un ratito corto que se siente eterno
Me pierdo
Inmenso
No pasó
Lo soñé
Te soñé
¿Ya te vas?
Yo que quería que se me vaya la vida amaneciendo con vos
Pensé que te quedabas...

NdE: Originalmente se lee con este tema sonando de fondo: <https://www.youtube.com/watch?v=wzgh2fHfle0>

Dami Galerti

Lagarta conurbanah para pocxs. De CABA, con 24 años, militante de Patria Grande, docente de primaria. De chiquitah (entre mucho chiquititas) tiendo a malinterpretar la consigna, rápido entendí que tomar por el error del deseo una Barbie para jugar equivalía a la risa a coro del entorno, la familia. El deseo normado por los idílicos románticos inalcanzables que nos llevan a caer en textos de recuerdos y canciones de Valeria... ah, soy damian_galerti en Instagram.

La extraña dama



A causa de la dificultad que me provoca la escritura, me resulta complicado narrar una secuencia temporal de mi infancia. Tengo instantáneas, sensaciones, algunas epifanías. Me pareció difícil soportar el hostigamiento y burlas barriales. Me pareció difícil la primaria. Me parecieron difíciles las correcciones políticas de mi familia. Pero, por sobre todas las cosas, me pareció difícil aprender a vivir y convivir orgullosamente siendo mariconcito. Pero lo logré.

Afuera estaban los chistes, las burlas, así que evitaba transitar por ciertos espacios públicos de mi barrio. Evitaba tener ciertos roces. Sabemos por Manuela Trasobares que la vida es color y dolor. Había burlas, sí. Pero hubo muchos juegos, prácticas en las que me fui conociendo.

El aislamiento social me permitía estar solo en casa. Con 10 años ya estaba en condiciones de distinguir muy bien entre el rimmel y el delineador de mamá. Diferenciar las virtudes de los tacos finos de las sandalias con taco de corcho. Comencé a elaborar mis propias alhajas ni bien mamá me arrebató las suyas. Pedía que me compraran un montón de canutillos y tanza. Con eso armaba hermosos collares, tal como el engarce de perlas preciosas que luzco en esta foto. En casa me probaba los collares con diferentes maquillajes y atuendos armados con manteles, sábanas y retazos de tela del taller de mi abuelita (muerta) costurera. Era feliz. Así

lo creía por entonces.

Por cierto, esta foto, en la que luzco mi collar perlado, fue tomada en el zoológico de Buenos Aires. ¡Ay Buenos Aires! Mi segunda ciudad. Voy desde que tengo uso de razón. Tener familia allí me permitió conocer y viajar seguido. Aún viven allí mi tía y mis primas. En ese hogar me sentía con más libertad y hasta, en cierta manera, mucho más feliz. ¿La fórmula? Mirar horas y horas a mis primas mientras se maquillaban y peinaban. Yo les pedía que me dejaran maquillarlas. Intentaba hacerlo para después practicar con mi rostro mientras ellas dormían. Era un continuum de aprendizaje y libertad. Volviendo a la foto, cada vez que la aprecio, siento lo mismo. Observo mis ojos y puedo percibir un resquemor, algún pequeño dolor, hasta miedo. Pero no más que eso. Estoy entera, de pie, combinada, bien vestida, ¡con un lindo collar! De eso me hice y estoy hecha. Dolores. Colores. Engarzando estrategias para estar entera. Para poder vivir orgullosamente mi putez.

Cristian Alejandro Darouiche

Flor nacida en el Jardín de la República. Actualmente viviendo en la Perla del Atlántico. Creyente ferviente de que la vida está hecha de color y dolor. Amante de los domingos a la mañana y sobre todo del porro mañanero. Admiradora de las Drag Queens y fanática de los lipsync “de antes”. Drag Frustada.

Estoy CansadA!



Una anécdota: domingo, sobremesa. Mediodía, toooda la flia junta. Mi viejo tenía siete hermanos, o sea.

Vuelvo del patio, andá a saber qué flashié. Mientras, todos hablaban y gritaban, como buen domingo familiar donde nadie se entiende. Yo entro, busco una silla peticita de esas para nenxs chiquitxs y, antes de sentarme, digo a viva voz: “¡Ay me voy a sentar porque estoy cansadA!”, mientras me acomodaba el pantalón de corderoy gris (onda le pasaba la mano por la cola, de manera ascendente, como si fuera una pollera para que no se arrugue) y en ese momento se hizo un silencio que partió la tertulia y todos me miraron. De inmediato mi viejo cambió de tema. MUY MUJER.

Federico Sterrantino

34 años, Artista Plástico. Mostroh Mutante (Drag Queen) nacido en Río Cuarto. Puto y Feliz. Instagram: Laoh_x

Mi primera tía o La diadema invertida



Fino, delicado, suavecito. Lo primero que viene a mi mente, cuando pienso en mi infancia, son las mujeres que me nombraron: madre, abuela, tía, compañeritas, vecinitas; y los juegos que me permitían estar siempre rodeado de ellas, las más de las veces, remakes de Disney en las que interpretaba a los príncipes, bailando y cantando –actividad que encontraba enormemente más entretenida y satisfactoria que jugar al fútbol–. Jugando a ser príncipe me cubría de joyas, capas larguísimas, coronas y demás accesorios improvisados, pero había uno al que sólo yo accedía: una “corona real” –una diadema que había pertenecido a mi madre como reina de la primavera– que usaba invertida sobre la frente como realeza élfica. La delicadeza venía de fábrica. Sin varones a la vista, era un iniciado en los secretos de las nenas; el maquillaje, las muñecas, la ropa, las charlas sobre chicos y la práctica de besos de película no podían faltar.

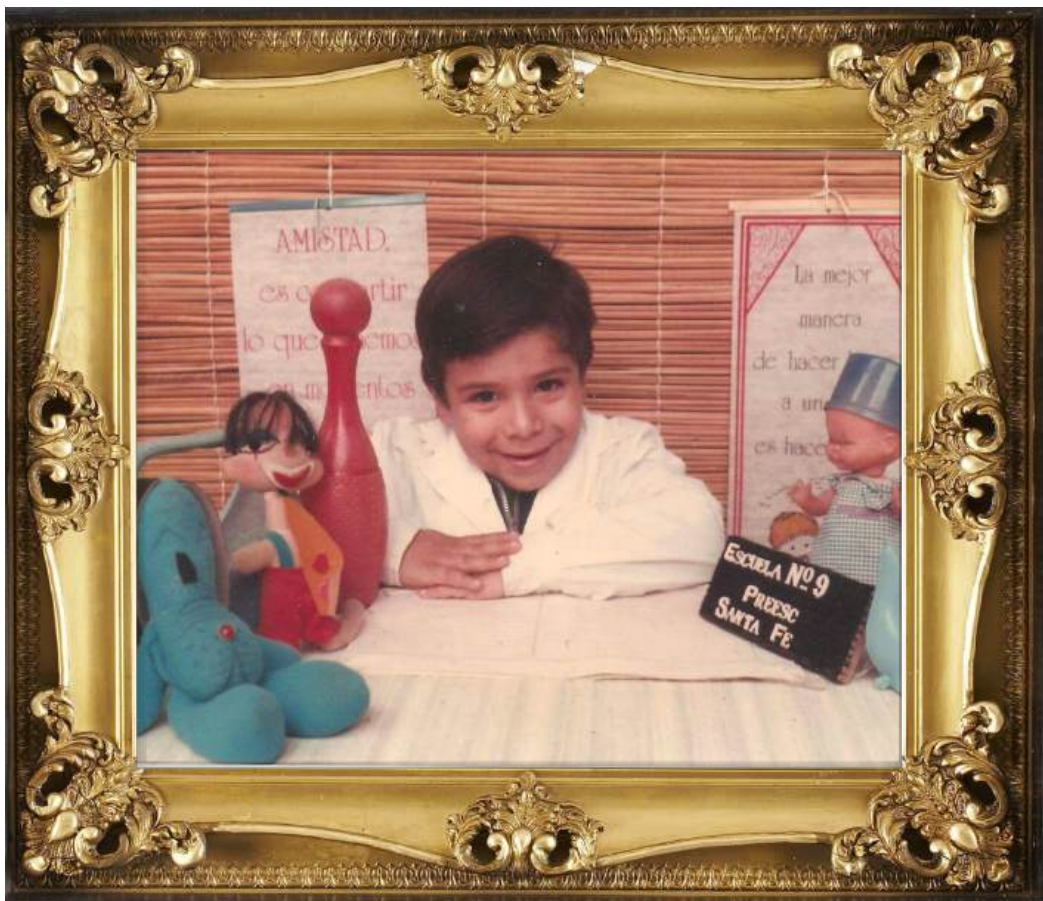
La abuela Ana, ma(t)ri(ar)ca, fue quizá mi primera tía e iniciadora de mi educación sentimental. Tardes de telenovelas e intrincadísimas novelas familiares sentado en su regazo, acompañadas de la mamadera con chocolatada, el olor de su crema corporal (que se aplicaba religiosamente varias veces al día), el jugueteo de mis dedos con la piel suave de sus brazos y sus collares. En algún momento hacía una pausa para cocinar algo rico para la merienda, momento en el que me dejaba frente a su

ropero abierto y ponía todo su contenido a mi disposición: pieles, zapatos, perfumes, alhajeros y hasta una peluca, en conjunto: un verdadero cofre del tesoro para mí. Eligiendo cuidadosamente cada prenda y accesorio me (in)vestía hasta que a su vuelta, fingiendo sorpresa, se reía y comenzaba a contarme la historia del príncipe con el que se encontraba ese día. Así es como, si en el barrio jugaba a ser príncipe, en el calor de su casa y supervisado por la mirada protectora de mi abuela, aislado de los helados vientos hetero, me convertía en rey(na).

Franco M. Forastieri

Nacida en el fuego helado de las tierras del sur, devenida conchasiniestra, psicomuestra de orientación conchafortiana y neurótica cinturón verde.

Una infancia mariconcita de telenovela



La edad de oro de la femineidad transcurrió entre mis cinco y diez años de edad. Ese ejercicio libre y fantástico de lo femenino llegó a su ocaso cuando entraba al sexto grado de la escuela primaria. Mis compañeros varones se encargaron de fabricarme el closet. Allí, en ese lugar lúgubre, el mariconcito quedó en suspenso, agazapado y malherido. Allí adentro había que colgar el ropaje femenino.

Las fuentes de las que se nutrieron mis experiencias mariconas, y que hicieron de mí una criatura híbrida, han sido múltiples y diversas. Sin lugar a dudas, las actrices de telenovelas han sido esas bellas figuras femeninas que mayormente me dieron alimento. Cual papilla deliciosa, fui saboreando, sin atorarme, esa femineidad de oro en los tempranos años de mi niñez. Sus gestualidades y andares fueron marcando mis modos de hablar y de sentir, de desear y de amar. Cristina Alberó se ganó mis miradas y mis deseos de imitación. Mi madre no escatimó en celebrar esas simulaciones que prontamente dejaron de convertirse en parodias para transformarse en performance cotidiana.

A través de esas imágenes en blanco y negro, me llegaba el deseo de encarnar su personalidad. *Trampa para un soñador* y *Quiero gritar tu nombre* me colocaron en un lugar de apropiación de lo femenino. La rubia Alberó y su rostro femenino y feminizado me conectaban directamente con su amado de la telenovela, con

quien, finalmente, después de no pocos infortunios, debía casarse. En aquella época el capítulo final de las novelas se coronaba con la boda; anhelaba ese momento del vestido blanco. Él, un hombre rústico, mecánico y con mameluco; el cierre muy abierto y sus vellos del pecho demandaban mi atención y provocaban deseos. Ella me puso en ese lugar; yo se lo pedí prestado y me lo apropié: el lugar de la mujer.

Todas las tardes, mi madre y yo, íbamos a la casa de la Porota, una mujer de edad avanzada. No teníamos “tele”. Entre mates y bizcochitos, en silencio y como bobas frente a la pantalla, no nos perdíamos ningún capítulo. Ellas sólo interrumpían la trama para decir: «qué churro que es Grimau»; yo también lo sabía, y aunque no podía/sabía expresarlo, yo también lo sabía. Como telón de fondo de aquellas tardes, la dictadura militar. Mis primeras experiencias femeninas contrastaban con los hombres de las botas.

Rafaela Carrá merecería indiscutiblemente un capítulo aparte. Al calor de los *long play* que mi abuela compraba y reproducía en su Winco, supe apropiarme de aquella hermosa mujer, hacerla mía hasta la posesión. Ella me hizo suyo. A través de la lucecita del tocadiscos intentaba, en vano, encontrarla en miniatura haciendo sus shows. Fantaseaba verla con sus movimientos corporales y sus bailes con micrófono de cable en mano. Había bastado ver un show por TV para quedar anonadado. Desde entonces, la lucecita roja del tocadiscos me tentaba a eso.

Sus canciones, sus espectáculos y su movimientos permanentes de la cabeza –tipo «explota, explota me explota»– me hacían estallar de locura y de placer. Una mujer con todas las letras. Vestidos brillosos, ajustados tipo sirena, y polleras acampanadas que admiraba. La mujer no era una persona aburrida; las mujeres eran expresivas y radiantes. No podía decir lo mismo acerca de los varones. No tardé en imitarla. Mi mamá permitió que me travistiera. Se hacía la hora de la llegada de mi viejo a casa y mi mamá, con su acostumbrado «sacate todo que ya viene tu padre», me protegía con complicidad de los retos paternos. Luego necesité exhibir en público las habilidades femeninas adquiridas. En cumpleaños y fiestas familiares me travestía de la rubia

italiana, y con sus temas musicales de fondo montaba un show para la parentela y los vecinos curiosos; sentía que ellos merecían disfrutar del espectáculo. No pasó mucho tiempo para que en los eventos de las familias vecinas me llamaran para preparar algún espectáculo.

Mi abuela y mi tía nunca dejaron de alentar estas imitaciones. Encandiladas con mis locuras femeninas, avivaban ese fuego maricón. Me sentía varón que podía ser mujer; me sentía mujer que podía ser varón. Mi abuela y su Mary Stuart, sus uñas largas y de color rojo sangre, su rostro blanco y su cabello negro. Se requintaba a la mañana temprano para salir a hacer los mandados. Me sentaba frente a ella para observar cómo, frente al espejo, se delineaba los ojos y se pintaba los labios también de color rojo. Mientras me decía «qué querés comer hoy Alejandrito», contemplaba de qué manera se embellecía. Mi tía y su locura, sus tacos de tango, de los más variados colores: dorado, plateado, rojo y negro. No me cansaba de sacarlos del ropero para observarlos. No podía usarlos porque me quedaban grandes. Los admiraba, temía estropearlos.

En aquella intensa etapa de femineidad, curiosamente, nunca me gustó ser nena; no quería parecerme a las niñas que me rodeaban. Nunca quise ser nena, pero sí mujer, una mujer adulta. Las nenas eran bobas y sus juegos de muñecas, aburridos. Yo quería asemejarme a las mujeres adultas, decididas, bellas y capaces de amar a hombres. Siendo nena no podía aspirar a los varones adultos. Los papis de mis amiguitos era mi debilidad. Anhelaba refugiarme en sus regazos, abrazarles y chaparles. A estas imaginaciones placenteras se le sumaba la atracción por dos figuras masculinas: el profesor de Educación Física y un chofer de colectivo de la línea 14. El primero, un morocho retacón con antebrazos gruesos, cuyos músculos se marcaban al tomar la pelota; el segundo, un rubio, melenudo, con bigotes, con cuyas manos viriles operaba la palanca de los cambios.

Estas experiencias femeninas coexistían con el varoncito y sus juegos aprendidos. La pelota y el fútbol siempre me acompañaron, trepar árboles y tapiales de baldíos y casas abandonadas eran

hazañas cotidianas. Estos espacios eran los refugios especiales para chapar con mis amiguitos. Después de jugar al bolo, sabíamos que entre algunos de nosotros habríamos de hacer «cuchi cuchi». El «cuchi cuchi» era la expresión, a modo de código, que usábamos para referirnos a la práctica besuquera. Fantaseaba que era la actriz de la novela besada por su pretendiente. No tardamos en pasar de los besos a otras cosas en aquellas siestas que, según mi abuela, estaban dominadas por el diablo. Y tenía razón.

Así como no me gustaban los juegos tontos de muñecas, tampoco los juegos bobos con autitos. Soñaba con ser mujer adulta en el futuro; creía fantásticamente que algún día, siendo adulto, me convertiría en mujer para estar con hombres adultos. No pensaba tener una familia, ni esposa ni hijos. No eran mis horizontes.

A pesar de haber entrado al closet y de verme en la necesidad de corregir esa feminidad amada, las plumas nunca dejaron de estar allí presente. La gente con la que fui conviviendo a diario se ocupó de señalarlas; empezaba a sentirme una personita rara. No responder a la normalidad suponía perder el amor de los demás. Temía perder el cariño y el reconocimiento del prójimo. El miedo a vivir una vida sin el amor de quienes me rodeaban se transformó en el motor de largas y arduas cruzadas para matar a la impía femineidad que me había embrujado y convertido en hereje.

Posteriormente, ya en la etapa de mi adolescencia y disfrutando de las pantallas a color, Verónica Castro (*Amor prohibido*), Grecia Colmenares (*María de Nadie*) y Luisa Kuliok (*La extraña dama*) supieron recordarme aquellos orígenes maravillosos de esa mujer que me había tomado, y de esa mujer que, al mismo tiempo y paradójicamente, debía despreciar; una lucha encarnizada de amor-odio se había librado. Estas actrices me permitieron habitar secretamente y dentro del placard esos lugares femeninos. La figura de la sirvienta, la pueblerina, la campesina, la pobre que triunfa y se hace rica. Las poses y el contoneo de caderas, las expresiones faciales...

Lo femenino era un mundo vivaz, alegre y pleno de sentido. Lo masculino era gris, aburrido y serio, era sombrío y carecía de intensidad. Lo femenino me colocaba en lugar privilegiado,

llamativo. Todo lo de la mujer era bello y tenía fuerza, poseía plenitud. Me sentía lleno, me sentía yo. Lo *female* tenía empuje e irradiaba luz. Lo masculino era algo opaco, apagado y feo de lo cual no deseaba revestirme. Encarnarse en el ropaje del varón significaba pasar desapercibido por la vida. La femineidad asumida era activa; no era una feminidad pasiva ni tonta.

Fueron cinco años de oro, fue una etapa de infancia mariconcita muy plena. Después de tantos años de odio contra la femineidad, tras una larga etapa de exposición a una pedagogía de aborrecimiento contra ella, hoy me encuentro reencontrándome con ella para no dejarla partir nunca más.

Ale D. R.

Santa Fe . Soy puto, profesor y licenciado. Vengo especializándome en género, sexualidad y educación. Con muchos proyectos y acompañado por mi pareja, me dedico a la docencia y a la investigación. Y, como buena litoraleña, mateo todo el tiempo. Contacto: ale-rojas-55@hotmail.com

¿Qué
necesitás,
nena?



Nací un 25 de Octubre de 1963 en la ciudad de Santa Fe. La más chica de cuatro hermanas. Obvio, eso pensaba yo. Para mi entorno familiar era el varoncito, el que iba a continuar el apellido. Mi madre desde un principio me sobreprotegió, quizás presintiendo que no iba a ser fácil mi vida. Mis hermanas me querían y era, hasta para la más grande, su “bebé”. Pero había algo que no coincidía dentro de mí. ¿Por qué me gustaba jugar con las nenas? ¿Por qué me atraían los nenes y no las nenas? ¿Por qué esa necesidad inmensa de envidiarle la ropa a mis hermanas? ¿Qué era lo que pasaba dentro mío y que no veía en los demás?

Recuerdo las murguitas de la cuadra, que se armaban en carnaval. Recuerdo patente uno de esos carnavales donde una señora preguntó: “¿De qué está disfrazada esta nena?” Y mis hermanas contestaron: “Es nuestro hermanito”. Era muy común ir a hacer un mandado y que me preguntaran: “¿Qué necesitás, nena?”. Y a mí me encantaba, aunque por ahí había alguien que le aclaraba a la almacenera “es un nene” y se cruzaban entre ellas una mirada. En ese momento yo no la entendía.

En la escuela mis compañeritos me querían, quizás se habían acostumbrados a lo femenina que era, quizás las explicaciones de sus madres eran “está criado entre mujeres, es fino”, quién sabe. Pero no creo que hayan dado demasiadas explicaciones, era una época en la cual de eso no se hablaba. En Educación Física era

cuando se marcaba la diferencia: una escuela para varones en donde se hacía fútbol me descolocaba siempre, era la última en elegir para los equipos. A medida que iba pasando de grado, la diferencia se notaba más y los compañeritos más grandes, según mis reacciones, empezaron con el “mariquita”. Ahí empecé a sentir que realmente existía una diferencia y que me la estaban marcando. Recuerdo que una vez fue una maestra a mi casa y escuché que daba su concepto sobre mi aprendizaje. Todo estaba bien, pero hubo una frase que me quedó, que no me la olvido: “es muy afeminado”. En ese momento también iba a nadar a un club y, cuando nos cambiábamos, me daba vergüenza que me vieran. Y otra vez la misma palabra: “maricón”. También con gestos reproducían mis reacciones. No recuerdo en la escuela o el club escuchar que retaran a alguien por decirme esas cosas, o quizás lo hacían y no me enteraba.

Vivía en mi mundo. Tímida, introvertida, silenciosa, con miedos, llena de preguntas sin respuestas, jugando a la siesta, sola en el patio, con un toallón en la cabeza y, si no estaban mis hermanas, poniéndome su ropa, afeitándome las piernas para copiar lo que ellas hacían en verano, aunque yo todavía no tenía vellos. Siempre sola. A veces jugaba con mis amiguitas que eran vecinas; para ellas generalmente estaba todo bien. Pero no lo estaba, y me daba cuenta, cuando intentaban mandarme a jugar con los nenes. La niñez tiene esa parte andrógina, por eso eran perdonados, por lo general, mis comportamientos. Seguramente algo de esto hablaban los adultos, de hecho, en las murguitas ya no me vestían más con la ropa de mis hermanas.

El colegio al que fui, un poco me contuvo, ya que estaba administrado por la Iglesia. Cantaba con el coro de niños, me la pasaba ahí, jugando por el patio de la casa parroquial, quizá esperando un milagro. En ese momento así lo creía. Ir a la escuela mucho no me gustaba. Mi guardapolvo iba con cinto, yo sentía que era un vestidito. Aunque me aconsejaban que lo dejara más suelto, en el camino me lo ajustaba.

Ya llegando a la preadolescencia, fue más difícil. Se marcaba, más y más, la diferencia. Los chicos con los que había crecido

ya no se juntaban más conmigo. Ir a gimnasia era un suplicio, constantemente había un “¡mariquita!” o gestos de burla que hacían que cada día me encerrara más y directamente dejara de ir al club. Es que allí había desconocidos que eran más hirientes con su comportamiento hacia mi persona, burlándose, riéndose. En casa mi padre no quería que me sigan cortando el cabello con flequillo y me mandaban al peluquero Vergara, de apellido, el cual me desfiguraba con su navaja. Siempre la misma historia. Volvía y a la cama a llorar. ¿Por qué no podía tener el cabello largo? A pesar de todo, gracias al gran amor de mi madre, mi infancia pasó sin tantas heridas. Creo que el amor curaba todo. Lo peor fue la adolescencia. Mucho dolor... mucho.

Noelia Trujillo

Mujer trans, administrativa en la Municipalidad de Santa Fe. Militante independiente. También conocida como Noly, un sobrenombre que adopté de mi familia y me ayudaba a sobrellevar el nombre de varón que me habían impuesto. Vivo en Santa Fe con mis dos gatitos, Gringo y Esteban. Los hechos aquí contados sucedieron entre mediados de los sesenta y los setenta.

Muy demasiado



Muy bajito para su edad, muy lento para jugar al fútbol, muy prolijo para ser varón, muy femenino para bailar, muy inútil para trabajar en el taller de papá, muy callado para estar en grupo, muy solitario para jugar, muy chiquito para elegir, muy suave para hablar, muy débil para pelear.

Demasiado maricón para mantenerse en la fila.

Juanito

Padre de gatxs. Buscador de placeres sencillos. Anticlerical. Diseñador. Facebook: Juan Alcaráz.

Rev(b)elado



Le pusieron Cutral Có y es una comarca que se creó a partir de la industria petrolera; significa agua de fuego en lengua Mapuce (paradójicamente). El manjar extractivista atraviesa al pueblo, la cultura, la economía y, por supuesto, atravesó mi infancia.

Primer hijo de la cruce de un porteño y mi madre; el sueldo de petrolero les permitió empezar a pagar un departamento en un barrio residencial, con nombre y todo, pero que, con la debacle económica de los ochenta, se entregó para viviendas sociales. Entonces llegaron los baigorria, los llancaman, el moqui, el caño, el chula, el pocholi, el tananao, las mellis; y como la negrada no tiene próceres siempre le dijimos las 500.

Teníamos muchos juegos, muchos tenían que ver con golpearlos. Yo había quedado con algunos miedos después que un pelotazo del profesor de básquet me quebrara el dedo. Entonces, algunas veces me divertía y cuando no, me refugiaba en excusas porque hasta las nenas jugaban.

Me habían regalado unas franciscanas, me parecían finas y tenían la misma hebilla que los zapatos más lindos de mamá. Aún me recuerdo bajando corriendo la escalera gris del edificio, pero con cuidado de no ensuciarlas... me dirijo a un recoveco, una plaza árida minúscula improvisada por quien torpemente imaginó los bloques de cemento sin parques para soñar; allí se junta la tierra y las hojas de los árboles y nunca pasa nadie. Ni

el peor viento impide que con mis sandalias me sienta, durante horas, una especie de Blancanieves solitaria, invento canciones, aprieto los párpados, concentrado, esperando que al abrirlos el ocre del paisaje se cambie por verde, y así lleguen los conejos, los ciervos y los pájaros que Disney me había revelado la primera vez que fui al cine.

Jugábamos al regimiento, a los autitos piluqui y apostábamos colillas de puchos, que atesorábamos en nichos de gas devenidos en cajas fuertes. Otros juegos, como cachurra y el chipote, fueron inventados por nosotrxs, producto de la carencia de cable, clubes y juguetes.

Todxs teníamos un contrincante para las piñas. A mí me había tocado Franco, por tener la misma edad. Él siempre supo que yo no quería saber nada con pegarnos y de mi miedo; entonces cada vez que nos empujaban al cuadrilátero hacíamos como que, una especie de ficción cómplice. Se armaba espontáneamente el ring, porque los más grandes agitaban y generaban la bronca: “éste te dijo maricón”, “éste dice que tenés voz de mujer”, “éste dijo que tu mamá es puta”... Y todos armaban la ronda. Una vez, en la emoción de la pelea, quise sentir qué era pegar en serio y le pegué en la nariz a mi enemigo. Con la sangre entre sus mocos con arena, me miraba como a un traicionero, él siempre me podía haber cagado a palos –tal como se decía–, y lloró... Las ovaciones para mí y las burlas para él se hicieron una canción triste que suena cada vez que lo recuerdo en el piso, limpiándose la cara con el puño de su jogging percutido.

Torpe, atolondrado, gordito y afeminado. No importaba en qué lugar de las 500, cualquier golpe, caída, burla, hacían que las lágrimas y el grito de “mamááá” atravesaran maratónicamente las venas del barrio y retumbaran en las entradas de los departamentos –que por ese entonces tenían vidrios y porteros eléctricos–.

“Santiiiiiii”, la escuchaba desde el balcón de casa, delgada, joven, los ochenta habían hecho rulos en su cabello lacio; y con ese agudito, que ahora eriza mi piel adulta, me llamaba cuando ya estaba la mesa puesta para las cuatro. “¡Ayyy! Santiiiiiii”, más agudito y riéndose, repetían como eco los pibes y algunos padres,

para recordarme cuán incorrectas eran mis formas.

Seguro mi padre quiso inmortalizar lo que para él fue un acercamiento o, mejor, un intento, a través de una foto que años después encontré. Estábamos en el estadio de Alianza, ni a mí ni a él nos gusta el fútbol, pero, en esa tribuna, él me abrazó contento mientras yo, sin comisuras ni sonrisa, miraba la cámara. En esos ojos chinitos de solo seis años de mundo, ahora empiezo a ver la desilusión, la distancia y las preguntas que después me frecuentaron acerca de la relación con mi papá.

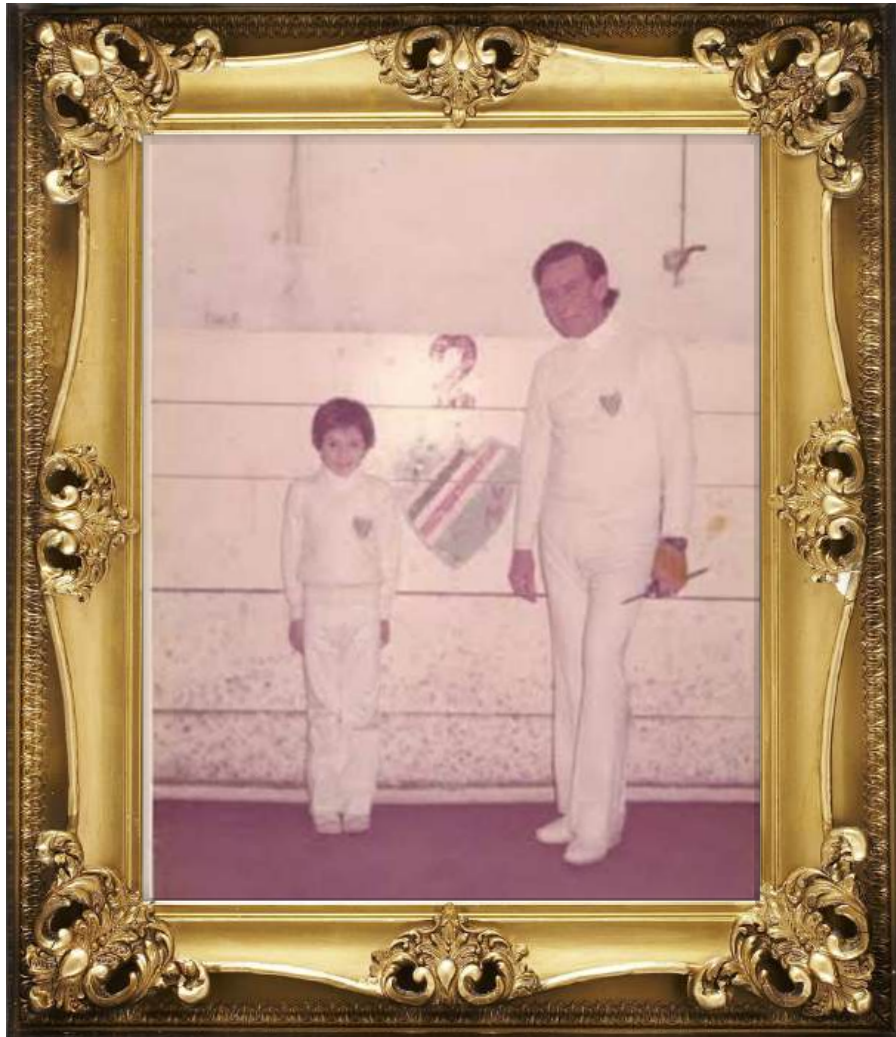
Recibí la noticia en el playón donde estacionaban quienes podían comprarse un coche: había llegado la televisión. Corrí hasta casa gritando y saltando. “Calmate un poco”, me decía él, “Dejalo Juan Carlos”, decía ella. Ese diálogo estaba tan presente como los piojos en verano. Comencé a hibernar todas las estaciones, sentado frente a la pantalla oblicua. Recibía como golosinas las nuevas palabras, grafías, prácticas y estilismos que la escueta programación me ofrecía. Así, en tiempos de siesta con las sábanas de dos plazas, que cuidadosamente sacaba de la habitación matrimonial, montaba sets en mi cuarto. Vestidos estrechos en la cintura con caída y colas imposibles me arropaban. Mientras abría los telones de la cucheta, un imaginario Leonardo Simmons me presentaba desde la otra cama: “Su nombre es Santi... su valor: la alegría... su canción favorita: señor semáforo... su hobby: ir al supermercado con mamá”. Mientras, yo caminaba delicadamente para que no se me caiga el strapless.

Revelo con palabras mi infancia en Cutral-Có y también se rev(b)elan otras fotos con el mismo paisaje... una color gris humo de caucho, es La Pueblada que le hace bardo y piquetes a mis deseos; la otra es una pasajera de arena que me invita a yirar por las letras... Macky Corbalán.

Santiago Velardez

San Tino, Cutral-Có. Nací en Cutral-Có, yiré por Fisque Menuco y muchos años en Neuquén. Ahora intento clavar los tacos en Capital Federal. Contacto: santiagovelardez@hotmail.com

Layo, Yocasta y el niño-mascota



La maestra jardinera de Edipo está alarmada. Cuando el niño dibuja a su familia, aparece la mamá, la hermana, el niño y... ¿Y papá? Layo está ausente; seguramente porque labura sobre un auto, por las rutas de la pampa gringa, vendiendo cables y lamparitas la mitad más uno de los días de la semana. En su pequeño reino, Yocasta, la madre-víctima, gobierna a fuerza de mimos, guisos y embustes. Vaya a saber por qué despecho, la reina de la casa le cuenta al niño que su padre-ausente no supo amarlo al inicio de la tragedia. Otra hermanita-muerta, cual mal presagio, pesaba como una sombra sobre el futuro reproductivo de la pareja. Desde allí, desde ese relato avieso, Edipo empieza a tejer alguna suerte de abandono que se prolongaría hasta muy tarde. Por aquellos años, en esa intemperie, la del afecto paterno, se fragua una putez incipiente que encuentra un primer objeto de amatoria fascinación en el chongo volador, proverbial y hegemónico, al que sólo vence la kriptonita.

Cuando la maestra advierte a Yocasta de la ausencia paterna en los dibujos del pequeño, se decide que Edipo concurra a su primera psicóloga. Allí, en esas tardecitas terapéuticas, el niño dibuja, dibuja, dibuja (sabe Ganesha qué cosas quedarían en el papel...). Superman, con sus ojos claros y su mallita ajustada, puebla la fantasía de aquella mariquita solitaria. No sabemos qué habrá escuchado la psicóloga; menos aún lo que habrá advertido.

O porque era torpe, o porque era demasiado lúcida, la terapeuta termina tranquilizando a la pareja real. La identificación masculina del niño estaba asegurada: en las fornidas espaldas del superhéroe descansaba su incierta virilidad.

Pese al dictamen, la pitonisa freudiana sentencia que Layo deberá prestar mayor atención al niño marica. Aunque inocente de los infundios de Yocasta, el rey-ausente tendrá que proveerlo de más tiempo, de más cuidado, de más hombría. Todo sea para asegurar que, pese a las apariencias, el pequeño hombrecito no se vea malogrado. Así, entre otras anécdotas desventuradas, Edipo deviene niño-mascota. Vestida como Layo, ambos de punta en blanco, en algún olvidable certamen de bochas, la mariquita interpreta, apenas por un rato, el improbable papel de varoncito. Pegadita a su padre, con su pose incómoda y su sonrisa forzada, está allí sin estarlo, con la cabeza en las nubes, aguardando la hora de vencer a la Esfinge y volver a los brazos seguros de Superman.

Eduardo Mattio

Puto feminista; docente e investigador en la Universidad Nacional de Córdoba; le encanta la literatura argentina y el porno gay mainstream. E-mail: eduardomattio@gmail.com.

Pañuelos de seda



Cualquier intento de narración de nuestras frágiles infancias tiene como referencia ineludible la mención a los medios de comunicación: a novelas, a programas de televisión, a series, a dibujitos, a video clips. Nuestros eros comenzaron a elevar temperatura con el fulgor del audiovisual en el país. Por ello tal vez, el pasado 25 de mayo, mientras algunos celebraban el día de la patria, muchos y muchas celebrábamos la transmisión, excepcionalmente y sólo por ese día, de Magic Kids, el primer canal infantil de la Argentina. Ese día volvimos a encontrarnos con los dibujitos de nuestras infancias y a reconocernos en ellos, en las cotidianidades domésticas donde los veíamos y en las escenas vivenciales que auguraban.

Nací en los '80 en Jujuy y presencié la novedad de la televisión en los hogares y el pasaje del blanco y negro a la televisión a color (Sí, tuve un televisor en blanco y negro el que luego, cuando tuvimos uno en color, mi viejo nos cedió para el uso exclusivo del Family Game). Crecí mirando la televisión, como una forma de entretenimiento, como una forma de aprendizaje (por eso tal vez ahora, ya de grande, haya estudiado comunicación y sea de mi interés la reflexión por las pedagogías sentimentales que se tramitan a través de tales programas).

En este contexto, la invitación a rememorar nuestras infancias mariconas me recuerda junto a mi vieja, mirando programas tales como *Dinastía*, *Falcon Crest*, *Celeste Siempre Celeste*, entre

otros. Estos Corín Tellado audiovisuales eran el laboratorio de experimentación afectiva subliminal que organizaba eróticamente nuestros cuerpos. Tanto entretenimiento como aprendizaje, la televisión también me educó sentimentalmente.

Prueba de ello es la experiencia reciente, ya de grande, de recorrer el Instituto Garrigós en La Paternal (CABA), hogar de los Niños Espósito y luego centro de menores, gran edificio de estructura panóptica donde se grabó *La Extraña Dama*. Asistí allí por unas capacitaciones laborales, y el reconocer su estructura implicó toda una movilización corporal, una confirmación de lo que había mamado de la televisión. Allí estaba yo, paseando en el convento Gina Falcone / Sor Piedad (interpretada por la memorable Luisa Kuliok), recorriendo esos pasillos, actualizando la historia vital de esa novela. Esta experiencia fue un indicio –uno más– acerca de lo que esos programas hicieron conmigo: de las imaginaciones que abrían, de las potencialidades que generaban.

De mujeres como protagonistas también podríamos recordar la miniserie *Stephanie Harper: La vengadora* que transmitió Canal 9 cuando todavía tenía como logo una palomina, hacia fines de los '80. Le pregunté a mi hermano, dos años mayor que yo y también televidente junto a mi vieja, si recordaba haberla visto. Y me respondió vía whatsapp: “See... Qué marica no se siente identificada con Tara Welles (la protagonista)... La venganza hecha mujer”. Punto de coincidencia entre ambos: a los dos nos habían afectado sentimentalmente esos contenidos audiovisuales.

Es así que nuestras infancias están ligadas a otras formas de ser mujer que llegaban con la televisión, mujeres empoderadas como She-ra, que aunque no perdían lo femenino habilitaban un proto-feminismo infante. Y con ellas, precarias formas de identificación que abrían imaginaciones, escenas que repercutían en la cotidianidad.

Y allí yo, un televidente más, que jugando con los cilindros –prototipo de juguete constructivo de varones, como los ladrillos Rasti–, construía figuras humanoides a las que les añadía una capa, como la de She-ra, con un pequeño retazo de seda robado a mi vieja. Un modo de jugar que conjugaba lo que aprendía de

la televisión con lo que podía construir a partir de los materiales dados.

Esa pequeña capa de seda era un punto de fuga entre los juguetes de varones que, vía la televisión, abría la posibilidad de imaginar otros mundos posibles. Otros mundos que a veces se hacían más reales, como cuando mi vieja nos llevaba de visita a casa de mis primas y con ellas jugábamos a los superhéroes y vestíamos como capas los pañuelos de seda de mis tías (a los que ellas sí tenían acceso y compartían conmigo). Elegir el color y anudarlo a mi cuello era un pequeño momento de disfrute, con las primas-amigas-sororales, de pensar que yo tenía el poder: que podía lucir esa prenda colorida de seda sin ser reprendido por ello y de tener súper poderes.

Reflujo de tanta patria geek audiovisual, volver a visitar esas escenas, sea a través del Magic Kids, sea a través de juguetes, constituye un desafío difícil para muchos de nosotros. Tal vez porque requiera un esfuerzo mayor el re-armar con pequeños retazos de recuerdos esas memorias, entre programas y series, entre pañuelos de seda y juegos y juguetes, y reconocer en ellos nuestros momentos de disfrutes. Tal vez la dificultad provenga de que aquello que era nuestro disfrute era “cosa de nenas” y, por tanto, prohibido y consecuentemente clandestino. Como sea, tal vez nuestro súper poder ahora sea ése: desatarnos los nudos en la garganta, contar nuestras memorias fragmentarias, revisitarnos en colores y contar que aunque quisieron negarnos algunas cosas por ser “nenes” fuimos felices por momentos luciendo coloridas capas. Sólo así, como nuestras propias super-heroínas y dando vueltas como la Mujer Maravilla, podremos alcanzar la osadía de protagonizar por fin ese papel que bien aprendimos de la televisión: el de las vengadoras.

Gonzalo Federico Zubia

Lector empedernido, escribiente casual, paseador de ciudades. Tiene un par de medias rosadas que combina con unas zapatillas a cuadritos. Contacto: gfzubia@hotmail.com

Littleprince



El placer

Había un juego en la primaria que me gustaba mucho. Empezó en los baños del colegio haciendo pis: te comparabas la pija mientras meabas, y un poco que te pajeabas mirando la pija del otro. A mí se me paraba un poco, entonces parecía que mi pija era más grande que la de los demás, más hinchada, nadie pensaba que estaba excitado por la situación de estar con otros varones haciendo eso. Ese no era el juego, pero bueno, ahí empecé a darme cuenta que me gustaba un poco, un poco mucho, del todo. El juego era algo así como apoyarse: te agarraban desprevenido y un compañero te abrazaba por detrás y te hacía una especie de bombeo, y eso era todo. El juego estaba en esa especie de dominación sexual. El que te apoyaba tenía un dominio sobre vos, un dominio de macho sobre vos, el que te apoyaba era “el macho”, ahí ganabas, supongo... yo trataba de hacerme el distraído para caer en las garras del juego, para perder. Cada tanto trataba de compensar, para que no se note, siendo yo el que apoyaba y bombeaba a algún compañerito, o sea, “ganar”. Pero la verdad es que me encantaba perder, que me agarren desprevenido. “Desprevenido”, bien venido al sexo. Creo que nadie se dio cuenta de mis ganas de perder, ni siquiera yo. Ese era el comienzo. Tipo 11 años.

El teatro

Jugábamos al teatro con Fátima Aguirre y Matías Chami, en las veredas del barrio. Hacíamos como una especie de ópera donde yo era la soprano. Usaba un camino de mesa al crochet blanco como peluca, y bueno, hacíamos esa obra improvisada en la calle, en el jardín de una casa, que con su verja y césped nos enmarcaba como en un teatrillo muy bonito. Los vecinos varones, amigos de mi papá y junto con él, estaban reunidos charlando en una vereda al frente de donde jugábamos. Yo veía que se reían, que murmuraban por lo bajo. ¿De qué se reirán?, pensaba, ¿será que soy divertido, es divertido lo que hacemos? ¡Yo chocho! Cantaba más fuerte y mis ademanes y gestos se agrandaban cada vez más en mi interpretación de la soprano. Después de un rato, mi intuición me dijo que no se reían de lo divertido de mi performance, sino de mí. Se estaban burlando, sin piedad y sin molestarse por la presencia de mi viejo. Hombres gordos con cara colorada se reían de mí, que estaba con la peluca de crochet cantando como soprano, y no jugando al fútbol en la canchita del terreno abandonado como Dios manda. Dejé de jugar, me puse mal. Un rato más tarde, mi mamá me llama para merendar y me dice que mi papá quería hablar conmigo. Él estaba al fondo del patio, sentado sobre un tronco muerto que usábamos como banco, con la cara triste y un vaso de acero inoxidable con vino. Voy, sabiendo que me iba a retar por algo. ¡Qué tenía que hablar a solas mi papá conmigo si no! Me hace sentar y me dice que todos los vecinos decían que yo era un maricón, que él sentía vergüenza de lo que yo hacía, y que no quería verme más haciendo eso, que si volvía a verme haciendo mariconadas me iba a llevar al médico. Que juegue al fútbol, a la escondida, que me junte más con los varones y menos con Fátima Aguirre, mi mejor amiga del barrio.

Héroe borracho

Mi papá, que odiaba la idea de que yo fuera maricón, pero odiaba más que su hijo sufra, alertado por esta vecina que vio todo y que me quería mucho, decidió ponerle fin a la situación. Un día, de pronto, decido salir a la calle, tomo coraje (no podía pasarme la vida encerrado, de la casa al cole y viceversa), y veo a tres de

los 8 bobos pateando una pelota. Como siempre que los veía se me erizó la piel del miedo, pero para mi sorpresa, uno de ellos me saludó con mucha amabilidad. “Hola Maxi, ¿quieres venir a patear con nosotros?”. “No gracias”, les contesté. “Cuando quieras venite”, contestó el bobo con la voz endulzada. Días más tarde, los veo a todos reunidos en el frente de la casa de uno de ellos, y por la amabilidad recibida anteriormente, decidí pasar por ahí, sin tener que dar la odiosa vuelta a la manzana para llegar al boulevard. La sonrisa y la mirada burlona que les era característica para conmigo había desaparecido, en lugar de eso tenían una sonrisa amable, pero forzada y unos ojos que no dejaban de ser bobos, pero que intentaban teñirse de bondad. Uno de ellos, Omar, el hijo del farmacéutico, tenía la mirada baja y enojada, y el pelo cortado al ras. Era la época de los pelos largos, los '90, y la mayoría usaba el pelo así, éste también. Me pareció raro todo eso. El pelo al ras, la mirada baja, el gesto enojado. Sentí alivio. Por arte de magia, ellos habían dejado de molestarme. No fue por arte de magia, fue Dios. Empecé a creer definitivamente en él. Ahora debía poner mi parte en el acuerdo con Dios, dejaría de ser maricón.

Por suerte Nico Rivera, que era el hermano menor de uno de los 8 bobos, me contó el misterio de la repentina amabilidad de estos brabucones. Mi papá en un acto heroico e iracundo, luego de ser alertado por la vecina que me protegía, fue con una tijera, la de la casa, la que mi mamá usaba siempre para cortar tela, y amenazó al grupo de los 8 prometiendo muerte para quien me molestase. Agarró uno de los bobos al azar, el hijo del farmacéutico, el que tenía el pelo más largo, y vomitando amenazas de muerte, le cortó buena parte del pelo al bobo. No había sido Dios, había sido mi papá, que habría escuchado en sueños mis plegarias, o las alertas del ángel de mi vecina. No me molestaron más. Dios era mi papá. Aún conservo la tijera.

Pd: Querido papá. Me hice ateo. Como no creo en Dios, no cumpliré mi promesa. Seré maricón. Esa será mi religión. No hay nada más hermoso que ser, sin hacer esfuerzo. Te quiero. Igual

gracias por ser mi héroe y salvarme con las tijeras de mamá. Un vaso de vino tinto bebo en tu honor mientras suelto estas teclas.

Maximiliano Gallo

Córdoba, Argentina 1981. Es actor, docente, director teatral y dramaturgo. Comienza su trabajo como actor en el año 1999, en el grupo de teatro independiente “El Cuenco” de la ciudad de Córdoba; paralelamente estudia en el departamento de teatro de la U.N.C. A partir del 2005 comienza su carrera como dramaturgo y director teatral, escribe y dirige “La sexualidad de Sandra”, “Prima Fílmica”, “Limbo”, “Simulacro y fin”, “Hoy no voy a nombrarte”, etc. En cine escribe y dirige “Mi tristeza no es mía”. Ha sido invitado para escribir en diversas revistas literarias como El Elefante Rosado, o textos relacionados al quehacer teatral como en la revista universitaria Deodoro. “Prima fílmica” y “La sexualidad de Sandra”, ambas obras con temática de género, han sido publicadas y distribuidas a nivel nacional. Contacto: maximilianogalo@gmail.com

Jotita desde chiquita



Mi madre siempre me dijo que era un “niñx especial”, y creo que por ello desarrolló un ferviente empeño en mostrar(me) las potencialidades del cuerpo como el espacio donde se patentiza no solo la diferencia, sino también (y sin quererlo supongo) las formas en las cuales en el futuro se haría presente mi mariconería. Esta foto fue tomada en la casa de mi abuela y muestra uno de mis lugares favoritos: la orilla de la Laguna de Tamiahua, en el Estado mexicano de Veracruz, en donde sin duda he vivido muchos de los momentos más maravillosos de mi infancia.

La desnudez y la media sonrisa, mientras estiro el símbolo de mi “masculinidad”, me produce placer al notar que toda la jotería proyectada se volvería un elemento fundamental en mi constitución identitaria. Mi cuerpo desnudo, regordete, sonriente, pícaro, acalorado, enmarcado en un paisaje idílico, me remueve no solo el pensamiento, sino también el sentimiento, ese mediante el cual se asume una condición fluida, complicada y sumamente emparentada con el goce, con el deseo, con la necesidad de extender esa media risa donde se enmarca no solo mi “sexualidad” sino también mi condición jota, esa que me otorga fuerza vital.

Carlos Leal

México. Jotita, antropóloga desfasada e incómoda permanente.

Amo el cine, comer, dormir y pensar en clave queer/cuir algunas cosas de la vida. La academia, no me disgusta, pero tampoco la necesito del todo.

La flor de Escobar



A veces hacía salidas inusuales solo con mi papá. De chico me llevaba a la Plaza de los dos Congresos a darle de comer a las palomitas y, más adelante, a recoger peces para mi pecera en el lago de Palermo. También me llevaba a alguna que otra feria en la que me compraba libros de experimentos o de manualidades, que eran los que más me gustaban. Pero esta imagen es de una historia diferente. Esta foto me la tomaron durante la Fiesta de la Flor en Escobar, a principios de los '80. Fue durante una salida dominguera que hacía con mis progenitores, a los que siempre acompañaba a todos lados porque tenía hermanos bastante más grandes y ya hacían la suya. A mi mamá siempre le gustaron las plantas, así que cada vez que se hacía íbamos a esa feria y ella se traía unas cuantas nuevas para el jardín. El modelito que llevaba puesto era una campera a las que aquel entonces les decían “inflables”, aunque no se inflaran por ningún lado, y que me habían traído unxs tíxs que vivían en Nueva York. A mí me encantaba porque tenía como un cinturón que, al ajustarlo, la parte de abajo quedaba como una pollerita.

Sergio Alvarez Magallán

Me crié en Munro, pero ahora vivo en Mar del Plata. Contacto: salvarezmagallan@gmail.com

Bate Cabelo



Foto: mi hermana, mitad de mi hermano y yo. Algún Mayo de los '90. Mirada Maricon.

Codiciaba su incipiente pelo, finito, lacio y suave. Mamá quería que lo tuviera bien largo, pero era muy frágil, entonces, le hacía masajes capilares para que le creciera fuerte y baños de crema para que sea brillante. Yo en cambio, por ese tiempo, tuve un entredicho con una tijera autodidacta que me dejó sin flequillo. La única solución que encontraron las matronas fue raparme la cabeza, con la misma tijera; luego, inevitablemente, tuvieron que pagar a un profesional para que terminara el trabajo. Que agonía más larga.

El primer día de clases sin pelo fue atroz. No tenía cáncer, o sea, no podía decir con aires de drama interesante: ¡la quimio, la maldita quimio! como lo hacía mi Señor de catecismo. ¡No! Sencillamente era un desafortunado varón. Tampoco era feminista, o sea, con ocho años no tuve muchas posibilidades de resignificar aquella falta de pelo. En mis realidades paralelas recurrí a los turbantes de fundas de almohadas, toallas o cualquier otro tipo de prótesis capilar que tuviera a mano. ¡Que pelucones que me armaba! Sin embargo, y por sobre todo, el cabello de mi pequeña hermana, su cabello –de verdad–, se convirtió en mi vergel. Rogaba, suplicaba, casi llorando en ocasiones, que me dejara peinarla, cepillarle, acariciarle el pelo, atarle colitas, desatarlas, hacerle trenzas, esperar que se le formaran las onditas, darle volumen, metiendo

los deditos entre los cabellos y sacudiéndolos ligeramente, esa técnica que tantas veces le vi hacer al peluquero. Todo esto siempre a escondidas. Los peluqueros nunca tuvieron closet, por tanto nadie quería hijos peluqueros.

Muy lejos de nuestra relación de hoy: de amigas y compañeras compinches, con nuestros períodos sincronizados y la mar en coche. Mi hermana era por aquel entonces el bastión de la norma; si no lo sabía, al menos intuía que la ilegalidad de peinarla costaba caro. Y que con un solo grito ella podía poner en jaque el débil equilibrio familiar. Solía poner excusas: que le tiraba, que le dolía, que tenía que jugar con sus muñecas (¡que formaban parte de las mismas negociaciones ilícitas!). Sabía cuál podía ser la reacción de mamá si se enteraba que la estaba peinando –un día, cuchillo en mano, me amenazó con cortarme el pito–. Nunca en mi vida me endeudé de tantos favores y promesas... que estoy seguro que nunca pagué. Pero nuestras penas siempre fueron valiosas. En fin, así se forjó esta amistad, de mujer a mujer: entre envidia, ilegalidad, riesgo y goce. Mi recuerdo fundante de la infancia marica, mi placer retrospectivo, peinar su pelo –de verdad–.

Gastón Casabella / Mónica Pollensa / Kika

Marica, gorda, hermana y amiga de Vicky, activista romántica, puta, loca, bizarra, estudiante de cosas, actor, clown, casada s/hijxs. Nací por elección en Alta Gracia, Córdoba.

Susanita



Ponerme a dialogar con mi infancia siempre me ha generado enormes aprendizajes, risas, alegrías y nostalgias. Valen esos instantes de recuerdos, devenires memoria que sienten y desean.

Crecí en los '90. En casa era primer hijx y primer nietx al mismo tiempo. Todo lo que emprendí era una alegría que se transformaba en un acontecimiento familiar. Mi abuela aún hoy, siempre que tiene oportunidad, se lo cuenta a amigxs y compañerxs. Por ejemplo cuando, jugando, quería aprender a coser como ella. Agarraba cualquier trapo para unir a otro y lo ponía en la máquina. Al principio creo que me sacaban la aguja, me decían “doña flora”. Con esa máquina me preparaban los disfraces para el Jardín, que a veces me los dejaba puestos durante días con sus respectivos maquillajes grotescos de alguna futura roja fantasía.

Recuerdo que a la noche se miraba el programa de Susana Giménez que atendía el teléfono. Yo también lo hacía y, por más que no les conocía, me ponía a charlar con quienes llamaban a casa. Todxs corrían para llegar primerxs pero yo siempre estaba al acecho preparadx y entusiasmadx. Cuando me escapaba de casa y me perdía, pocas veces recordaba el camino de vuelta pero, por supuesto, recitaba el número de teléfono.

En primer grado llevaba de todo en la mochila por si me aburría, algo que siempre sucedía. Tenía bolsas de bolitas y figuritas para intercambiar. También tiras de can-can para jugar

al elástico, y una soga muy larga. Eran juegos considerados para niñas y lo sabía. Nunca me importó mucho, a pesar de alguna que otra mirada de la policía docente. Siempre me llevé mejor con las chicas más chonguitas, con quienes generaba alianzas. Desde Jardín jugaba a sus juegos. Luego jugábamos a los juegos que los varones disputaban solo para ellos. Los baños eran parte de eso, los poníamos en tensión en cada recreo. Yo no entendía por qué no podía entrar en el otro baño, pero iba igual. De hecho, alentaba a mis compañeritas a invadir el de los varones. Con el tiempo, resultó todo un “espanto” escolar cuando algunos límites se perdían en nuestra curiosidad.

Recuerdo que tampoco entendía por qué los cuerpos de las mujeres desnudas podían verse en revistas y en películas sin censuras y el de los varones no, nunca se veía nada. No porque no estaban. Muchas veces no faltaba alguien que me dijera “esto no pueden ver lxs chicxs” y me tapase los ojos hasta que pasara ese fragmento de película con algún desnudo. Como si me enseñaran qué cuerpos debería ver, querer, desear. Pero yo quería ver todo. Deseaba verlo todo. Deseos y placeres no le van a negar a esta marica.

Mi familia solía ir a la cancha a ver partidos de básquet. A todxs nos gustaban, pero también me escurría por debajo de las gradas para jugar con mis amigxs. En una ocasión, en un entretiempo, me escondí entre unas columnas que daban al vestuario de los jugadores. Estaban charlando todos desnudos. Ellos no me vieron. Nunca le conté esto a nadie, pero fue hermoso. Esos cuerpos, que yo no debía ver, se decodificaban en un deseo que pretendía observarlo todo. Estar en donde no se podía y ver lo que no se podía. Miraba y me imaginaba entre ellos, aunque con la adrenalina de que me encontrasen. ¿Quién iba a descreer de un niño de 6 años jugando a las escondidas? Me escondí ahí un tiempo hasta que ya no lo pude hacer más.

//Hay calores que activan la memoria del cuerpo y alguna nostalgia sensibiliza la piel que recuerda. Piel que invita a habitar el tiempo que ya no se rige de tempestades. Piel que viaja y que

instantes e intensidades regala. Incursiones monstruas todas, piel nos grita, piel marica//

Mauricix Aguilera

Crecí en Rafaela, Provincia de Santa Fe, en donde aún vivo, estudio y activo. Colaboré en diferentes organizaciones de derechos humanos, principalmente LGBTIQ. En el último tiempo, fundamos una organización llamada Revuelo desde donde aún tejemos alianzas y discutimos fronteras colectivamente. Estudio el Profesorado de Ciencias de la Educación y ahí también me suelen ver en los baños de mujeres. Contacto: aguileramauricio@hotmail.com

O nome dela
é Pedro e ela
é um monstro



Debrucei-me pela primeira vez neste exercício há meses, mas só agora consegui voltar a olhar para o projecto por motivos que se prendem com a natureza da escrita autobiográfica.

A tarefa autobiográfica é sempre uma tarefa difícil, que opera num interessantíssimo espaço textual - ou mesmo intertextual. Por um lado, a autobiografia, como forma de trabalho biográfico, pode ser vista como uma extensão, uma protuberância, do que é o trabalho histórico em si. Se é esse o caso, então a biografia carregou e carrega com frequência aquilo que a história tem de pior: narrativas heróicas, hagiografias, vilificações, e sempre uma História que depende das agências dos Grandes Homens. Há aliás até espaço para perguntar se foi a biografia que surgiu enquanto empreendimento histórico ou se foi a história que surgiu enquanto empreendimento biográfico. E não é de estranhar também que, ainda hoje em dia, a biografia tenha em dia um lugar especial nas estantes populares das nossas livrarias. Deixando para trás a hagiografia, pelo menos parcialmente, a biografia assume um papel mais activo na auto-construção do eu moderno, disciplinado e controlado: o eterno esforço da criação de narrativas individualizantes numa constante tensão com a vigilância do indivíduo moderno. Esta vigilância é um processo de auto-hetero-construção do eu moderno, i.e. a constituição do eu a partir da construção de personagens conceptuais vigilantes que imagino

ser os outros. Disse-em uma vez um professor, e com razão, que 'o segredo para uma biografia de sucesso sobre um génio é que a cada momento o leitor sinta, em simultâneo, o quão inalcançável é aquela personagem, e uma empatia que faz do próprio leitor o génio.' Aqui a tensão constante: a idealização e inalcançabilidade do nosso eu, a camada mais visível do nosso ego, a auto-hetero-projecção da nossa imagem social que construímos ao imaginar o que os outros imaginam de nós, o interminável projeto insta-facebookeano. E claro, no pólo oposto ao da hagiografia mas ainda dentro da sua matriz, a biografia vilificante: Hitler, Estaline, Hirohito, Pol Pot, Saddam, Bin Laden. Estrelas do espetáculo de monstruosidades desviantes cuja conclusão é sempre a auto-identificação da leitora com o Homem do capitalismo ocidental, e a rejeição antagónica de qualquer modelo que lhe tenha feito frente.

Mas a autobiografia é diferente. Por um lado porque quem a escreve, escreve-a de um lugar epistemológico privilegiado: escreve-a aquela que tem um privilégio de acesso ao objeto que mais ninguém tem, precisamente por ser o próprio objeto. Tem acesso a histórias que não foram contadas, a sentimentos, a memórias... que é como quem diz, à pretexto subjetividade do objeto. Por outro lado assume-se à partida a existência de falhas na objetividade da escrita-sobre-si-mesma. Este é aliás um dos lugares-chave imaginários da parcialidade a partir dos quais se constrói a ideia de imparcialidade enquanto exterioridade. E nesse sentido a autobiografia oferece uma possibilidade de rompimento com a ordem epistemológica de um texto como poucas outras formas textuais o fazem. O lugar de enunciação é situado, em princípio e por princípio, e contrariamente a tudo o que se assume como factual.

É isto que faz a tarefa autobiográfica tão difícil. Apresenta-se como fácil, óbvia até; mas reconhecemos bem como nessa facilidade, se escondem as premissas das formas que combatemos - se escondem a construção do indivíduo como o conhecemos hoje em dia, a constituição de histórias identitárias e do apagamento daquilo que não se lhes conforma, a reiteração formulaica

dos lugares que se dão à compreensão, que nos precedem, que partilhamos, também que nos dominam. E o incômodo que fica no ar é suficiente para que valha a pena abordar a pergunta que o causa: Temos de rejeitar a prática autobiográfica à conta destas dificuldades?, não haverá formas disruptivas da escrita-do-eu?, há vida-escrita para além do Autor? E rejeitar a escrita autobiográfica não é uma pretensa elisão de um eu que persiste?

O que é que isto tem a ver com o apelo dos mariconcitos? Porque é que começo por referir estes problemas? É que é este o dilema central que me fez confrontar: Por um lado a escrita-do-eu; por outro a vontade de a usar como instrumento desconstrutivo do pensamento-de-mim; por um lado o risco de nos pensarmos origem do que somos e do que escrevemos, por outro a possibilidade de o ultrapassar pelo exercício que à partida o constitui; por um lado a sombra inebriante da Autoria, do outro uma visão-alucinação da escrita que a ultrapassa. No que toca aos mariconcitos: por um lado o medo de essencializar a paneleirice; de imaginar que nós, paneleiras, sempre fomos o que somos, como se não houvesse um devir-paneleiro tal como há um devir-mulher; o medo de construir uma história do miúdo maricon, de construir uma narrativa que naturalize a nossa feminilidade, as nossas disrupções sexuais e de género - mas também a compreensão da necessidade dessas narrativas, de pôr em cima da essa essa figura sempre apagada, reprimida e castigada, que é o mariconcito, o maricas, o larilas. O medo terrível de que o contar a minha história ou a minha vida seja usado para me explicar - de onde venho, o que sou, a minha natureza- mas por outro lado, a esperança de que sirva, se me faço entender, precisamente para me desexplicar. Ou seja, do outro lado está a vontade de criar um sujeito paneleiro, um sujeito que para além do mais não tem medo de instigar o conservadorismo que se faz guardião da infância (Will someone think of the children?!), e de criar algo, bem no coração dessa imaginada inocência, que não é nem homem-por-vir nem mulher -por-vir, que é traveca mesmo, em toda a sua potência, mas que deixa por dizer aquilo em que se vai tornar, que resiste, ora aí está, à categorização e taxonomia de um pequeno-adulto.

...

Se olho para a memória, o primeiro que me aparece é névoa heterossexual. E vem à língua dizer, como tantas outras que ainda não se a entregaram à névoa para ver fumaça: não, disso não tenho memória, fui gay mas nunca afeminado, nunca paneleiro, nunca maricas.

O exercício modela a memória, a observação constitui o observado, e por entre as gotas suspensas do esquecimento lá surgem os cotovelos de ferro das estátuas das lembranças. Nem sempre lá estiveram, apesar de já cá estarem, e não caio na esparrela de achar que nasceram criadas, que não foram esculpidas. São memórias não porque existissem em exterioridade - de facto foram convocadas, não descobertas - mas no significado próprio da etimologia que vai ao latim mere: atrasar, demorar, tardar, entrar. São coisas que demoraram a vir, que ficaram presas em pedaços de tempo que não viram continuidade. E ao aproximar-me dessas estátuas, abrindo a névoa, dando-lhes forma, vejo os seus contornos que antes viviam escondidos. Lembro-me de ser miúdo e de me adorar mascarar, de pôr as jóias da mãe, os casacos e os sapatos. Não que fosse uma atividade em si feminina, era um carnavalizar os dias, mas era, já assim, bastante extravagante, um piscar de olho ao camp. Vejo uma criança que fez karaté durante cinco anos por não querer passar a vergonha de ser o único rapaz nas aulas de ballet. Vejo um puto que aprendeu a não se sentar de pernas cruzadas porque, apesar de ninguém o dizer, isso era de quem não tinha grandes tomates - lembro-me até de ver o primeiro ministro da altura na tv, de perna cruzada, e pensar 'este é paneleiro!' com um misto de orgulho macho de mim próprio e empatia embaraçada. Lembro-me também de aprender - não que alguém tivesse de ter ensinado - que homem punha as mãos à frente na cintura e as pousava perto da virilha, e não andava com elas nas ancas, apoiadas nas gorduras que só as mulheres podiam ter ao fundo das costas. Vejo o puto que, com catorze anos, no início da descoberta da masturbação, se deixou levar pelo desejo de ver umas fotografias de porno gay. O puto que se veio mais do que nunca e concluiu categoricamente: "Pronto, Pedro, és

gay, tudo bem, agora só tens de esconder isso para o resto da tua vida.” Vejo o puto que se apaixonou por um gajo bem mais velho e com estatuto, que por sua vez usou da fragilidade paneleira do primeiro para abusar dele emocional e psicologicamente. O puto que saiu do armário temendo nada e cheio da alegria do amor, só para encontrar um pai que ficou meses em silêncio e uma mãe que passou a noite em branco e que, de olhos vermelhos, lhe perguntou pela manhã ‘Mas o que é que eu fiz de mal na tua educação?’

Mas acima de tudo vejo uma criança que se sentia, e de facto era, profundamente inadequada e que vivia apavorada com a possibilidade de lhe descobrirem a sua natureza alienígena. Era uma criança cheia de vergonha, violentamente só, que não tinha a quem socorrer, que se via ao abandono. Há duas estátuas-memórias de que me lembro particularmente quando penso nestes afetos. A primeira é a de, com oito ou nove anos, ter experiências sexuais com o meu melhor amigo. Na verdade, mais do que sexuais, eram pornográficas. Íamos para casa da mãe dele, para o sótão, entrávamos em sites porno, e imitávamos um no outro aquilo que víamos. Aquilo que melhor o ilustra é talvez a lembrança carnal de pôr uma pila murcha de criança na boca, com a devida cerimónia para que os lábios não a tocassem, e não houvesse realmente contacto. Mas mais do que isso fica a memória-mágoa de quando, ao comentar a minha vontade de continuar a expressar aquele desejo, o rapaz-criança, se fazer desentendido, por certo por ter noção de “errado” da situação. Essa história acaba aí e é a primeira memória que tenho de um profundo abandono, de uma profunda solidão.

A outra estátua-memória, desta vez mais ligada à vulnerabilidade do que à delinquência sexual foi construída a posteriori. É a de um bebé, nu, recém-operado, à mercê do mundo, sem sistema imunológico, sem capacidade de autoproteção. É uma estátua-memória construída a partir desta imagem. E é impressionante como me lembro de tão poucas coisas na minha infância, mas como me toca tão visceralmente esta memória fabricada do período pós-operatório - de novo coisas atrasadas no tempo, retardadas.

Durante muito tempo tive dificuldade em olhar para esta

foto. Ela mostra-me no meu estado mais vulnerável. É um tremor visceral de me enfrentar criança, com três anos, depois de uma peritonite que me deixou às portas da morte. Não que o medo fosse de morrer, o medo era desse estado desprotegido. E mais do que isso, era um sentimento de nojo. Nojo dessa criança, nojo dessa impotência, nojo de ser esse bebé.

Sei que por vezes as minhas amigas têm dificuldade, ainda hoje, em conceber-me como alguém que carrega em si, e ao mesmo tempo, uma vulnerabilidade profunda, um sentimento constante de fragilidade, uma violenta volatilidade emocional. E ao mesmo tempo não só o desejo mas efectivamente a necessidade de confronto, de lhes espetar a minha anormalidade nas caras, de vestir uma saia, pôr brincos compridos e pintar os olhos - não só também mas acima de tudo nos dias em que estou mal. Uma amiga muito próxima escreveu-me há pouco tempo: Ela usa saias. Ela usa brincos e colares todos os dias. É alta, magra e move-se com uma delicadeza ingénua e algo atabalhoada. Ela é dona do mundo, centro de todas as atenções em qualquer lugar onde está. (...) Chamam-lhe paneleiro, maricas, palhaço. Acusam-na de ser um snob auto-centrado, com sede de protagonismo, um prepotente académico que não conhece o mundo. Um individualista, dominador de flirts, que dorme com toda a gente. Eles não sabem nada dela. Não sabem do esforço permanente de resistência dela.

Pois bem vem daqui. É daqui que me lembro ter primeiro contacto com o pequeno monstro dentro de mim, o monstro do mostrar medo do estar desprotegido, do ser vulnerável e impotente, da possibilidade do ser abandonado e deixado só, no meio da rua, para que morra. Cá está o monstro que deixei num armário, trancado a sete chaves, para que ninguém veja quem sou, com medo de ficar só. E toda a gente sabe, embora possa não o admitir, que um monstro é só uma criança que cresceu presa.

A Eve Kosofsky Sedgwick escreve que “ao interromper a identificação, também a vergonha produz identidade. De facto, vergonha e identidade mantêm-se numa relação mútua bastante dinâmica, ao mesmo tempo desconstituente e fundacional, porque a vergonha é em simultâneo peculiarmente contagiosa

e peculiarmente individualizadora.” Essa vergonha, como esse medo e essa vulnerabilidade, peguei nelas como arma e escudo. Ao princípio foi um enfrentamento. Aquela criança trancada tinha virado Adamastor, um monstro que não se reconhece criança. Mas fui percebendo que, como acontece com quaisquer crianças más, não se tratava de discipliná-las, mas de lhes respeitar a violência.

Agora, venho há anos a tentar reconciliar-me com o meu monstro mariquinhas, com o meu monstrosito maricon, destranquei-o do armário e tenho tentado, o quanto possível, andar de mão dada com ele. Reconheci as partes que me amedrontavam, mas também a sua potência: É o monstro que se revolta, que me permite ter a força para me maquilhar, para ser bicha, para usar saias, foi o monstro que, nos meus sonhos, veio em meu socorro e mandou ao caralho aqueles que me gozavam por andar de mãos dadas com um gajo. Ele dá-me a raiva e a fúria que eu tranquei de lado, ele quer pancada quando eu quero fugir, ele grita sou paneleiro sim caralho, qual é o teu problema seu procriador de merda quando eu só me quero esconder.

Este conto, sei-o, está longe de acabar. Toda a gente sabe que os monstros só existem em tensão, só existem em marginalidade. Desapareceram das margens do mundo quando se navegou redondo o mundo. Ressurgiram, nascentes, nos seios das vilas europeias como presságios da fúria divina. Foram domesticados em frascos de laboratório e ainda assim não deixaram de surgir, incólumes e mais feios do que nunca, na mesa de laboratório de Frankenstein, no ventre de Mary Shelley, no parlamento de monstros de Wordsworth. Tentou-se criá-los, a época da ode à teratogenia, mas ainda assim não nos espremeram do desconforto. Ressurgiram fantásticos, aliens, mitopoéticos, conhecidos pelas ciências sociais e psicológicas mas sempre aberrações, nojentas, de-generadas. Este conto está longe de acabar. Na minha estória, como na história do Homem que as monstras sempre vêm pôr em causa. Também elas espreitam dos frisos proibindo que me cale a mim própria contando uma estória final; não, ela é sempre provisória, ela é sempre só mais um entendimento, ela é sempre precária, e só sedimenta quando, por medo, tenta matar monstros.

Se há alguém a quem se possa confiar a produção autobiográfica é aos monstros: é difícil a coerência quando se pratica a teratografia. A minha mariconcice, ser maricas, medroso, veio o orgulho retirá-la à vergonha. O monstro cá continua, por vezes aterrador, amedrontando. Mas transformou-se também numa potência de vida que a cada dia me desafia a experimentar o desconfortável, a devir mais paneleira, mais incómoda, menos domesticável. O mesmo monstro maricas que me amedrontava transformou-se numa enorme criatura insurreccional.

Pedro Feijo

Desde Portugal. Contacto: pedr.feijo@gmail.com

El ángel que quiero yo



Lo peor que pudo suceder no fue haberme puesto una toalla, como si fuera una pollera, y hacer un show frente a mi padre y mi tío; o jugar con primas y hermanas a la casita, peinar muñecas y juntar flores. Tampoco fue lo peor haberme aislado de los grupos de machitos futboleros. Ni rechazar, de forma casi alérgica, lo que me decían que debía hacer como varón.

Lo peor fue haberme vestido como angelito.

Si bien, desde el punto de vista de mi madre y de mis maestras, era un ángel, portarme bien no era garantía de que fuera así en mi cabeza. Me atormentaban demonios informes, enfermos, diabólicos, sueños eróticos y deseos inconfesables.

El mundo se detenía cuando veía uno de mis compañeritos de la escuela. Me quedaba parado detrás de una columna observándolo jugar, moverse, hablar. La luz del sol lo hacía todavía más bello que esos ángeles de los que me hablaban en la iglesia. No sabía lo que me pasaba. No entendía qué me pasaba. Las maestras que me observaban en el recreo pensaban que tenía problemas de integración, que era muy tímido, que algo se tenía que hacer conmigo. Siempre fui “el buenito”. Y así quedé hasta mis 19 años.

Los machitos que jugaban al fútbol casi no iban a la iglesia. No eran catequistas, no eran monaguillos, ni se vestían de santos o pastores. No participaban de puestas en escena encantadoras, o de ceremonias mágicas con vestimentas extrañas, ni trataban de

entender eso de andar comiéndose el cuerpo de un tipo con forma de lámina redonda y blanca.

Eso que se llamaba transustanciación era un misterio muy grande para mí. Pero, por alguna razón que ahora entiendo, me acercaba a los misterios de los mundos simbólicos y a preguntas que más tarde se respondieron solas, cuando los cuerpos que comí fueron otros y tuvieron un sabor diferente.

El horror no viene por la transformación de aquel angelito en un monstruo o algo parecido. El horror viene a mí hoy, cuando recuerdo las tormentas que viví en mi cabeza, no entendiendo ese mundo lleno de mentiras, de cosas de las que no se habla.

Ya no se trata de guerras entre ángeles y demonios.

El angelito ese tenía un cuerpo lleno de preguntas y una cabeza atormentada por deseos. Era puto, maricón, desde chiquito. Era un disfraz.

Luis Acosta

Dibujante radicado en Rafaela. Los recuerdos narrados y su foto tuvieron lugar hacia 1976-1977, en Paraná, Entre Ríos.

Oops
I did it
again



Me voy al pasado a descansar en (me decían).
paz.

A cuando chico.

Regreso lentamente ahí,

A cuando el verano no al borde de la pileta de la quinta
prejuzgaba las deselegancias de de mi abuelo
mi piel,

de mi amorfología “de vaca”.

y me veo tirado en ese piso de
lajas calientes,

Vaca gorda, gordo vaca
humedecidas para apaciguar el
arder, el ardor.

ella bailaba tirada en el piso
remil diosa,

Estoy sobre esa toalla de
palmeras que era mi favorita,

y yo también lo hacía remil foca,

blanca y azulnegra,

encallado en esa fantasía

toda gastada.

de niño gordo

Y a la luz de ese sol de infancia

y travesti.

yo podía ser Marimar,

Barbie sirena,

Juliana modelo...
hasta Julieta.

Pero más aún me recuerdo
Britney,

me veo Oops I did it again
I played with your heart,

got lost in the game.

Y cómo me revolcaba sobre la
laja caliente flasheando el video,

fingiéndome en catsuit
rojo.

Porque en una parte del clip
más poderoso.

Donde todo perdía forma y
también la encontraba:

no había gordo, no había vaca,

ni Julieta,

Recuerdo también la parte del
video
en que ella daba una pirueta y
saltaba por los aires
hasta encontrarse con su amado.

Yo a ese truco también lo
resolvía en mi clip imaginario:

caminaba hasta el trampolín
con paso sexy,

subía los escalones taconeando
una mentira

y me tiraba de cabeza al agua.

Todo una super-estar.

El fondo de la pileta era, luego,
un espacio más íntimo,

las divas, los juegos.

La post-adolescencia me recibía
sin tanta brillantina pop:

Britney se moría

en cada “stop” a sus videos,

mi abuelo se había marchado
para siempre,

ni Marimar,
ni yo.

las palmeras de la deslucida
toalla

El único problema era que en
el fondo no podía contener la
respiración,

ya no eran más que un oasis en
mi mente

así que tenía que volver a flote,

y la superficie

respirar.

y la superficie ya no era para mí

Salía de la pileta y el juego
comenzaba de nuevo:

un lugar para soltar la
respiración,

otra diva, otro video.

sino también, muchas veces,
para contenerla.

Luego fueron pasando los
veranos,

José Alejandra Busacca

29 años, actriz, escritora, ¿devenir? Face: La Busacca

El niño-mal: la vieja, la cantante y la bailarina



Nací en el 89 y recuerdo haber sido muy mariconcito en mi infancia. Escuchaba preguntas como: ¿por qué hablás como una nena?, o ¿sos nena o varón? Pero lo que más escuchaba era: mariquita, puto, putazo, trabuco (esa me la acuerdo bien, porque la busqué en el diccionario para esperar a la próxima vez que la dijeran y aclarar muy maricamente que el “Trabuco” era un tipo de arma de fuego, a lo que me respondieron: ¡callate trabucón!), etc... Preguntas y palabras que me informaron –ya desde niño– que había algo en mí que, al general de mi entorno, no le parecía “bien”. Cuando me di cuenta con un poco más de consciencia, comencé la horrible y, por suerte, inútil tarea de tratar de cambiarlo. Ante el resto, empecé a caminar con las piernas más separadas, sin cruzarlas, hablar más tosco, seco, grave. Evitar la expresión ¡Ay! en mis oraciones y otra serie de torturas por el estilo. En mi interior yo creía que cuando creciera se me iba a pasar, también pensaba que hubiera sido mejor nacer niña. Todavía no podía ver que las niñas tampoco la pasaban bien. Y transité así una infancia que para mí era equivocada: yo era varón, pero no era varón, y lo que sentía, en cambio, no tenía que sentirlo. Es decir sentía que era un niño mal.

En medio de todo esto, mi instinto marica supo encontrar los momentos y espacios para sobrevivir y disfrutar de un cierto “bienestar de vivir” (aunque fuese a escondidas). Los placares de

mi hermana, de mi abuela y de mi mamá eran igual de mágicos o más que el mismísimo ropero de Narnia. Cuando me quedaba solo en casa, daba una vuelta de llave a la puerta (marica inteligente), cerraba los postigos de las ventanas que daban a la calle, el reproductor viejo de música de la habitación de mi vieja creaba el clima ideal y ahí estaba yo, de repente, hincado de rodillas en medio de la cama matrimonial de la casa, el vestido de novia de mi mamá puesto, la pollera del vestido abierto cubriendo toda la cama, aros, maquillaje, velo y Thalía de fondo con su *Piel Morena* tirándome la letra perfecta para hacer un playback inolvidable y sentirme el ser más feliz del mundo. Mis manos sabían los movimientos flamencos que arrastraba la tradición familiar y se movían como alas haciéndome levantar de la cama, acercarme al espejo y mirarme. Me miraba a los ojos, bien profundo, y recuerdo pensar para mí misma: Así estoy bien.

En el baño de casa hacía las “prácticas de maquillaje”, aplicando todo lo que veía de mi mamá y de mi hermana. Cuando ellas lo hacían me quedaba quieto mirándolas, siempre les decía: Ponete más lápiz de labio. A mí me gustaba mucho y fuerte, latía mi furia travesti. Hasta los catorce, los tacos de ellas me quedaban perfectos así que también tenía mi práctica en tacos altos. Caminaba furiosa por el largo pasillo que estaba en medio de la casa, lloraba los males de mis galanes, también era la más villana de todas, la vieja, la cantante y la bailarina. Así, cual protagonista de un unipersonal absurdo, explotaba todo aquello que “intentaba” apretadamente guardar de mí ante los ojos de los demás.

Gracias a estas artimañas y muchas más, salvé a mi Mariconcito y hoy, ya mayor, ando con más respuestas que dar a esas preguntas binarias sobre mi género, pero no con menos preocupación de lo que los ignorantes del tema puedan hacerme a mí o a mis compañerxs. Desde donde estoy, elijo andar mariconeando la vida y tirando una palabra de aliento y aprobación a las expresiones maricas de las nuevas generaciones de mariconcitxs.

Marcos Gabriel García

28 años, nacida en Córdoba, “Criada” en Córdoba Capital. Mail: mmg.marcosgarcia@gmail.com La resistencia marica me llevó al teatro, lugar en donde encontré la compañía necesaria para dejar salir a mi marica. Enseño teatro a pequeñxs humanos, tarea en la cual encuentro la posibilidad de dejar semillas de fuerza a les pequeños disidentes, para que en adelante quizás les pueda ser más fácil el camino hacia el amor propio. Soy pasional, flaca, puta, maricona y entusiasta.

Kinsey



¿Qué hace que una infancia sea maricona? ¿Qué hace de una niña un mariconcito? ¿Que le gusten los nenes? ¿Que le gusten las cosas de nenas? Su relación con La Madre. Siempre fui muy pegote con mi mamá Graciela, además de muy llorón y dramaqueen. Cualquier cosa que pasara, buena o mala, era buen motivo para correr a sus brazos. O a sus pies, porque si el colectivo o el tren venían llenos de gente, mamá juntaba sus pies y yo me hacía una bolita y me sentaba sobre ellos. Tan pegote era que cuando me ponía denso mi mamá sacaba una teta y me decía “¿Qué querés? ¿Tomar la teta?”, y yo salía corriendo espantado y divertido. Siempre fui el protegido de mamá y el más mimado. Dicen que el más mimoso. Hace poco recordé que cada vez que en la tele daban *Goth*, *La Sombra del amor*, lo veíamos juntos y llorábamos la desencadenada melodía.

Sobre la orientación de mi deseo, puedo decir que me gustaban muchas personas, como mi maestra de jardín y algunos personajes de Nicktoons, como el walabí Rocko y su vida moderna. Sobre la expresión de mi género que era bastante chonga, muy, más en comparación con mi hermana Sol, la diferencia era evidente: cuando jugábamos a la casita, nunca fui el padre ni la madre; entre las dos, ella era siempre la mamá y yo el hijo. ¿Qué lugar ocupaba mi chonguez en la escala de Kinsey? Ese puesto reservado entre Lisa de Bandana y Brian de los Backstreet Boys, porque si había que ser masculina yo era, de todo el espectro de masculinidades

disponibles en la góndola, una masculinidad marica.

Mamá nunca fue una suegra fácil con ninguna, se imaginarán. Al último novio que llevé a casa por ejemplo, lo sentó en la mesa y sacó un álbum de fotos para que vea lo lindas que éramos de niñas con mi hermana, cómo nos disfrazábamos. Y después remató: “Yo siempre quise la parejita, tener un hijo, y lo tuve, finalmente. Eso sí, siempre homosexual. Cuando era mujer, lesbiana, y ahora que es varón, gay”.

Agustín Figueiras

23 años. Transmaricón del conurbano.

Una marica en el medio del campo



No consigo desandar por qué, a la hora de seleccionar mi foto de mariconcito, algo me lleva a un grupo de fotos entre las que se incluye ésta. En ese grupo se distingue una serie tomada sin duda el mismo día, en la misma “sesión” (seguramente por mi madre), que se evidencia en la ropa, en mi aspecto, en los lugares de la casa. Así como en ésta parezco estar diciendo “miren mi oso”, en las otras estoy haciendo caritas traviesas o hablando por teléfono (la pichona de marica ya se viajaba en *Hola Susana*, que acababa de aparecer; aunque por suerte los astros luego me liberaron del culto a diva tan desafortunada y la reemplacé por otras más interesantes y divertidas). No tengo datos precisos del momento en que fueron tomadas, pero supongo que debo andar por los tres años.

Y en casi todas las fotos de la serie, aparezco con el oso. El Oso Carozo, así se llama (nada original, supongo que la reminiscencia de Carozo y Narizota es obvia). Aún lo conservo entre mis tesoros de infancia. Dormí con él hasta los once años y, en un momento, digamos, hacia los ocho o nueve, la pareja se abrió e incorporamos al Perro Pulgoso, haciendo un gozoso trío en la cama, todas las noches. Al Oso Carozo me lo había regalado una prima, que a su vez lo tuvo en su propia infancia; motivo por el cual el oso tiene unos diez años más que yo. Aunque después la normativa genérica me desplazó a juguetes chonguitos (las Tortugas Ninja,

intenta), es porque la experiencia de, en mi caso, una mariquita en el medio del campo me llevó a sentirme, pensarme, percibirme en la felicidad de una vital rareza que deseaba afirmarse en su propio desencaje. De todas maneras, supongo que no me es privativo: hay algo que se me aparece compartido e imagino como vivencias comunes, incluso jugueteando con el estereotipo, de tantos otros mariconcitos, pichones de locas, putitos enrevesados. Esto puede incluir otras complicidades, como mi abuela Pepa (porque los mariconcitos cuando no tenemos una madre cómplice, seguramente tenemos una abuela o tal vez una tía): entre otras tantas cosas en las que podría pensar, se me ocurre recordar las trenzas que me hacía con hilo de lana y hebillas baratas, cual fashionismo rural y pobre, y habilitando todos los deseos de su amado nieto mariquita. Con esta imagen me quedo.

Javier Gasparri

La infancia a la que refiere, transcurrió en Pavón Arriba. Vive actualmente en Rosario. Se dedica a la docencia de literatura. Escribe ensayos y alguna otra cosa más. Contacto: jegasparri@gmail.com

Nuevas armas



Y ahí estoy yo, sosteniendo el arma que me regaló mi tío como un bello paraguas para proteger mi tercia piel del sol. Por suerte en mi familia, los intentos de convertirme en “varoncito” cesaron rápido y, un día, no volvieron a negarme jugar con muñecas. Quizás deberían haberlo hecho porque me gustaba quemarles la cabeza en el patio de casa, pero creo que hasta el día de hoy nadie se enteró.

Jackie Soad

Me llamo Facu, pero todos me dicen Jackie desde los 15, haciendo referencia a Jackie Chan, porque cuando era chico me gustaban mucho las artes marciales y, además, siempre tuve los ojos un tanto achinados. Vivo en Córdoba Capital. Soy un gordito simpático adicto a los juegos de mesa, video juegos y el animé; profe de música; hago diseño y me gusta el arte, todo tipo de arte. Insta: JackieSoad.

Pelo



I

A mi hermana, los grandes siempre le estaban halagando la melena. Le tomaban ese pelo rubio que se hacía más fino y claro en las puntas, y se lo enroscaban entre los dedos, dejándolo caer entre “aaahs” y “ooohs”. Yo, que tenía una mata negra que apenas llegaba a cubrirme los ojos, miraba caer en el aire ese pelo ensortijado con los puños cerrados. “A vos, ya hay que cortártelo”, me decían. Cada dos o tres meses mis padres pronunciaban la odiada sentencia, intercambiando miradas de acuerdo juicioso. Yo entraba a la peluquería con el paso fúnebre de quien se dirige a la horca. Para mi mayor tormento, el peluquero, un pelado cincuentón aficionado a la caza, decía que la forma de mi cabeza era perfecta, así que siempre elegía cortes bien al ras, para que luciera mejor ese cráneo soberbio. Evitando pensar en los mechones espinosos que iban cayendo al piso como bichos muertos, me obligaba a estudiar las fotos grotescas que poblaban las paredes, todas las cuales mostraban al pelado sonriendo y de cuclillas sobre el cuerpo de algún animal muerto con la sangre fresca chorreando por el pelaje lustroso. Sólo apartaba la mirada de las imágenes cuando, terminado su trabajo, el hombre me acercaba un segundo espejo para que pudiera apreciar la poda desde todos los ángulos, mientras me sonreía esperando el visto bueno. “Está bien”, le decía resignado, le pagaba los 10 pesos que

salía el corte y me volvía a mi casa bajo una nube negra.

II

Mi hermana tenía toda clase de Barbies. La embarazada, la sirena, la gimnasta, la Hollywood, la novia y muchas otras. A mí me encantaba jugar con esas muñecas, pero supe que las tenía prohibidas sin que tuvieran que decírmelo. Desde que una noche, a mis tres años, dije casualmente durante la cena que Luis Miguel era muy lindo, mis padres me fueron enseñando, mediante aparatosos intercambios de miradas sombrías ante cada pronunciación maricona, qué aspectos de mi persona era mejor guardarme.

A mí lo que me gustaba de esas muñecas no eran los juegos ni las fantasías que se podían tejer en torno a sus personajes. No me importaba si la muñeca era fashionista, embarazada, secretaria o veterinaria. Lo que me gustaba era su pelo, y las posibilidades que ofrecía: colitas, trencitas, rodetes, batidos, raya al medio, raya al costado, media cola. Pero las oportunidades que se me presentaban para poner mis ávidos dedos sobre esos pelos de plástico blondo eran prácticamente nulas. La ocasión perfecta llegó cuando mi hermana se enfermó de paperas. Durante la semana que estuvo postrada, las Barbie y yo disfrutamos a diario de amenas sesiones de peluquería en el baño de mi casa. Durante una de esas sesiones mi madre abrió la puerta del baño de un solo y brioso movimiento, y la visión de tan singular asamblea le sopapeó la cara como si le hubieran arrojado un pescado podrido. Yo, que ya de chiquito tenía un muy desarrollado sentido del drama, me las ingení para derramar un par de lágrimas de cocodrila y le dije que me tenía tan mal ver a mi hermana enferma, que lo menos que podía hacer por ella era peinarle las muñecas, nomás para ahorrarle el trabajo. Mi madre fingió creerme.

III

Creo que eso fue en el 96, el año que pasaron *María la del Barrio* por primera vez. Yo amaba a Thalía. Alucinaba con su cintura de avispa, su cara de santa abnegada, y sobre todo, esa cascada de

rizos chocolate que caían sobre su cuerpo diminuto, como si se tratara de un dibujito animado. Me encantaba cantar el Gracias a Dios de la entrada frente al espejo, revoleando una imaginaria parva de resortes color café. Fue frente a ese espejo, oreando la melena incorpórea, que me pesó demasiado esa ausencia, y en un temprano acto de draggeo, me confeccioné una modesta peluca con un buzo de Mickey. No era la primera vez que practicaba el travestismo capilar: ya una vez había convencido a la ingenua maestra del preescolar de que usar pelucas de colores brillantes para el acto de fin de año era una muy buena idea. Todo para verme con pelo largo. La peluca-buzo era más austera: había que ajustarse el cuello de la prenda al cráneo como si fuera una vincha, y dejar que el buzo cayera como la cofia de una monja.

Esa tarde mi madre también abrió una puerta y también se encontró con una visión singular, pero, en lugar de proferir el acostumbrado grito censor, se empezó a reír. Lo del buzo en la cabeza le pareció una idea simpática, divertida. No sospechó que yo jugaba a lucir una cabellera boscosa. En otras palabras, la performática mariconería del acto le pasó inadvertida. Y así fue que, un poco maña de loca, otro poco miopía de paki, me salí con la mía y empecé a pasearme con el buzo en la cabeza a todos lados, meneando esa pelambrera subversiva y maricona al viento rosado de mi niñez.

Juan Pablo Nario

Mar del Plata, Buenos Aires.

Presagio



Mi infancia fue feliz y melancólica
Niño hijo único
Padre verdulero
Madre ama de casa
Hijo muy mariconcito porque fui esperado
Amado
Sobreprotegido

Un niño muy consentido en todo
Esa foto con la zanahoria creo fue un
Presagio

Un legado que me acompaña hasta hoy
La idea de ir detrás de la zanahoria como objetivo de vida.
Y la zanahoria como verdura fálica.

José María Muscari

40 años, de Escorpio. Creador, a veces actor, a veces director, a veces autor. Me paro en el teatro, circulo la tv y coqueteo con la radio.

Más reinas, menos Aladdin



Año 1993. Egresaba del jardín de infantes “La casita del sol”. Para el acto de cierre recuerdo que había que preparar un número o sketch, vaya a saber una como le decían en ese entonces... Azorada porque mis compañeros varones se disputaban por encarnar a Aladdin; juego en el que por un momento me involucré, como buena escorpianita con ascendente en Aries, pero al fin y al acabo lo abandoné. Total, ¿para qué quería ser esa espantosa reducción carilinda de Alí Baba cuando podía ser la mismísima Reina en Colores!

En esos tiempos Reina Reech estaba en su esplendor infantil, conducía *Reina en Colores* por ATC y hacía unas coreografías increíbles, toda una Madonna del subdesarrollo. Poquísimos recuerdos nítidos tengo de ese momento, pero veo esa foto y la sensación de alegría mariconas es inevitable. Hace poco la subí a Facebook, también se la mostré a mi madre. Riéndose me dice: “Bueno, pero vos no hacías de Reina...”. ¡Negadora la vieja! Como bien se observa, encuéntrome frenteando el proscenio y gesticulando el playback como una championa, mis brazos al aire también son prueba fehaciente de que realizaba la coreografía de Reina, ¡tal cual! También se pueden ver unxs esbirrxs sateliteando alrededor mío de salitas más pequeñas alrededor (“esas no son vedettes, son bidets periféricos”, diría una Moria Casan en mi lugar). De fondo puedo escuchar sonando en el jardín a todo

volumen “¡Pintemos el planeta, de rosa y violetaaa!”, seguramente, ante la mirada vergonzosa de algunos señores padres con nuditos de corbata muy apretados.

Hoy pasaron casi 23 años de aquel momento y me encuentro ensayando una obra de teatro, en la que a pesar de que los “personajes” (concepto que es toda una discusión en el mundo de las tablas) no lo requieran, ni bien puedo, les doy un trazo maricón, un devenir trava, un desvío corporal, un gesto erótico. Porque aún la Reina de la “Casita del sol” del año 1993 resiste con su mariconería irrisoria, alegre, burlona ante tanto Aladdin obtuso, machote y bochornoso.

Martín Diese

Nació en Buenos Aires en 1987. Es actor, profesor de filosofía (UBA) y astrólogx (CXI). Actualmente reside allí, actúa y hace cartas natales. Vive con su gata Juana y adora tomar cortados en jarrito en los bares aledaños a su barrio de Almagro.

Clases de actuación



Pensaba que de chicx no me gustaba disfrazarme. No recordaba haberlo hecho. Pero a partir de esta convocatoria pude releer esta foto de mi infancia –una de mis favoritas–, la que siempre se me viene a la cabeza cuando rememoro mi niñez. Cada unx la leerá como quiera y como pueda. A mí, ahora, me hace creer que en ese entonces aún no había cedido completamente al disciplinamiento de los deseos. De mis deseos.

No sabría decir en qué momento asumirme varón-masculino pasó a ser la norma de mi vida. Sí sabría decir que no fue una decisión propia. Aunque, tal vez, sí lo fue. Creo que no la siento propia porque fue tomada por la fuerza, bajo coacción.

Dejá de hablar así. Movete como hombre, no des pasos tan cortos. No cecees. No muevas tanto las manos, no hace falta que seas tan expresivo. Hablá más grueso. No te pares así. Sacáte la mano de ahí, cambiá la pose. Te vamos a llevar a la fonoaudióloga. ¡Es una nena, es una nena! ¡Vení a jugar con nosotros, nenita! Jugá al fútbol, dale. ¿Por qué no hablás como nosotros? Vos sos el hombre y yo la mujer. ¿No te animás? Cagón. Trolo. Puto. Gay. MARICA.

No fue fácil la tarea, la de dejar de ser un niño afeminado. Sí, digo bien, así es como me veían y decían. En esa vertiginosa relación empecé a sentirme (¿por qué se convertiría en algo dañino?) y convertirme en un “hombre hecho y derecho”.

¿Quién hubiera dicho que mi infancia sería mi primera escuela de actuación? ¿Mi expresión sexo-genérica, mi personaje más trabajado? ¿Mi familia, mis amigxs y mis compañerxs, lxs directorxs de la obra? Supieron –¡y qué eficaces fueron!– tirarme líneas, indicaciones, directrices e imposiciones para (co)accionarme a moldear un personaje que encajara en ese mundo/escenario –mi mundo, ¿mi mundo?– que no aceptaba papeles ambiguos. Nada de personajes que pongan incómodo al público, Pedro. Nada de personajes que no sepan qué quieren ser ni qué desean. Vos lo sabés, lo tenés muy claro. Te lo dijimos ayer, te lo decimos hoy. Y te lo vamos a decir mañana.

Tengo que reconocer que no volqué mi energía en llevarles la contra. Rápidamente cedí. Entendí que, si quería una vida fácil o, al menos, no tan dura tenía que concentrarme en escuchar, en hacer cuerpo sus correcciones. En naturalizar una voz, una forma de andar, una pose.

¿Solidaridad transmarica a esa edad? Ya quisiera.

Digamos que logré una personificación no excelente, pero pasable. Era claro que no vivía el personaje, sino que cargaba siempre con una máscara: mi heterocareta. Pero atravesé esa línea, tras lo que empecé a dudar qué era representación y qué era real (claro, no entendía que actriz y disfraz se hacen unx, que no hay distinción posible). Ya no sabía si deseaba o si deseaban por mí. ¿Sentí? Sí, claro que sentí. ¿Deseaba? Claro que deseaba. Pero, ¿sentía todo lo que quería? No. ¿Vivía todo lo que deseaba? No.

Creía llevar una vida a medias. No me equivocaba, usar careta le permite a unx salir a la calle, pero oculta también emociones y expresiones. No podían verme fruncir el ceño, guiñar un ojo, levantar una ceja, morderme los labios. Nadie me vio llorar. Nadie me vio sonreír.

Ahora el ejercicio de recordar mi infancia es algo necesario. Reencontrarme es casi una necesidad.

Sin duda, me gustaba disfrazarme. Ellos limitaron las opciones, restringiendo mi papel y mi vestuario a lo “normal”, a lo “esperado”. Sin embargo, hoy descubrí el baúl que pretendieron ocultar en el fondo del olvido. Ese baúl escondido no sólo alberga todas mis

singularidades, sino también todo lo que pude haber descubierto y aprendido.

Cómo les va a joder que lo único guardado ahora en ese baúl sea la heterocareta. Cómo les va a joder cuando, toda divina y sonriente, les diga: todxs nacemos desnudxs, el resto es pura actuación.

Pedro

También conocidx como Pe Perina. De San Rafael (Mza.), pero reside en Carlos Paz (Cba.). Estudiante de Historia y con historia de estudiante. No sabe adónde va ni le interesa mucho saberlo, siempre y cuando sea acompañadx y entretenidx.

Perchas de alambre



Las tardes a la vuelta del jardín, perteneciente a un colegio católico muy bien visto en mi natal Florencio Varela, siempre fueron algo turbulentas. Recuerdo llegar rápido, hacer escándalo para no tomar leche (qué ironía) y encerrarme en la habitación de mi madre (sí, como buena matrona era sólo de ella, siempre supe que mi padre era un invitado totalmente ajeno a ese ambiente) y empezar a revisar sus cajones. Medias de red de todos los colores y bodies de encaje pasaban por mis manos y me fascinaban los ojos. Camisones de colores que gritaban menemismo y de texturas que me recordaban que aún era un esclavo del amor materno. Mi montaje favorito era exactamente: unas plataformas transparentes, pesadísimas para mi piecito de niña, un camisón de raso verde agua con encaje que me quedaba como un vestido de gala, o eso me gustaba pensar a mí, pensarme la mini Cruela de Vil hot de La Esmeralda, unas medias de nylon que usaba a modo de peluca, porque nadie pensaba comprarme una en esa época, y en toque final, quizás el más importante, el tapado de zorro de mi madre. Ese tapado que sigue representando todo el poder femenino que recorre mis venas. Así salía al pasillo, bailaba y me escondía de la mirada prejuiciosa de mi hermana (adolescente hetera de los '90). Era feliz en mi pequeño escenario de la vida, como diría Moria. Podría decir que esas fueron mis primeras incursiones en el montaje, el crossdressing, el drag, el travestismo. Dejé de hacerlo

cuando un día, mi madre le preguntaba a mi cuñada si iba a “salir mal” debido a mis pequeñas performances vespertinas. Por suerte, unos 20 años más tarde volví a vivirlo. Ahora mi escenario es la calle. Estoy completa y mi madre ya no piensa que salí mal, solo me recomienda que no me dedique al trabajo sexual precarizado. Como crecimos todas, ¿no?

Nach Mastromaure

24 añitos. Estudiante a medias de Física y reina drag. Ex madre y actual comeviejos. La calle es mi pasarela. Nómada del conurbano. Cuidado conmigo.

Muñeca Rota



Hubo un tiempo en que me la pasaba dragueada con un vestido imaginario, igual al de Cenicienta antes de las 12, y una larga cabellera de princesa. Cerraba los ojos y un mundo de arco iris, praderas verdes y palacios barrocos venía hacia mí. Así me la pasaba en mi cuarto, en el patio debajo de una parra o en la vereda. Al mediodía, antes de almorzar, o a la siesta, cuando todxs dormían. Esa cabellera larga que tanto me gustaba no era cualquier cabellera. No era la permitida a un niño de cuatro años, sucesivamente rapado con el objeto de simular higiene y masculinidad. Esa cabellera estaba hecha de repasadores que solía quitar del patio apenas se secaban. A veces pegaba un salto para arrancar uno del tendedero de alambres. A veces me los alcanzaba mi abuela. Yo danzaba, danzaba fascinada por algún misterioso vals asible solo por mis oídos y gesticulaba canciones impronunciables (¡auténtico lipsync for you life!). Mi abuela, mi padre, mi madre, mis vecinos, mi tía porteña, que llegó a sacarme una foto, mis hermanos, mis primos. Todos, cada uno de ellos, solían conversar felizmente creyendo que jugaba a los “árabes”. Ni princesa, ni bailarina. Ni judía. ¡Un jeque árabe! ¿De dónde habrán sacado tremendo cuento para aliviar sus conciencias? ¿El imaginario heterosexual orientalista auspiciado por Lawrence de Arabia había surtido efecto en un pequeño poblado del litoral santafesino? Como fuera, esa codificación fue permisiva durante

un tiempo. El trapo era mi prótesis de la feminidad expuesta a todxs pero al mismo tiempo secreta. Yo no se lo contaba a nadie, sabía que eso no era conveniente, que no había que decirlo. Sabía que no tenía nada que ver con el He-Man hipermasculinizado que miraba mi hermano mayor y que conocía a través del estampe en prendas que me pasaban de él. Estaba instruida por Disney y los Ositos Cariñosos para esta puesta en escena. A veces, me lo dejaba suelto, para sentir la cabellera en mis hombros. Otras tantas, le hacía un nudo para sentir una tirante cola de caballo o un trenzado.

En mi casa, la casa de mi abuela, había cinco muñecas gigantes que reposaban en los sillones de mimbre del living. Nadie usaba ese espacio. Estas muñecas atestiguaban la feliz infancia brindada a mi madre con lo mejor que el mercado lúdico podía ofrecer, en términos de internalización de la feminidad y el trabajo de cuidado, a las niñas argentinas de fines de los '60. Las enormes muñecas tenían más o menos mi altura y unos vestidos de telas de colores muy vivos. Me llamaba mucho la atención uno rojo con pequeños lunares blancos. Tenía detalles, como cierta guarda con “vuelitos” en sus terminaciones. Un día no lo dudé más y me lo puse. Desnudé a la muñeca y tapé mi sexo con su vestido. Entonces corrí, corrí como nunca. Atravesé todo el largo de mi casa dirigiéndome a la vereda hasta llegar a la esquina. Lo recuerdo muy bien, iba gritando con los brazos en alto. ¡Hasta perdí el repasador que llevaba en la cabeza! Mi vecino de enfrente, un camionero jubilado, me miraba sin exclamar nada. Ahí estaba yo, en la esquina, saludando a cuanto transeúnte se atreviese a mirarme. Pero entonces llegó mi vieja y me llevó a casa tirando de la oreja. ¡Fue mi primera marcha del Orgullo!

Emmanuel Theumer

Maricofeminista, alfabetizado en historia de la sexualidad. Grinderela. Amante de la conexión, no de la representación. Convive con varias plantas, entre otras especies compañeras, en una localidad llamada Esperanza.

Carta abierta



Córdoba, agosto de 2016

Estimado Oscar Alejandro Oviedo:

Me enteré por Internet, googleando un poco, que has crecido muchísimo, que ahora sos un profesional bien formado, con amplia experiencia. Sos un hombre de familia, con varios hijos, exitoso. Realmente me alegro por vos.

Como sospecho que te habrás olvidado de mí, por las dudas te refresco la memoria. Fuimos vecinos de barrio Los Gigantes y, si no me equivoco, tuvimos contacto en 1994, cuando vos tenías quince años y yo siete u ocho. Tu madre, Elda, era amiga de la mía, Graciela, y mi hermana Gabriela estaba enamorada de vos. Revisando un poco entre las fotos de mi familia, me encuentro con ésta que te dejo al comienzo. Es la única en la que aparecemos juntos: en el centro yo, a la derecha estás vos de remera blanca y más a la derecha mi hermana, compartiendo una mesa. Me resulta tan intenso que así sea el original, con sus fallos fortuitos propios del rollo, con una carga oscura tal que parece sacado de alguna peli de Lynch.

Es absurdo pensarás, por qué un tipo como éste resurge desde un pasado tan remoto. ¿Qué pretende con toda esta verborragia? ¿Qué tipo de enfermo será? Y es que durante tanto tiempo vengo cargando con esta cuestión que me inmoviliza, que quisiera

comunicártela. Ya pasó demasiado tiempo para la justicia y no se puede hacer nada, porque fallé al no romper el silencio antes. Mas el hambre de resolver aquellas cosas que nos afectan y darles, en lo posible, algún tipo de desenlace me lleva a no dejar todo esto atrás así nomás; no sin antes hacerte conocer mi historia, así dimensionás las repercusiones de tu paso por ella.

Sabrás entender que la forma más “madura” de abordarlo debe ser diferente a que quedase sólo entre nosotros dos. Eso explica el carácter de “carta abierta” de todo esto. Escogí ponerle palabras a esa experiencia que para mí persiste y que con su eco se prolongó demasiado. Pero no en vano, ya que hoy entiendo más las razones de cómo ocurren estas cosas. Hablo de lo que podríamos llamar un caso de “abuso sexual infantil”, del que fuiste perpetrador aunque, como vos eras también menor de edad, al día de hoy prefiero pensarlo como un caso de “abuso de poder”. Doblabas mi edad, mi experiencia del mundo. Más allá de que corresponde que lo sepas (porque este tipo de dolores deben ser compartidos), te puedo asegurar que aprendí mucho de todo esto y se desplegaron redes de afecto insospechadas. Seguramente vos también lo harás, como así también aquellos lectores de Mariconcitos, porque sé que mi “caso” es uno entre incontables “casos” condenados a permanecer en las sombras.

Se estima que, sólo en Argentina, uno de cada cinco niños es abusado y que en el sesenta por ciento de los casos no se realiza la denuncia. Con semejantes estadísticas, al salir a la calle y mirar a la gente, me pregunto ¿dónde está toda esa gente abusada, abusadora? Seguramente están camuflados, ocultos entre el resto, escurriéndose entre charlas mundanas que no toquen fibra sensible alguna, porque a esta sociedad no le interesa hablar sobre ningún tipo de abuso, sino más bien hablar de que “hay que seguir viviendo” y sufrirlo en silencio. Sabés que te pesa, pero lo callás, y así es como muta en una úlcera invisible que se te va formando con los años hasta que te mata. O no. Parece ser preferible eso que confrontarlo. Los mismos que lo sobreviven no quieren tocar el tema, sólo esperan llegar a casa para cerrar la llave de paso a las hostilidades de este mundo por un rato, hasta que la necesidad los

obligue a volver a salir. Yo no quiero eso para mí. Me es menester desarmar este monstruo que a la gran mayoría nos termina por comer. Ahí está la gracia de escribirte esto. Tal vez a alguien estas palabras le sumen: saber que existen estrategias para salir de esos infiernos en los que uno termina enredándose sin compartirlo, por miedo a ser juzgado. Porque desde bien chiquito aprendí a mirar más allá para comprender lo que está debajo de todo, lo dado por sentado, y que se quiere creer que es la realidad. Esa otra cara marginalizada, que duele y a la cual se sobrevive diluyéndola con fantasías, hasta que uno se olvida dónde empezó todo.

Estos últimos meses los dediqué a recordar mi infancia para conceptualizarla. Acudí a mi familia para preguntarles cómo era yo, para saber reconocer qué se inmovilizó tras el abuso. Qué cambió. Resulta ser que hasta los ocho años (edad aproximada de cuando ocurrió todo) las palabras me definían como un niño que irradiaba vida, amoroso, cariñoso, dulce, alegre, entusiasta, curioso e inquieto, empático con el dolor ajeno, amante de la naturaleza, de los animales, permeable a las expresiones artísticas como la música y, en especial, al acto de dibujar. La expresión que siempre me acompañó en cualquier momento y que por suerte no cambió: pilas y pilas de dibujos. Representaba mis muñecos en acción, creaba personajes y hacía una especie de vistas panorámicas de historias inventadas o cotidianas. No me atraía lo que se suponía debía agradarle a un nene, como los autos o el fútbol. No me atraía tampoco dominar a los demás a través de la fuerza; más bien, me enamoraba perdidamente de nenas ante las que luego temblaba en mi timidez. Bastante blandito, ¿no? Y es que sí. Tuve mis referentes de hombre: mi abuelo, ya muy grande, que me inculcó la mentalidad del trabajo, respeto y compañerismo con mis iguales; y tuve a mi padre en su ausencia tácita y educación sexista. Pero quien realmente se encargó de mi crianza día a día fue ese matriarcado rotundo y maravilloso que conformaban mi abuela, bisabuela, hermana, tía y madre (no sin contar también a las perras: Blanquita y Pompona). Ellas me otorgaron esa capacidad que sólo a ellas se les permite, la de ser naturaleza, de conectarse con lo afectivo y benevolente, de dar

vida y cuidarla, de alimentarla y disfrutar de lo simple y de lo leve de un día de sol.

Recuerdo que nuestras familias se acercaron en ese entonces pero, por sobre todo, recuerdo que en tu casa tuve mi primer encontronazo con el modelo hegemónico que nos binariza y diferencia entre “varones” y “mujeres”, sin importar lo que diga el documento, siendo desplazado de los privilegios que da la masculinidad debido a mi falta de inscripción en los modelos vigentes. Fue en una juntada de los pibes del barrio a la que mi hermana asistió y me llevó no sé por qué, tal vez yo se lo pedí. Ahí estaba entre los grandes y uno de ellos señaló mi primer desplazamiento. Al ver mi nula agresividad dijo: ¿Vos sos nena o nene? Sos una nena gordita. Podría haberle pegado o, no sé, puteado, para de alguna forma reafirmar mi identidad, pero qué sabía yo. No hice nada y me guardé la duda —para siempre— sobre si esa frase, dicha por uno de tus amigos, no te habrá servido para convencerte a vos también de lo mismo, o si habrás detectado que, aunque me lo cuestionaran, yo no reaccionaba ante la agresión. A riesgo de sonar obvio, repito que comportarse como “mujercita” no es algo tolerado por los “machos de la manada”: el varón debe repudiar lo femenino en sí mismo, todas sus características femeninas. Si ya te asignaron un sexo y un género masculino y vos no respondés como se espera, pasás a integrar “lo maricón”, lo que es menos masculino dentro de lo propiamente masculino. Zafarse de esos roles significa ser reubicado, a través de la burla y el rechazo, en el lado contrario al que fuiste inscripto en un principio.

Como único hijo varón de mi familia —en una sociedad que no se reserva en expresar su rechazo por lo marica—, de alguna manera ya comprendía que si se sabía de mi abuso, acto seguido cuestionarían mis inclinaciones sexuales. Temía corromper el orden establecido, porque podía ser castigado por la omnipresencia de todo lo que era más poderoso que yo. Así, me hice cómplice de tu mejor aliado, el silencio, y tomé la forma de una especie de asceta que cargaba en sí toda la problemática. En algún punto creo que nos convencimos de que lo que había ocurrido no era

negativo para mí, por lo que seguramente te sientas sorprendido a esta altura, porque claro, después de un tiempo, uno tiende a naturalizar todo. Y si repetís ese discurso por un tiempo prolongado, probablemente así será: normal. En mí nunca dejó de ser una gotera. En su momento no dije nada porque primero, simplemente respetaba una cierta autoridad de tu parte, que eras más grande y cuando, al tiempo, entendí que algo más había ocurrido no podía contarlo. Ni siquiera lo entendía del todo. Sabía lo que nos habían dicho en la escuela sobre el abuso infantil, que nos cuidáramos de los extraños, pero vos no eras un extraño. No dabas señales de ser una amenaza para mí. Por el contrario, eras alguien que se ganaba mi confianza y la de mi familia. Contabas con eso, con mi confianza. Sé que la gran mayoría de los gozadores del abuso de poder, tanto antes como después del abuso, disfrutaban esa miel que brinda el aprovecharse de quien no puede defenderse. Así llegué a archivar en mi inconsciente todo esto a fin de que mi vida continuase, naturalizando en silencio la relación entre un grande que le da a conocer el mundo a un chico y lo prepara para enfrentarlo. Tu lección fue enseñarme que te pueden garchar en cualquier momento sin que entiendas lo que pasa y sin que puedas resolverlo por veintitrés años.

Me resulta irónico que la plataforma con la cual pudiste encontrar tu momento a solas conmigo fue la “Family Game”, esa que vos tenías en tu casa, como si el nombre del juego en que participábamos propiciara todo. Era “la familia”, ese juego que juegan aquellas, como la mía, que no estaba ahí presente para detectar lo que ocurría ni mucho menos evitar que ocurriese. ¿Cuánta gente lo habrá estado jugando simultáneamente? ¿O acaso estaba a salvo con vos, como en familia, sin golpes ni maltrato explícito? Claro, es fácil manipular a un niño para que sienta que eso que estaba ocurriendo no era algo “malo” para él, sino más bien, un “juego” del que sólo sabíamos vos y yo: “nuestro secreto”. Pero yo tenía mis dudas y, de a poco, pude ir compartiendo ese secreto tan nuestro con otros amigos más allegados, pidiéndoles que por favor evitaran romperlo, porque intuía que estas cosas acabarían por exponerme ante el lado morboso de una sociedad

hambrienta por más tragedia y razones para revictimizarte. Hoy comprendo que el carácter peligroso de ese silencio al que me habías confinado era en función de que no valiese la pena la angustia de lo que venía después de romperlo. Y esta situación de escribirte (que cada vez la veo más consumada en su necesidad de desarmar, aunque sea un poco, lo que somos como sociedad) me acerca a todo el sufrimiento que omitimos. Me acerca a ver cómo las angustias se vuelven ignorables, porque aunque nos veamos tan civilizados y humanizados, nuestra mierda se nos cae por todos nuestros agujeros.

Después del abuso, una mezcla entre inseguridad y confusión, una mente desinteresada por todo lo que la insensibilice y una atracción por las mujeres, que a su vez responden a un modelo de masculinidad en el que yo no encajaba, todo eso, me llevó forzosamente a sentirme caer en una construcción ajena a lo que yo debía ser, por lo que pensé: si mi carácter es comprendido como femenino, entonces, ¿me tendrían que gustar los hombres? Creí que sólo era cuestión de aceptarlo, pero en realidad era cambiar un mandato por otro, forzarme de nuevo a elegir lo que se suponía debía elegir alguien como yo. Pero andá a explicárselo al adolescente alienado en que me había convertido. Por mucho tiempo, la estrategia fue asexualizarme. Empecé a dibujar campos de batallas llenos de muertos, cortados a la mitad o decapitados, seres agonizando o siendo lanzados al vacío. Pero después de todo lo que pasó con vos, los video juegos fueron mi principal canal de escape y alivio, la posibilidad de destruir algo, ¡polígonos! Un deseo que, al no saber su objeto de odio, odiaba deliberadamente a quien sea que no estuvo ahí para evitar que me tocases. En la virtualidad viví de todo y aprendí que, en el camino del héroe, lo que querés en realidad es salvar a la chica.

Inventé una de las estrategias más descabelladas de mi vida. Condené a una parte de mí al exilio: me dividí inconscientemente en dos, me quedé con los restos de lo que debía ser, lo masculino, y con el objetivo de salvar a la chica, una que no conocía pero que sin saberlo era yo misma. Una chica abstracta donde proyectaba toda mi vulnerabilidad, una chica que sabía que estaba en algún

lado, que aún no conocía, pero que era abusada y me necesitaba. Salía a buscarla por el barrio, navegaba en las redes siguiéndole el rastro. Allí, me transformé en un adolescente mucho más callado, sombrío, introspectivo, nostálgico, pero héroe al fin, a la vez que sabía que si inspiraba suficiente miedo, si me convertía en algún tipo de amenaza, podría mantener la distancia con los demás. Once años después llegó el día en que encontré a esa chica, Larita, hermosa hada de los cibers, quien había tomado estrategias similares a la mía, desdoblándose y, por lo tanto, respondía a las mismas construcciones que yo proyectaba sobre ella. Una tarde, hablando a solas, le dije que sabía lo que le había pasado. Quedó estupefacta ante mi declaración y su respuesta fue, entre lágrimas, que ya había llegado tarde para ayudarla. Sí, habían abusado de ella y me había esperado pero, como nunca llegué a encontrarla, la niña que era había muerto. Sentí haber fracasado en esa misión de la que había hecho mi vida. Pero, con el tiempo, comprendí la operación mental que había hecho y reconocí dos cosas: que al final la chica siempre era un referente de mi personalidad y que ese punto en común, donde dos gamers adolescentes se encontraron, reflejaba la invisibilización que el entorno hizo de nuestras vidas frágiles.

Tras el fracaso por no haber encontrado a la chica a tiempo, mi espontaneidad, autenticidad y la alegría conquistada a duras penas se convirtieron en hipocresía y neurosis. Sufrí un empobrecimiento de mi inteligencia emocional, autoanulando toda manifestación emocional relacionada a lo débil y carente de poder: llorar, tener miedo, sentirme inseguro o interesarme en el arte. Caí en estrategias de supervivencia nefastas que quemaron mi vida sexual, mi forma de ver el placer, que me dejaron hambriento de contención, de amor, al borde, incomprendido, cerrado por el miedo, justificando cada derrota por no llegar a salvar a la chica a tiempo. No podía dejar de leerlo como si me hubieses sacado un pedazo de vida y, al día de hoy, me pregunto ¿cuántos días pasaron pensando en estas cosas?, ¿cuántas relaciones arruinadas por mis inseguridades que tienen raíz en todo esto?, ¿por qué tengo que estar haciendo esta carta dolorosa en vez de estar disfrutando de

otros recuerdos más plenos, sin sentir estos terribles dolores de panza? Ahora que te escribo, te seré sincero, no me aguantaba más las ganas de darte las gracias por tanta ansiedad, por todas las oportunidades desperdiciadas, por los años de dormir para no sentir la infelicidad de mi existencia, envenenado, encubriéndote bajo capas y capas de inconsciencia primero, de consciencia después, alejándome de mi familia por un rencor que ni siquiera comprendía, perdiendo tiempo en fantasías que me impidieron disfrutar de personas que ya se fueron. Gracias por hacerme pensar en el amor tan desesperadamente, queriendo que alguien me comprenda, me acepte, me banque en una sanación que nunca se da y que no va a ocurrir. Gracias por el bloqueo mental y la necesidad de aplacar todo con alcohol. Gracias por la histeria de pensar que era un enfermo, que todo violado es un potencial violador, por lograr que me considerase un monstruo que merecía vivir aislado, sintiendo culpa de no saber cómo vivir. Gracias por convencerme de que podía sacar lo mejor de la gente, inclusive de aquellos que se atrevieron a tratarme abusivamente, sólo para darme cuenta de que todo eso es reflejo de lo vos que me hiciste. Sé que puede resultar irónico mi agradecimiento, pero es genuino. A lo mejor un abusador no lo entienda, pero hay gente que sí va a entenderlo. Le debo a Camila Sosa Villada su ejemplo de resignificación del pasado a través de la escritura y esta forma de agradecer a nuestros verdugos lo peor. Pero especialmente, y vuelvo a vos, Ale, gracias por dejarme en claro desde bien pibe que esta realidad es sólo un circo, una gran cortina de humo, que el inframundo es la verdadera realidad.

No quiero predicar el odio, pero confieso que he fantaseado con que esta carta te afecte. Porque, de última, si algún eco de ese goce te gusta, ojalá sepas leer esto como una continuidad acumulada y que se te prendan fuego las tripas, en este mismo instante, por todos los días que no pude levantarme de la cama.

Te preguntarás, al igual que otras personas, si es así de fácil como patearle la pelota al otro, responsabilizarte sólo a vos por todo lo que no estuvo o no salió bien en mi vida. No es eso, sé que si me dejo llevar por ideas así, pierdo tacto, pero es que,

Ale, no sé si podrás entenderme: hay cosas tan hermosas en esta vida, me imagino que ambos las hemos experimentado, no soy únicamente una víctima, pero necesito dejar bien en claro que esta experiencia que te incluye, no pertenece a esas. Lo tuyo no fue un acto incestuoso que despertó mi libido, no fue un juego en el que ambos ganamos algo, en el que ambos nos hayamos divertido, en el que compartimos alguna derrota; lo tuyo no fue nuestro, fue un acto de sometimiento que despertó mi más temprana miseria, enseñándome a reprimirme, mutilándome, de ahí en adelante, toda la vida, para dejar sólo lo que estaba “bien” y, aunque suena terrible, sentó las bases de una estrategia para sobrevivir en un mundo que sentía que me quería pisar al igual que vos.

Pero sobrevivir no es vivir. Por fortuna, en algún momento pude desarrollar algo así como mi deseo, en un período corto, inestable, que explotó de un momento a otro, hipersexualizado pero insensible, descuidando vínculos, no sabiendo resolverlos. Hoy, tras mucho recorrido e incontables infiernos extinguidos, disfruto una vez más de lo delicado, de lo suave, de la brisa, del detalle gratuito pero generoso, de lo femenino y maricón, de cada cuidado para que las cosas sean más disfrutables y plenas. No lo logré solo, sino con los aportes de personas desbordadas de amor, que me llenaron, cuidaron y dieron diálogo para seguir en la búsqueda, la de salir de tu infierno. Más feminidades se sumaron al matriarcado que moldeó mi reeducación sentimental, como Effy Beth, a quien vi caer por estas mismas razones que, ahora comprendo, son las mías, las tuyas y las de todos nosotros.

Ok, llegamos a ese punto en el que todo es una mierda y todos formamos parte de esto; a la opresión la sostenemos entre todos nosotros, cada uno con sus microviolencias cotidianas, haciéndoles invivible la vida a los otros “porque así son las cosas”. Detrás de toda esa mala onda que la gente tira, detrás de toda esa mierda de no soportarse mutuamente, hay una paz imposible de cada uno consigo mismo. Porque nos comen nuestras historias irresueltas, incomprendidas, repitiendo discursos ajenos, hostiles, codeándonos unos a otros en un bondi, peleando por sillas, oliéndonos con desprecio, en un imparable vaivén de

microfascismo. Ya, en mí, urge otra necesidad: la de la comprensión.

Hay una gran libertad tras desarmar estos moldes a nivel personal, a través de la autocrítica, de la ruptura con esa paja/tabú/miedo de pensar estas cosas, de deshacerse de este aparato ridículo con valores binarios y comprender que la normalización de lo disidente nunca fue la solución a nada.

Empecé la carta contando cómo fui leído y apartado de la masculinidad obligatoria por la injuria primero y por tu abuso después. Pagué un precio. Altísimo. Recién hoy puedo elegir por mi propia cuenta apartarme de ese régimen del horror. Del macho que insiste en remarcarlo y lo sostiene en la fuerza física, el tamaño de su barba, el tamaño de sus músculos, billetera y bulto; o en la pila de huesos sobre la que se para responsable y orgulloso de su habilidad de quitar vida. Del que se come el viaje del caballero que debe cuidar a su princesa que lo aprueba si lo ve rompiendo un pedazo de silla para bajar a la calle y pegarle a los negros, pocos minutos después de que la seguridad estatal entra en huelga. Allí me quedo yo, al margen, con mis referentes de lucha y justicia social que visibilizan nuestros crímenes para que la justicia sea que no los volvamos a cometer, me quedo con los que usan toda esa ira como combustible de actos creativos pasionales. Me quedo con aquellos que comprenden el valor de cada vida y la urgencia de cada herida. Me quedo con los maricones, las tortas, las travas, los trans, con los negros, las putas, los locos, las discas, los pobres y todo lo que el poder desprecia.

En un principio, no quería hacer esto, creeme, porque sabía que me llevaría a un balance que seguro me tiraría bastante abajo. Sin embargo acá estoy, aceptando que no olvido, que no perdono. Dándome cuenta de que los silencios nos aprisionan, reconociendo que evadirme sólo contribuyó a que se siga agrandando el hueco en mi estómago.

¿Pensarás que esta carta te absuelve o que es un ataque desmedido a tu persona, a tu reputación actual? Ni una cosa, ni la otra. ¿Y qué si ahora sos un dulce de persona y un padre ejemplar? Qué se yo. Sé que tu única culpa explícita ha sido repetir patrones, sin hacer una diferencia con eso. Tal vez vos pasaste

por lo mismo, tampoco lo sé; yo repetía una serie de patrones también. Mi padre se aseguraba de inculcarme ideas misóginas para que este mundo no me atropellase, aunque sus ideas ya eran una forma de atropellarme y “normalizarme”. Por mucho tiempo pensé que aquello que me fue quitado era la inocencia. Recién hoy comprendo que mi inocencia era un absurdo. También tengo mis dudas: ¿le debo a tu abuso el no haberme inscripto en la masculinidad machista y los privilegios que otorga su ejercicio? ¿Debo agradecerte el abuso? No, rotundamente no.

La condena se vive en muchos niveles y en cada tipo de abuso, sea en la calle o en el laburo, hay un eco de lo que significa que alguien con mayor poder te someta a lo no deseado. Resonás, Alejandro. Tu abuso resuena en cada violencia. Y quiero que esta carta, y el alcance que tenga, hagan resonar ya no tu voz sino la mía, mi repudio al abuso de poder y su malestar infinito. No puedo evitar que los abusos sigan ocurriendo, pero puedo invitar a quien haya llegado a esta parte del relato a romper el silencio antes de que se convierta en el monstruo que acabará por devorarnos.

En fin, Ale, vos ya decidiste por mí, pero a partir de ahora decido yo y, esta vez, también un poco por vos.

Querido lector: ojalá que mi carta te invite a ser libre, que mis más desesperadas estrategias de supervivencia reflejen su efecto bola de nieve –más bien, de mierda– a lo largo del tiempo y tomes la mejor de todas: romper tu silencio y ser libre de su poder opresor.

Con todo el afecto del que soy capaz.

Nicolás Alejandro Bordones Arena

Ni closet,
ni telita



¿Dijeron 3000 caracteres? Ah, entendí 3000 palabras. ¿Y las otras? ¿Qué, no vivieron nada estas tipas? Bueno, soy la tapa de Mariconcitos, o sea, tengo dereshhhhho. Soy Enzo Luciano. Nací de una sirena en el desierto el 1 de mayo de 1989, cinco minutos antes que mi hermana. Conocí un poquito más que el canibalismo (solas ahí adentro, algo se nos iba a ocurrir).

De jovencita caminaba entre víboras. Salen durante la siesta, cuando el sol hace arder los rincones y el pueblo deja de ser fantasma para no ser. Sólo se escuchan tus pasos y el eco de tu voz, y te miras en los ojos de los desconocidos y no ves nada o te ves sola, y todos duermen. Pero los únicos que no duermen son un par de burras maniatadas, que insisten en aferrarse a esa tierra yerma, a esa nada viviente, a ese silencio que aturde.

Como esa burra, durante años caminé sobre las brasas calientes de la Héterorrealidad (diría mi amiga Maite). Hice todo lo que hacía falta, fui arrastrada por la vida a través de los Siete Venenos y, aun así, logré mantenerme como la flor de loto en el fango. ¿Qué suerte reina, no? ¡Cuando todo está en llamas, mi tierra está a salvo! –me decía a mí misma–.

Atravesé largos e interminables caminos de escombros –¿qué es la vida si no?–, desatando nudos de víboras enormes, muchas veces anudados por mí misma, gracias a Marte y a Venus que me dieron manos fuertes, piernas ligeras y una colita generosa.

Tuve tantas infancias ¿Te digo la mala? ¿O sólo la buena? Aquí están mis cicatrices. Me doy el lujo de ponérmelas todas al revés, decoradas por el tiempo y el casi imposible olvido. Mi infancia imaginaria, la mariquita, la colorinche, tornasolada purpúrea y cruda, gris, real de la real realidat, la que no viví sino maquillándome con mucho color y dolor (sobreviví a tantos sueños de exterminio, demasiados. ¿Sobreviví?).

Marimar, su jacal y su perro Pulgoso sintieron lo mismo, pero no fuimos víctimas. No creemos en las víctimas como dice la Trasobares, las víctimas son la parodia de esta sociedad.

Nunca encontré la salida a esas Islas Encantadas, devoradoras llamadas deseo, pero tampoco la busqué. Cuando creía que me encontraba en Altamar, me veía devuelta nuevamente a la orilla. Nadando, mi cola larguísima y yo, en un laberinto imaginario hecho sólo de piedras y espinas.

No conocí Closet ni Telita. Aunque no faltaron coches fúnebres persiguiéndonos.

Esta foto es de cuando fui elegida Rey de la Primavera. En una muestra de fin de año en la escuela, las maestras organizaban un show en el que los nenes bailaban(mos) Backstreet Boys y las nenas Gilda. Yo casi ni dudé y en medio del espectáculo me escabullí entre el público y salí bailando como Gilda. Dejé más que la piel en el escenario.

Entre otras hazañas mariconas de mi infancia, protagonicé “Entre Moria y vos” junto a mis amiguitos del barrio. Yo usaba un vestido rosa chicle y un tapado de nutria de mi madre. ¡¡Mooi feena!! También protagonicé *Like a Virgin* junto a mi novia lesbiana. En las siestas eternas de mi pueblo se tornaba imposible dormir, y nos inventábamos mil formas de resistir a esa somnolencia obligatoria. No podíamos darnos el lujo de dormir, ¡había tanto por hacer! Jugar al elástico o escribir telenovelas que grabábamos en cassettes. Mis hermanas y yo montábamos un concurso de coreografías con Paloma San Basilio Greatest Hits, que gané tres veces seguidas. También hacíamos Competencia de llantos (una diva es trágica o no lo es). Varias veces conseguí el premio mayor por lograr el llanto más convincente.

Aprendí a arrojar la llave por el balcón para que pase el monstruo. Invoqué al Pombero, a la Difunta Correa, al Gauchito gil, a la Pomba Yira, solo para hacer una promesa y dejarme las mechas hasta los tobillos... Ahora el Pombero me invoca a mí y las mechas, mis queridas mechas, ¿dónde quedaron? Siempre fui mi propio Pombero. Como dice Tita, cuando le preguntan en *El pueblo quiere saber*, cómo hizo para no caer en una mala vida: ¿quién te dijo a vos que yo no caí en una mala vida? Yo fui una tremenda pecadora, porque fui una buscadora de amor... sólo que en ese entonces no me daba cuenta, que el amor no se busca hija, se encuentra.

Hasta acá todo divino Luis, pero no te conté sobre las copas que se dieron vuelta y derramaron el vino sobre la mesa de mi vida... Toda esa vida en rosa fue sólo la mascarada que me inventé para sobrevivir en un mundo todo hecho contra mí. Fui reina a duras penas, dentro de un campo de exterminio en el que, si no abandoné por un rato –no mucho– mis sueños estelares, al menos se fueron incubando con mucha más fuerza. La violencia que mis caderas producían en esos cuarteles era tal, que por recomendación de la Directora del colegio, ante los golpes e insultos, yo respondía muy santa con una sonrisa de oreja a oreja. ¡¡Mi vida!! Tan menudita que era. Me maltrataron, me torturaron, cada día de esa temporada en el infierno. Me hicieron las peores maldades que se le pueden hacer a una mariquita joven. Como no podían evitar desearme, tampoco ser deseados por mí, tenían que destruirme. No pudieron. Me volví un muñeco de trapo de sus fantasías de exterminio, como toda mujeeeeeer. Y así la pasé regio –ponele–. Tanto sufrí que no vale la pena ponerlo en palabras. Porque, como dice Tita, no hay que recordar las cosas tristes porque es como vivirlas dos veces, y hay que vivir dos veces los momentos felices.

El sufrimiento se terminó cuando me fui de ese infierno y me dediqué a las arrrrrrtes. ¡Diosa! Se abrió todo un mundo para mí. “Ponerle alma a este maniquí”, diría la Serra Lima. Me hice un mundo habitable tapando las atrocidades que vivía día a día con atrocidades mayores que yo misma ejecutaba, uouououo. Mi venganza fue inaugurar las primeras teteras en el desierto; desaté

huracanes afectivos a más no poder. Fui un escándalo y ¿qué? Luego me exilié en esta África pequeñooperuana y aquí conocí a las jotas marilocas amigas, bolleras, tortones, lesbianas sin testículos, perras sin un peso, lambchops millonarias, que en este momento hablan a través de mí.

Gracias a ustedes por compartir conmigo esta comunidad anómala de lenguaje drag, muñecos de trapo love y autoparodias caminantes. Gracias a mi abuela y a mi madre por todos los vestidos, pelucas y tacones que me regalaron y que me llevaron a ser la jota wawera que soy.

A las niñas maricas del futuro les digo: luchad por ello, tías, como hemos luchado todas. Mis pepitas están recibiendo un mundo mucho mejor del que yo recibí. Y si no pueden unirse a él, destrúyanlo.

Enzo Luxiano

Videoartista, performer. Trabaja en su próximo proyecto instalativo Macumba Roulette- En busca del canibalismo perdido. 28 años, Tauro ascendente Piscis. www.cargocollective.com/enzopiantanida